

URBANO MANINI, EDITOR

LAS MONEDAS FALSAS.

DE-4-332 R. 41.623
URBANO MANINI, EDITOR, MADRID.

LAS
MONEDAS FALSAS

(Memorias de un cambiante)

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.



ADMINISTRACION,

CALLE DE RECOLETOS NÚM. 7.

MADRID

Esta obra es propiedad de
D. Urbano Manini, y nadie sin
su consentimiento podrá reim-
primirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPÍTULO I

En que por incidencia se dan algunas reglas para hacer que una moneda de plomo, se convierta en moneda de oro.

Estamos en el entresuelo de una buena casa de una de las calles más céntricas y más concurridas de Madrid.

Son las doce de la noche.

Sobre un velador cubierto con un tapete y en el cual hay una multitud de cosas, como álbums de retratos, carteras, qué sabemos que más, y Dios nos perdone si nos engañamos, un pequeño neceser de señora que no sabemos lo que allí hace y que en vez de contener los útiles que eran de esperar, contiene cartas y billetes de varios tamaños y tarjetas que representan multitud de nombres, multitud de blasones.

Sobre este velador, decimos, que representa el desórden,

Melancólica luz lanza un quinqué.

Recordamos á Espronceda de una manera fatal.

En Espronceda habia mucho de desórden y mucho de aficion á las casas en donde el desórden está representado por todo, hasta por los habitantes.

Una pantalla de papel iluminada que trasparente flores y ciervos ó si se quiere venados, atenúa la luz de petróleo que en el quinqué arde.

El gabinete, fuera de una pequeña área que no pasa del espacio del velador, está envuelto en una penumbra opaca.

Es muy bajo de techo, como todos los entre-suelos.

Tiene cuatro vanos; la puerta de entrada que da á un pequeño recibimiento, junto á esta puerta una de vidrieras de una alcoba, cuyo interior no tenemos para qué describir.

Al frente está el balcon.

El sofá con dos butacas en la línea de la puerta de entrada.

Frente al sofá otra puerta de vidrieras que da á un gabinete en el cual no tenemos que penetrar por ahora.

Algunos cuadros al óleo, al cobre, sùcios y

renegridos, orlan las paredes tocando al techo.

En un ángulo junto al balcon, hay una consola cubierta por una multitud de cachivaches, y sobre ella un mediano espejo.

Cubre el suelo una alfombra de fieltro, y la sillería es de guta-percha.

El silencio es profundo, y de tiempo en tiempo le interrumpe la voz de una doméstica, indudablemente gallega, que canta una copla de su tierra.

Sentada en la butaca inmediata al sofá hacia la parte del balcon, hay una mujer, mejor dicho, una dama, porque su aspecto es distinguido, y su traje, aunque no rico, bello y elegante, verdadero traje de casa, escocés, cerrado á lo largo por una sucesion de grandes botones dorados.

Esta mujer no es jóven.

Pero conserva todos los atractivos de la juventud, y es muy bella, muy espiritual, singularmente sus ojos negros son hermosísimos, y los realzan dos largas, anchas y negrísimas cejas que contrastan de una manera encantadora con el suave moreno de su tersa frente.

Su peinado es voluminoso.

Y podrán muy bien no ser legítimos los cabellos, pero aparecen profusos é intensamente negros, cayendo en esos que se llaman caprichos sobre la frente.

Unas largas y negrísimas patillas, es decir,

dos mechoncitos de cabellos negros, nacen en sus sienes y dan un no se qué de característico á aquel semblante melancólico en que aparece algo de una contraccion de disgusto y aun de dolor del alma, aceptados y en cuanto es posible disimulados.

La forma de aquel interesante rostro es un tanto prolongada, tiene un acentuado sabor griego.

La boca es fresquísima y la dentadura admirable.

Se trata de una hermosa mujer.

¿Qué edad?

No la sabemos.

Esta es una cuestion grave.

Se puede decir, modificándolo en el género, aquello del padre Isla en su *dia grande de Navarra*:

Sábese si que no es *vieja*,
pero no cuando fué *niña*.

En las manos, que son muy bellas y de una distincion perfecta, tiene un papel impreso, uno de esos periódicos que salen á luz para vivir un dia ó cuando más una semana, y que rara vez pasan del segundo número.

Lee en él distraida.

Este papel tiene en la cabeza en letras grandes el siguiente título: *El Rábano*.

Se han apurado todo género de títulos para estas publicaciones meteóricas. (1)

Por debajo de este título, un grabado representa al natural un rábano, y en cada una de las hojas aparece el retrato en caricatura de un hombre político importante, lo que ya es una insolencia, porque quiere decir que todos aquellos ministros, diputados y hombres notables, han cogido el rábano por las ojas.

Es mucha, es mucha la escandalosa licencia á que ha llegado la prensa en nuestros tiempos.

Para ella nada hay inviolable, ni los largos servicios, ni la respetabilidad humana, ni las grandes dotes de los más eminentes repúblicos.

Un quidam, un cualquiera, un levanta colillas, un gusarapo, una moneda completamente falsa, dándose un frote de audacia y de derechos individuales, se marcha á una imprenta dándose toda la apariencia de un hombre de posición, saca del bolsillo unas cuantas cuartillas que constituyen un primer número del *Rábano* ó de *La Cantárida*, deja un pedazo de madera en que aparece el símbolo de su publicación y que ha obtenido gratis de dos amigos el uno de los cuales dibuja, en tanto que el otro graba; no regatea el precio; lo que á él le importa es la bondad del trabajo, la belleza del tipo.

(1) Esta novela se escribió hace dos años y se refiere á aquella época

Se le cree, á pesar de que las imprentas han sido cien veces engañadas del mismo modo, porque su aspecto es *comme'il faut* y tiene toda la apariencia de un hombre sério.

Su traje es además elegante.

El impresor no sabe que hay un sastre que llora.

El original se compone, se corrigen las pruebas, el autor envia algunas resmas de papel tomadas por la imprenta á un almacenista no bien escarmentado aún; se le ha llevado una tarjeta con un nombre respetable.

Se trata de una asociación política de grande trascendencia, y no hay inconveniente en dar el papel á plazo.

Se tiran de diez á doce mil ejemplares.

Se convoca á los vendedores, ciegos, mancos, tuertos, cojos, viejos y niños.

Una horda que empieza por alborotar la vecindad de la imprenta, cada uno de cuyos individuos compra por dos reales un veinticinco, esto es, si no piden gratis el primer número y todos salen chillando: *El Rábano, La Sabandija, El Cólera Morbo.*

A veces uno de estos papeluchos cae de pié á pesar de su estupidez, de sus vulgaridades, de sus *botargadas*, de lo irresistible de su lectura, confirmando una vez más el dístico del gran Lope de Vega:

El vulgo es nécio, y pues lo paga, es justo hablarle en nécio para darle gusto.

Y se tiran para el segundo número veinte mil ejemplares, para el tercero treinta mil y se llega rápidamente á setenta mil.

La moneda falsa ha pasado y se multiplica trocada en buenos y legítimos centenes de oro.

El quídam, "el levanta colillas, el pobre diablo de ayer, se levanta en un pedestal con cuatro ruedas, vulgo coche, y aspira ya á la presidencia del Poder ejecutivo de la república.

¿Y por qué no?

El conoce perfectamente al país.

Si no le conociera, ¿cómo habia de haber sacado del fondo de un país en donde nadie lee, como si digéramos del pozo oscuro, setenta mil lectores para sus *zumbas*.

¡La zumba! No hay quien resista á sus zumbidos.

Las trompetas de Josué en el sitio de Jericó, la campana de espanta-perros y hasta la trompeta del juicio final se quedan muy atrás.

Allí donde la vibracion de la zumba alcanza, sobrevienen las ruinas.

El gobierno piensa seriamente en *La Zumba*, le hace el honor de suspenderla, de martirizarla, con lo cual se aumenta su boga.

Hasta en la escena aparece.

Se multiplica por todas partes.

Es una epidemia, y sin embargo, es completamente incolora é inodora.

No representa ningun principio político, ningun principio moral, ningun principio social.

La gramática se cubre el rostro, y huye cuando llega hasta ella la vibracion de *La Zumba*.

El sentido comun se horripila.

El buen gusto se muere de repente.

¿Et tamen vivit? que dijo Ciceron.

Y no sólo vive sino que pega.

Y no solamente pega sino que descalabra.

Es una pesadez que abruma, una ordinariez que subleva.

Pero el vulgo está contento, conoce que ha encontrado en ella su órgano, que es lo mismo que si dijéramos: *Los Organos de Móstoles*.

Pero rara avis in terra.

Parece que todos los periódicos que tienen por nombre el de un instrumento de repercusion de los sonidos, entre la gran campana y la campanilla, entre *El Cencerro* y *El Cascabel*, tienen buena suerte.

La humanidad vulgar se paga de lo que retumba ó suena.

Pero en general, estas publicaciones inventadas por el hambre, pasan como un relámpago sin que por esto escarmienten sus fundadores, que continúan como quien sigue jugando á la loteria un número fijo en busca del premio grande.

Esta experiencia se hacen gratis engañando á una imprenta y á un almacén de papel, y cuando no, cuestan muy poco.

Se pueden sacar muy bien los gastos en una timba por medio de una martingala afortunada.

Casi todos los fundadores de estos papeluchos son timbistas, puntos, medios puntos, buscavidas, cazadores de la pesetilla, bohemios, jente independiente que no reconoce rey ni roque, ni principio ni fin; herpe social contra la cual no basta todo el sulfuro de Arhena; raza nómada que se multiplica, que afluye incesante de las extremidades del país al centro, y de la cual salen con frecuencia del cieno, individuos dorados, galvanizados, resplandecientes, que van á gobernar una provincia dando un camelo á tres ó cuatro millones de españoles que no conocen la moneda falsa y creen, como es natural, que para gobernarlos les han enviado una persona de circunstancias.

Y no se engañan.

Todo consiste en que en las circunstancias de esos tales, hay material bastante para ochenta años de presidio.

¿Qué importa?

Hay que implantar una idea universal, y para este fin son buenos todos los apóstoles.

Nuestra hermosa morena leia, como si dijésemos, distraída, el primer artículo prospecto del

Rábano, que tenía por título *Catecismo de los estirones*.

«Empezarás por no tener vergüenza.

Continuarás por echarte el alma atrás.

Buscarás una entretenida jóven, una vieja desesperada ó un tonto incurable.

De esta manera podras dar el primer estiron, es decir, vestirme convenientemente.

Aprenderás de memoria algunas páginas de Kant ó Krauser, diez ó doce latinajos, tres ó cuatro textos griegos, el catecismo de la escuela política tal ó cual, ó mejor, el catecismo de todas, porque probablemente tendrás que recorrer todas las escalas.

Te darás el aire de un hombre de importancia, de un filósofo grave y sesudo, de un revolucionario á todo trance, de un conspirador profundo, de un trascendental hombre de partido.

Te inscribirás en un club, y no hablarás sino en las grandes situaciones.

No te importe disparatar, con tal de que dispartes pensando solo en la fuerza de la frase y en la rotundidad del periodo.

Es conveniente que escritos tus discursos, dividas bien las frases de efecto, y distribuyas los aplausos.

No te importe nada decir en un mismo periodo que una cosa es blanca y que la misma cosa es negra.

Ten en cuenta que hablas para tontos, que recitas para pavos.

A tus discursos les basta la canturia y con que cargues á su tiempo la entonacion, el gesto y la accion, llevando á lo supremo lo melodramático parlamentario, te aplaudirán á la manera que graznan los pavos cuando se les silba.

No importa que nada hayas dicho, que nada hayas definido, que nada hayas concretado.

Tu te habrás hecho un hombre.

Ten en cuenta que nunca ha de estar junto á tí acariciándote para ponerte en un compromiso el sentido comun.

No te olvides del reclamo, que ha de llevarte á tu tercer estiron.

¿Sabes tu lo que es el reclamo?

Voy á decírtelo.

Empieza por llevarte á comer á un gacetillero, ó lo que es mucho mejor, por presentarle á una buena moza, de las infinitas que tu debes conocer, porque si no eres hombre al agua.

En el momento sueltas al gacetillero para que al dia siguiente las publique en el diario de cuya redaccion forma parte, algunas líneas que deben decir:

«España está de enhorabuena; la raza á que pertenecian Galiano, Istúriz, Martinez de la Rosa, Joaquin María Lopez, Olózaga, Rios Ro-

sas, Rivero y otros tantos no ha concluido; un nuevo sol de la elocuencia resplandece, un titan de la palabra honra á España y viene á sacarla de su postracion parlamentaria. Ayer nos sentimos galvanizados, fascinados, en el club de la *Verba buena*; un hijo del pueblo, un jóven modesto y estudioso, un génio en una palabra, escétera, etc.»

No te achiques hijo mío.

Derecho al tercer estiron, á ser periodista.

Una vez periodista no tienes que ocupar á nadie para que te haga los reclamos, te los haces tu mismo y á tu gusto.

El vulgo cree como un artículo de fé todo lo que lee impreso.

Como no tiene ideas propias y necesita hablar de algo, compra todos los días su racion de ideas por dos cuartos.

De aquí el poder incontrastable de la prensa.

Es la apuntadora de los millones de lenguas del vulgo.

De la misma manera crea la calumnia que la alabanza.

Hoy raja y mañana halaga.

Cambia de colores con la facilidad con que cambia de tonos el arco iris.

Ella es la gran palanca con la que todo se remueve.

Ella es la escala por donde se sube á toda altura.

Por la prensa puedes llegar, si sabes manejar, á tu cuarto estirón y hacerte diputado.

Situacion solemne.

Una vez en el hemicielo puedes repetir hasta la saciedad tu único discurso con algunas variantes.

Le tomarán por nuevo.

Unicamente, hijo mio, más cuidado en los ensayos, más consultas con el espejo.

Aquel es un escenario de primer orden, á cuya embocadura mira Europa.

No te importe no saber ni historia ni leyes.

Tu haces la historia que te de la gana é inventa cuantas leyes quieras.

Audacia y adelante.

De seguro no ha de haber ninguno que sepa lo bastante entre los que te oyen, para sacar á la vergüenza tu artimaña.

Pero cuidado, mucho cuidado, hijo mio.

Antes te bastaba para pasar por moneda buena, por moneda corriente, frotarte con azogue de espejo.

Para esto bastaba el reclamo de la prensa nacional.

Ya en una esfera más alta, es necesario que te dueres al galvanismo, es decir, que acudas al reclamo de la prensa extranjera.

Esto no se hace sin oro.

Los publicistas extranjeros están por lo positivo.

Cien francos un reclamo de seis líneas por dos veces en los principales periódicos de Paris.

Es necesario un gran talento de concentracion para decir mucho en pocas palabras.

Cuarenta thalers por una operacion semejante en los periódicos de Alemania.

Ocho ó diez libras para que hable el *Tines*.

La prensa pátria se sorprende.

No da en el item, y llena de orgullo traduce los elogios tuyos que tu te has hecho por tu dinero, y el buen vulgo se enternece, se enorgullece, te aclama, te victorea, pronuncia con veneracion tu nombre, y has llegado al quinto estiron.

Eres ministro.

¿Quién sabe á donde puedes llegar?

La dictadura, el imperio, César, la historia, y todo por un discurso por un solo discurso, por una sucesion de retumbantes periodos retóricos, por una combinacion de ademanes y de gestos, por tres ó cuatro mil reclamos sábiamente esparcidos por la prensa univesal.

He aquí la confesion de un grande hombre á beneficio del vulgo.

Salud á la soberanía nacional que hace del plomo oro y convierte los mosquitos en águilas,

á las lagartijas en cocodrilos, á las comadreja
en leones, á los gorriones en elefantes, al átomo
en universo.

Salutem pluriman, ¡oh tu, vulgo magnífico!
que en lo creador eres el rapsodista de
Dios.»

Basta.

—Siempre la ignorancia, siempre la tonteria,—exclamó la hermosa morena.

Y arrojó aquel descarado *Rábano*.

Miró el péndulo que estaba sobre la consola,
y dijo:

—¡Cuanto tarda esa Rufina! ¡torpe! Y él debe
de andar por algún café. Indudablemente en
aquel donde va su amigote que se constipa solo
de pensar en el aire.—¡Ah! y ya está ahí el car-
ruaje. ¡Que fastidio! ¡qué hombre! ¡Y haber aca-
bado yo por enamorarme de un tal extravagante!
y que es falso, falso de toda falsedad, y siem-
pre hablando del corazón, y vuelta con el cora-
zón, y el corazón otra vez, y yo ¡estúpida! esto
no me conviene y es necesario romper.

Habia sonado poco antes el ruido de un car-
ruaje que se había detenido á la puerta de la
casa.

Al acabar su irritado monólogo la hermosa,
sonó la campanilla de la puerta del cuarto.

La morena dejó ver una expresión de ansie-
dad é impaciencia.

Se abrió la puerta y entró rebujada en un manto una vieja con peluca.

—Pues no estaba en San Luis,—dijo,—ni en el Oriental, ni en el Universal, ni en el Imperial, ni en Fornos; pero me dió gana de arrimar las narices á un cristal del Suizo, y allí estaba, allí está.

—¿Con su amigo el del constipado perpetuo?—dijo la morena.

—No señora, con otra porcion de garrapatas que todos gritaban como diablos.

—Dame el sombrero y el abrigo, Rufina.

—¿Cuáles, los perpetuos?

—Sí, los perpetuos.

—Vaya una manía; ya andan diciendo por ahí que han criado chinches.

—Cállate y vete.

Y la hermosa morena bajó con Rufina.

Entró en el carruaje que parecía propio, y dijo al cochero:

—Al Suizo.

CAPITULO II

En que se habla algo acerca de lo que fué y de lo que es el café Suizo, y otro poco de un tal don Luis y de una interesante criatura.

El viejo, elegante y distinguido café Suizo, es el punto por donde han pasado todos nuestros bohemios, que en fuerza de audacia y á veces de talento, fuerza es confesarlo, han llegado á altos puestos políticos, ó á una alta reputacion en las artes, en las letras, en las ciencias, en el foro.

El Suizo ha dejado y deja tras sí una estela de gloria relativa á nuestra importancia nacional tales como nos ha parado la dura mano del destino.

Muchos que hace veinte años, jóvenes imberbes aún, vivian afanosamente manchando lienzos ó borronando versos, hoy ocupan una posicion

envidiable y han sacado su nombre fuera de España, arrancando premios de las exposiciones europeas, haciendo leer su pensamiento al mundo civilizado.

Muchos otros, más débiles, de ménos valía, han desaparecido en la sombra.

El Suizo ha perdido bajo este concepto gran parte de su importancia.

Ha criado por decirlo así, tanto hombre, ó mejor dicho, ha dado de beber al fiado á tanto bohemio ilustre, que ha agotado el depósito.

Nuestras celebridades contemporáneo *cabticias* (la frase no es nuestra) *meteoricas* de hoy, saltan del café Imperial.

A veces del del Puñal, ó del de la Mosca, salen y se van á recrearse en Fornos, mentidero, herbidero, y bolsin de la política militante, donde van á comentarse entre la succulenta sopa á la tortuga y el ponche á la romana, los tumbos y equilibrios de nuestras danzarinas situaciones y los golpes de Estado.

A veces, con la boca llena, se oye al dictador desinteresado del día antes, justificar un acto necesario de ser vivamente comentado por la opinion pública; y se ven allí gigantes de la situacion, del momento, con una perfecta apariencia de tahures á pesar de lo atildado del traje, de lo replanchado y almidonado de la camisa.

Los que no los conocen más que de nombre,

al verlos, hacen con la boca una O mayúscula, y no pueden convencerse de que sea un tigre, segun él ha creído, por lo que ha oído, aquel mismo en quien al verle, solo encuentra las apariencias de un raton engomado.

Es mucho el aire de importancia con que de repente nos encontramos revestido á un pobrecillo á quien hemos conocido con los zapatos con vias respiratorias, la camisa ajada y súcia, el sombrero abollado, la levita inservible de filipichín, en pleno invierno, pidiéndonos angustiosamente á las diez de la noche dos reales para ir á devorar ocho cuartos de judias en aceite y vinagre y un panecillo, rociándole con una copa casa del gordo del Callejon de Peligros, ó para tomar un café con leche y tasajo, es decir, media tostada de abajo que dicen las suripantas.

Estamos desde hace algunos años, más de cinco y más de ocho, presenciando metamorfosis aturdentes, lo cual no deja de ser divertido, porque la caricatura risible anda por todas partes.

Hay momentos tambien en que la ira sube del corazon á la cabeza.

¿A qué titulo, por qué justificacion, mediante qué circunstancias, un ser despreciable, un perdido, un ignorante, un hombre que ha pasado por todas las bajezas, ménos que un gusarapo, un glóbulo del cieno aparece en una alta y res-

petable posición, y se permite mirar de una manera despreciativa y como con lástima á hombres que conservan su cómoda independencia de siempre en una posición honrada?

¿Cómo estas monedas falsas que han corrido por todos los mercados siendo en todas partes desechadas, han llegado al fin á tener un alto valor efectivo, y á ser por todos aceptadas y cambiadas?

¿Por qué especie de pendiente resbaladiza ha llegado á caer nuestra política hasta un fondo tenebroso?

¿A quién hay que culpar de esto?

Al descreimiento, al materialismo, á la aceptación de todos los elementos, á aquel mal comprendido principio del *fin justifica los medios*.

Sí, el fin justifica los medios cuando el fin es grande, humanitario, social, fecundo, político: cuando el fin, determina un progreso positivo que aporta á una nación á un mayor grado de civilización, á una constitución mejor.

Sí, entonces el fin justifica los medios, cualquiera que estos sean.

Pero cuando el fin es el entronizamiento de individualidades ambiciosas y corrompidas; cuando no se sale de estrechísimos círculos; cuando por personalidades irritadas la nación va de catástrofe en catástrofe, entonces la frase *el fin*

justifica los medios, es el reverso de una grande idea, es una insolencia que merece un presidio.

Se marcha por la sombra á la luz.

En el laberinto hay mónstruos, pero al fin la luz se hace.

La humanidad se mejora.

Esto no es más que avanzar por el eterno Calvario con la pesada cruz sobre los hombros, ensangrentada la planta sobre la áspera vía, teniendo necesidad á veces de hollar lo justo, de separar dolorosamente los obstáculos.

Todos los medios que en pró de la humanidad se ejercitan son buenos, aunque en sí mismos encarnen, si es necesario, el crimen.

La fatalidad es ciega. lo atropella todo; pero va á una lógica, porque la fatalidad no es el *estaba escrito* de los musulmanes, ni el *fatum* del mundo antiguo.

La fatalidad es la lógica en accion, lo necesario en ejercicio.

Pero cesamos, porque no pensamos escribir un tratado de filosofía moral y política.

El Suizo, socialmente considerado, ha perdido casi toda su importancia.

Enlanguidece.

Su antiguo círculo, á excepcion de algunos recalitrantes, ha desaparecido.

Entre estos recalitrantes hay algunos que

han llegado á formar parte de un gobierno, y que fieles á su costumbre, han ido allí á tomar en la misma mesa, junto al mostrador, el clásico café con leche de los españoles.

Otros, que antes solo contaban con el fruto de su trabajo, hoy cuentan legítimamente con un sueldo de profesores, ya de artes, ya de la Central, ó ya de los cien duros mensuales de una plaza inofensiva en la *competentemente autorizada*.

El que esto escribe ama al Suizo.

Durante muchos años, aquel ha sido su lugar de descanso de sus ásperas tareas cotidianas, y aunque ahora apenas parezca por allí, goza cuando entra alguna vez, y mira á un ángulo, á una mesa vacía junto á la última vidriera hacia la calle de Sevilla.

Allí se reunía un círculo de gente alegre, inteligente, chispeante.

Se condezsaba allí tal cantidad de talento, que inflamándose producía una luz que iba á irradiarse, ya en la prensa, ya en el arte, ya en la ciencia, á todos los confines de España y aun fuera de ella.

Volaba allí el epigrama, abundaba la idea, sopreía el chiste.

Habia poco dinero, pero sobraban la juventud, la alegría, y la esperanza.

Gran parte de aquellos contestulios han pa-

sado, como ya hemos dicho, hundiéndose en la sombra, pero otra gran parte constituye hoy una pléyade de reputaciones.

Las monedas que allí circulaban podrían ser algunas de poco valor, pero ninguna era falsa.

Somos enemigos de citar nombres.

Si los citáramos, el público no encontraría ni un solo desconocido de los que de aquel círculo han quedado á flote.

Son hoy hombres políticos los unos, buenos periodistas los otros, laureado poeta dramático este, poeta de primer orden el otro, hablistas aquel, esotro sábio, el de más allá diplomático importante.

Y todos ó casi todos han pasado por la Bohemia.

Todos ó casi todos en otros tiempos hubieran sido sopistas.

El Suizo puede tener la gloria de haber achispado ó alimentado á gran parte de nuestras celebridades de hoy.

Lo repetimos, no queremos probar esto citando nombres.

Si alguno de aquellos nos leen, repetirán de memoria la lista, y tendrán así lo creemos, para nosotros y para aquel rincón, hoy desierto, un cariñoso recuerdo.

Considerado desde el punto de vista en que

nos hemos colocado, el Suizo ya no es más que una sombra de lo que fué.

El criadero ha concluido, y desgraciadamente no está ya en ninguna otra parte.

Hoy la gestión de la posición se hace de una manera distinta y en lugares muy diferentes.

A la antigua fraternidad de los hombres de talento, ha sustituido la repugnante comandita de los buscavidas.

En la noche á que nos referimos, sentado junto á una mesa con otros seis ú ocho individuos, habia uno que hablaba de una manera enfática y doctoral, como quién está seguro de lo incuestionable de lo que dice.

Tenia aire de una gran importancia, pero de una importancia pasiva, de esas que pertenecen al género pesado é insoportable.

Hablaba con un énfasis vulgar.

No habia nada en él determinante, por lo que su descripción pudiera llegar á la categoría de semblanza.

Sin embargo, ocupaba una alta posición hecha no sabemos como, á oscuras, hasta tal punto, que podía decirse: ¿Por qué camino ha llegado á dónde está ese hombre, que nadie le ha visto?

Misterios de bastidores.

El caso era que el personaje estaba en escena, que por su boca hablaba un pedazo del Gobierno.

Hablaba de una manera campanuda y sonora, como para que le oyesen y le escuchasen.

Achaque de orador parlamentario de nuestro tiempo.

La daba asimismo de buen mozo.

Y habíalo sido, pero estaba ya algo viejo.

Oíanle sus compañeros más que con atención con desgana, y por no meterse en una disputa estéril; algunos de ellos eran de los que habian pertenecido al antiguo círculo de que hemos hablado, y sin duda decian para sí:

—¡Quien te conoció alcornoque y ahora te ve santo!

Las posiciones de algunos hombres tienen el privilegio de entristecer á los hombres de bien, que ven una vez más patente, que no siempre por la dignidad, el honor y el trabajo, se llega á la fortuna.

Acababan de dar las doce cuando el insigne Pedro se acercó al personaje en cuestion y le dijo:

—Don Luis, una jóven pregunta por usted.

—¡Lode siempre!—exclamó don Luis haciendo un gesto de hastío; ni aún en el café puede uno librarse de impertinencias: nos encontramos con pretendientes hasta en la sopa.
¡Qué país!

Sin embargo, se levantó:

En la cancela, mal vestida, temblando de frio,

había una preciosa niña rubia, con un pañuelito en la cabeza, pálida, triste y anhelante.

Cuando vió á don Luis le miró con ánsia y como atragantada.

Habia algo de amor para don Luis, y de un amor especial, en la mirada de la pobrecilla, que apenas representaba ocho años.

—Mamá está mala, muy mala,—dijo;—peor que nunca; yo tengo miedo; he estado en la secretaría y allí me han dicho que tu estarias aquí. Por Dios, ven, ven; mamá te espera.

Don Luis nubló el semblante, metió sin disimular su violencia la mano en un bolsillo del chaleco, sacó un doblon de á cien reales, y lo dió á la niña.

—Sí; pero esto no es todo,—dijo ella,—es necesario que vengas. ¿No oyes que mamá se está muriendo?

—Bien, bien, iré,—dijo don Luis,—con la voz premiosa, con las muestras de una gran contrariedad:—el tiempo no es mio, no me pertenece; estoy aquí para un asunto importante; iré cuando pueda.

—Pero esta noche, ¿no es verdad?—exclamó con suma vehemencia la pequeña y con la voz ya sonando á lágrimas.—Te repito que mamá está muy mala.

—Sí, sí; iré esta noche,—dijo con una impaciencia ya grosera don Luis.

—¿A qué hora?—insistió la niña.

—Allá, entre dos y tres.

La niña alzó las manos hácia don Luis, y se empinó como buscando algo.

Don Luis no pudo dispensarse de inclinarse y darla un beso.

Media hora despues Pedro se acercaba de nuevo á la mesa y decia á don Luis:

—Ahí buscan á usted.

—Que entre quien sea,—contestó don Luis de mal humor, ó afectándole por lo ménos.—No me dejarán un momento en paz.

Entró á poco un pequeño lacayo negro, con una magnífica librea de invierno, con pieles y sombrero galoneado.

Se dilató el semblante de don Luis en una satisfaccion de vanidad satisfecha.

Sabia él demasiado quien le buscaba cuando Pedro le dió el segundo recado.

Pero quiso lucir ante sus amigos al lacayuelo negro que él sabia habia de entrar.

—Y bien, ¿qué quieres, Panchito?—le dijo don Luis.

—La señora espera en el carruaje,—contestó el lacayo sombrero en mano.

—Bien, bien,—exclamó don Luis,—voy al momento.

Y rogando á sus amigos le dispensasen, se separó de ellos y salió detrás del lacayo.

Los que se quedaban se sintieron como aliviados de un gran peso.

Y es que un necio del género del que nos ocupa pesa sobre todo lo que le rodea como una losa de plomo.

CAPITULO III

Una conversación vulgar, en cuyo fondo se resuelve algo monstruoso.

Don Luis se dirigió apresuradamente al landó.

Abrió el lacayo la portezuela, se metió dentro don Luis, y la voz de la dama morena dijo al lacayo:

—A dar vueltas por el Prado y por la fuente Castellana.

El lacayo saltó al pescante, y partió el carruaje.

—¡Ah! ¿no estás solas?—exclamó don Luis cuando hubo penetrado en el landó;—¿alguna amiga? ¿eh? Está aquí oscuro; no se vé.

—Efectivamente; una antigua amiga y muy leal que me ha visto nacer,—dijo la morena;—Rufina.

Y habia un acento marcadísimo de disgusto en el acento de la hermosa morena.

—¡Ah!—exclamó don Luis;—¿qué necesidad habia de que viniese Rufina?

—¿Y qué importa? ¿No goza de toda nuestra confianza? ¿No sabe ella hasta qué punto llegan nuestras relaciones?

—Por supuesto, señorito don Luis,—dijo Rufina,—yo soy completamente de confianza; delante de mí se puede hablar todo, yo soy un pozo. Ya lo sabe usted. ¡Pues á fé, á fé, que no le he ayudado yo á usted bien á conspirar!

—Ahora no se trata de conspiraciones,—contestó vivamente don Luis;—de lo que se trata es de que esta me desespera.

—Y hace bien; yo se lo estoy diciendo siempre,—insistió Rufina;—de los hombres no hay que fiarse; están muy finos, muy obsequiosos, cuando pretenden; pero cuando conocen que se les quiere, sobre todo, cuando tienen algun motivo para creerse amos, cambia la decoracion, y de florida y hermosa que era, se hace insoportable. El hombre ha nacido naturalmente tirano, señorito don Luis, y las mujeres experimentadas deben defenderse con las veinte uñas: la señorita no tiene experiencia, pero la tengo yo. Nada, señorito don Luis, casaca, ó doblar el fondo y largarse por la sombra.

—No se trata ahora de eso,—dijo Emilia, que

así se llamaba la hermosa morena;—de lo que se trata, es de algo en que no se me sirve como se me debia servir; de algo que me tiene puesta en un compromiso.

—¡Bah, bah! No puede hacerse todo tan pronto como se quiere,—contestó don Luis;—sobre el gobierno pesan una multitud de compromisos. En ocho dias he recibido cerca de ocho mil recomendaciones; y no como quiera, sino todas graves y atendibles. Cada carta es una amenaza, cuando no un recuerdo de la ayuda que se nos ha dado; el jefe está aburrido, y no hay quien le hable de un nombramiento.

—¡El jefe, el jefe! ¡Por vida del jefe!—exclamó Rufina;—¡Y qué desmemoriado es su excelencia ¿Quién le hizo diputado? La señorita. ¿Qué era antes de ser diputado? Un corre aceras, un hombre que se acercaba á donde veia mascar; un orador de los de la Puerta del Sol, del cual se reia todo el mundo. ¿Y por qué se le hizo diputado? Para que comiera, para quitárnoslo de encima, porque aquello era un continuo ir y venir, un continuo pedir, y allá iban los dos durillos, el durillo: á veces cuando la señorita se encontraba estrecha, se contentaba con dos pesetas. Esto sin contar con las cuentas que algunas veces se pagaban al zapataro, con los tres ó cuatro duros que á su excelencia se daban para que reemplazase el sombrero, que estaba ya, que ni á cambio de

arena lo hubieran querido. Y las veces que su excelencia se entraba en la cocina traspillado, pálido, ojeroso, y me decía: Rufina, dame un plato de sopa, hazme un par de huevos, estoy que me tambaleo; la patria es ingrata; no se puede ser patriota. Y ahora salimos con que su excelencia aborrece á los pretendientes, le afectan, le abruman. Vamos, don Luis, esto no se puede resistir; confiese usted que se hace muy mal en proteger á nadie. A las culebras que se encuentran fieladas hay que dejarlas, por que nos exponemos cuando reviven á nuestro calor, á que nos ahoguen.

—Rufina dice bien; la conducta de ese hombre es incalificable,—dijo Emilia;—si yo no hubiera puesto en juego mis recursos, seria todavía un perdido.

—Bah, bah, Emilia, esto es una exajeracion,—contestó don Luis.—Cierto es que tú pusiste en juego los elementos que tenias en el Puerto de Santa María, y que lograste traerle al Congreso; pero don Silvestre es un hombre notable, un hombre de partido, un orador contundente.

—Sí,—dijo con desprecio Emilia;—un mal abogadete que habla con audacia, que disparata sin miedo, cuyos discursos no pasan de ser informes vulgares; un intrigante sin pudor, que andaba por los pasillos del Congreso enredando, mintiendo, plegándose á todos las exigencias,

sonriendo á todo el que le podia ser útil en algo, acometiendo á los que ya para nada servian; perteneciendo un dia á la mayoría, otro dia al centro, inclinándose á la izquierda ó á la derecha, segun que corria el viento, y tragando, tragando, tragando siempre; hasta la cartera que tiene me la debe; yo llegué en momentos de crisis; se me pretendia, prodigué algunas sonrisas, aventuré algunas palabras, hice una insinuacion é incliné las balanza; la cartera que tiene me la debe. Es, pues, irritante se niegue á sacarme del gran compromiso en que me encuentro.

—Es que ese coronel ó ese diablo,—exclamó don Luis,—quiere una tajada muy apetecible, muy disputada; nada ménos que Jefe Superior Económico y Administrativo de Filipinas, y yo no me he atrevido á decir ni una soia palabra acerca de esto á don Silvestre.

—¡Ya! ¡cuanto ofrecen los postores á ese destino!—dijo con sarcasmo Emilia.

—Eso quisiera yo saber,—contestó con impaciencia don Luis;—¿cuanto te ha ofrecido á tí don Tadeo?

—Hijo mio,—contestó la hermosa morena,—esto era de balde.

—¡Y quien te manda á tí,—contestó de mal humor don Luis,—comprometerte á procurar de balde un destino de tal cuantía! Hay quien dá por él quince mil duros; y he aquí un negocio

empantanado, por que yo no me he atrevido á nada teniendo en cuenta que te interesas por ese don Tadeo ó don Diablo.

—Las fuerzas de las circunstancias, Luis,—contestó Emilia;—tú y yo somos dos monedas falsas con circulacion, cuya falsedad nadie conoce; don Tadeo puede descubrirnos, don Tadeo exige, don Tadeo se impacienta; acuérdate de que soy viuda, Luis.

Sintió la hermosa morena el estremecimiento que habia pasado por don Luis.

—Pero, ¿como sabe ese hombre?—exclamó.

—¿Qué quieres?—contestó sombríamente Emilia;—toda accion humana deja tras sí un rastro, y hay hombres que viven de rastrear las acciones de las personas que pueden servirles de algo: es necesario doblegarse á las condiciones de la tragi-comedia humana; el coronel es un hombre terrible; el coronel sabe, el coronel amenaza; yo no quiero que mañana se pruebe, no ya lo del difunto, esto seria gravísimo, sino lo de mi título que ya sabes es una falsedad; lo de mi posicion, que es otra falsedad, por más que en ella no haya nada de vulgarmente vergonzoso. En fin, Luis, mañana necesito el nombramiento de don Tadeo.

—¡Gratis, eh!

—No, gratis, no; al precio de su silencio.

—¿Y á mí qué?—exclamó de una manera

descortés y agresiva don Luis.—Si tú eres viuda, ¿qué tengo yo que ver con eso?

—¡Eh! poco á poco,—dijo Emilia;—no tentemos á Dios ó al diablo; sobre todo, no provoquemos á don Tadeo, no nos chanceemos, Luis, porque podria suceder nos arrepintiésemos demasiado tarde; sobre todo, no me provoques, no me obligues, porque para salir del compromiso en que estoy respecto á don Tadeo, me veria obligada para tener su silencio, á echar abajo á don Silvestre de la misma manera que le he elevado.

—¡Oh! eso no es fácil,—exclamó don Luis.

—¿Qué hay aquí,—dijo con desprecio Emilia,—que sea ni fácil ni difícil? Pues qué, ¿ignoras tú los secretos resortes que están á mi disposicion? Son conmigo ingratos, muy ingratos; en la elevacion se olvidan de lo bajo del lugar desde donde han subido, y se atreven á morder la mano que los ha elevado. ¿He obtenido yo por mis servicios el favor de tantos hombres que nada eran?

—Tú gastas como el fuego, Emilia.

—¡Sí, es verdad! ¡yo vivo en un palacio! ¡mi mueblaje es admirable! ¡mis trenes, nunca vistos!

—Yo no sé lo que haces del dinero,—exclamó don Luis;—debes ser avara.

—Sí, es verdad; todos me creen rica; entre tanto la verdad, es una verdad insoportable.

—¿Pero y el dinero que por los negocios que hemos hecho ha pasado de mis manos á las tuyas?

—No hay hombre sin hombre; una influencia, es un conjunto de influencias; se trata de una red de hilos múltiples; cada hilo absorbe. ¡Misericordia! No se puede conspirar sin gastar; nadie sirve de balde; aquel que no se hace temible nada obtiene, y para hacerse temible es necesario comprometerse; yo tengo una especie de ejército en la sombra; yo amenazo, y tras mi amenaza sobreviene una agitación. ¡Y como sin pagarlos se dispone de esos elementos que se hacen sentir, que crean alarmas, que espantan! No, Luis, no, estoy labrando mi viña, pero aun no he llegado á cojer el fruto; yo recibo dinero, es cierto, pero ese dinero se me va de entre las manos; apenas sí me queda algo que añadir á mi escasa renta; hay que tener carruaje; hay que vestir con elegancia: hay que dejarse ver en todas partes. ¡Bah! Yo no he concluido mis negocios, y es necesario que los concluya; mi posicion es falsa, muy falsa; está en el aire, y es necesario que mi posicion se fije.

—Pues nada, señorita, nada,—exclamó Rufina;—ahí está el señor duque de Tres-Cantos que se muere por usted, que no deja la ida por la venida, y que está dispuesto á entregar á usted su blanca y aristocrática mano, en cuanto usted quiera.

—Eso del duque de Tres-Cantos es mentira,—exclamó don Luis;—el duque de Tres-Cantos va, es verdad, á visitar á Emilia; pero va al olor, sin que ni aun en sueños piense en casarse con esta; ésta le entretiene y le agasaja, y le da esperanzas, valiéndose de él, que es un estúpido, para irritarme, para darme celos, para obligarme.

—No sé como yo te amo, Luis,—exclamó Emilia,—por que no puede darse nada más despreciable que tú.

—Acabaremos muy mal, hija mia,—exclamó Luis;—y en cuanto al duque de Tres-Cantos, el mejor día le echo de tu casa á puntapiés.

—¡Perfecto! ¡admirable! ¡magnífico!—dijo Emilia;—no puede darse nada mejor acabado; es verdaderamente vergonzoso para mí, que yo no pueda hacerme superior á la influencia que sobre mí ejerces.

—Pues, brujerías,—exclamó groseramente don Luis.—¿Y qué?

—¿Y quien sabe?—dijo Emilia, que era supersticiosa, ni más ni ménos que si hubiera sido gitana;—tal vez: tú me contrarías, y á pesar de la violencia de mi carácter, te sufro; tú me tratas de una manera poco digna, y mi orgullo no se subleva; tú acabarás por despreciarme, por obligarme á algo terrible.

—¡Qué amor!—exclamó don Luis.—Y sin em-

bargo, para mí eres una dificultad, una virtud incontrastable.

—Casaca, señorito don Luis, casaca,—exclamó Rufina;—si no va usted á sacar lo que el negro del sermon.

—¿Conque es decir,—exclamó don Luis,—que no puede prescindirse de dar á ese diablo de coronel el empleo que desea, y dárselo por su buena cara?

—De todo punto imprescindible, Luis, ó nos comprometemos.

—¿Y hay más que suponer que ese coronel conspira, y echarle mano y ponerle incomunicado, y hacer que en la incomunicacion contraiga una enfermedad y reviente?

—Nos perderíamos más pronto, Luis; ese hombre tiene pruebas terribles; pruebas que saldrían á luz en el momento en que él se viese, no ya preso, sino encarcelado.

—¿No me engañas, Emilia?

—¿Y por qué habia yo de engañarte?

—¡Tal vez le ames!—exclamó Luis.

—¡Viejo, feo, inútil, desaliñado! ¿crees tú que yo puedo amar á un tal hombre?

—Caprichos ó brujerías,—exclamó don Luis.

—No, créeme; si no servimos á ese hombre, estamos perdidos.

—Bien, perfectamente,—dijo don Luis;—por algo me habia yo esquivado, por algo me habia

yo separado temporalmente de tí, por algo no te veía.

—Es verdad, hijo mio; pero un hombre importante como tú no puede perderse fácilmente; á media vuelta que se dé se le encuentra. ¿Con que quedamos en que mañana me encontraré con un B. L. M. del señor ministro, en que me incluirá el nombramiento de don Tadeo?

—Sea, puesto que no hay medio,—dijo don Luis;—pero en fin, ¿qué voy yo ganando en esto?

—Dentro de un mes nos casamos,—dijo Emilia.

—¿Que nos casamos dentro de un mes?—contestó don Luis.

—Sí, lo he determinado, y será.

—¿Y será?

—¡Oh! sí, será, porque yo te daré á escoger: ó volver á escribir gacetillas, renunciar por todo lo que te queda de vida á ser diputado, quedarte á pié y lampando, ó venirme á mí y crecer.

—Bueno, bien, mujer,—exclamó don Luis,—y es el caso que yo te adoro, que no puedo vivir sin verte, que cuando me alejo de tí sufro, que cuando te veo, mi amor llega al paroxismo.

—¿A pesar de la señora duquesa, no es esto?

—¡La duquesa, la duquesa! ¡vieja del diablo! Es una imposición, una necesidad, una rueda imprescindible de mi máquina.

—No hablemos de esto, Luis,—dijo con desden y con celos Emilia;—la duquesa corre de mi cuenta; yo la pondré fuera de combate; ahora volvamos á casa; estoy fatigada, y no vuelvas á obligarme á que te busque, no te me escapes, no dilates más el compromiso en que respecto á ese hombre me encuentro; no me obligues, Luis, porque para defenderme haré algo que te pesará.

—Convenido, Emilia; el nombramiento de ese hombre mañana; tendremos á lo ménos la ventaja de haberle puesto muy lejos; y en cuanto á nuestro casamiento, tú lo pensarás; yo lo creo por lo ménos prematuro.

—Y yo le considero necesario,—contestó Emilia.

Esta conversacion no podia ser más repugnante, ni más vulgar, ni extrañar, una inmoralidad más profunda y más friamente tratada.

Sin embargo, los que conocian á don Luis sin pasar de las apariencias, le creian un hombre inmejorable, alentado, inteligente, decoroso, que habia hecho su carrera política en fuerza de talento y de servicios á un partido.

La moneda falsa pasaba perfectamente.

Bajo su *doublé* de oro se ocultada algo horrible, algo nauseabundo, algo espantoso que nadie veia.

Los que más creian conocerle, sus antiguos

amigos, no pasaban de encontrarle con frecuencia nécio.

Pero esto se le podia disimular.

Cierto es que no se sabia bien como de improviso habia aparecido en los más altos puestos del gobierno, representando una grande influencia.

Se aceptaba esto, sin embargo, sin razon, y don Luis continuaba pareciendo un buen sugeto, salvos pequeños defectos que se le podian disimular.

En cuanto á Emilia, era una mujer á la moda, que recibia en su casa mucha gente sin que nadie pudiese llamarse favorecido, que vivia de una manera extraña, muy modestamente en el interior de su casa, con un verdadero lujo en el exterior.

Sus relaciones eran generalmente hombres.

Se trataba con muy pocas mujeres.

Apareciendo aristócrata y con título, y diciendo ser parienta de éste ó del otro marqués, conde ó duque, ni á sus parientes visitaba, ni la visitaban á ella.

Se extrañaba que vistiendo bien, dejando ver pedrerías y presentándose con hermoso tren en los paseos, no tuviese abono en los teatros, y que cuando asistia á ellos, ocupase como una mortal cualquiera una prosáica butaca, acompañada de alguna amiga, y muchas veces de Rufina, que para estas ocasiones se habia arreglado su peluca.

La vizcondesa de los Berchules era uno de esos misterios que con frecuencia aparecen en las grandes capitales, y que se hacen interesantes por lo mismo que son misterios.

Nadie, sin embargo, aventuraba nada acerca de su reputacion como mujer.

Se sabia que sus amantes no pasaban de ser amantes simples, ó simples amantes.

Se sabia además, que vivia de sus rentas.

Pero no se sabia donde aquellas rentas radicaban.

Por último, que era viuda, y que su marido no habia sido vizconde.

¿De dónde, pues, habia sacado su título la hermosa Emilia?

No se podia sin embargo dudar de él, por que constaba en la Guia de forasteros.

El mundo militante se habia acostumbrado á ella, y no murmura de ella.

Se la habia, en fin, aceptado como una excentricidad.

Y era para muchos un vehemente deseo, para muchas, causa de irritados celos.

La verdad es, que á ella se la encontraba en todas partes, en los cafés, en las secretarías, en las dependencias del Estado, pero nunca en los salones de los que por su título podia considerar como iguales.

Parecia que huía de ellos, que los desdeñaba.

En fin, Emilia de Virues, vizcondesa de los Berchules era una excentricidad, un misterio que nadie podía profundizar, que en gran parte existía también para don Luis á pesar de las gravísimas relaciones que como han podido vislumbrar nuestros lectores entre ellos existían, relaciones tal vez de crimen.

Acaso quien conocía perfectamente á Emilia, quien sabía lo que era, era Rufina.

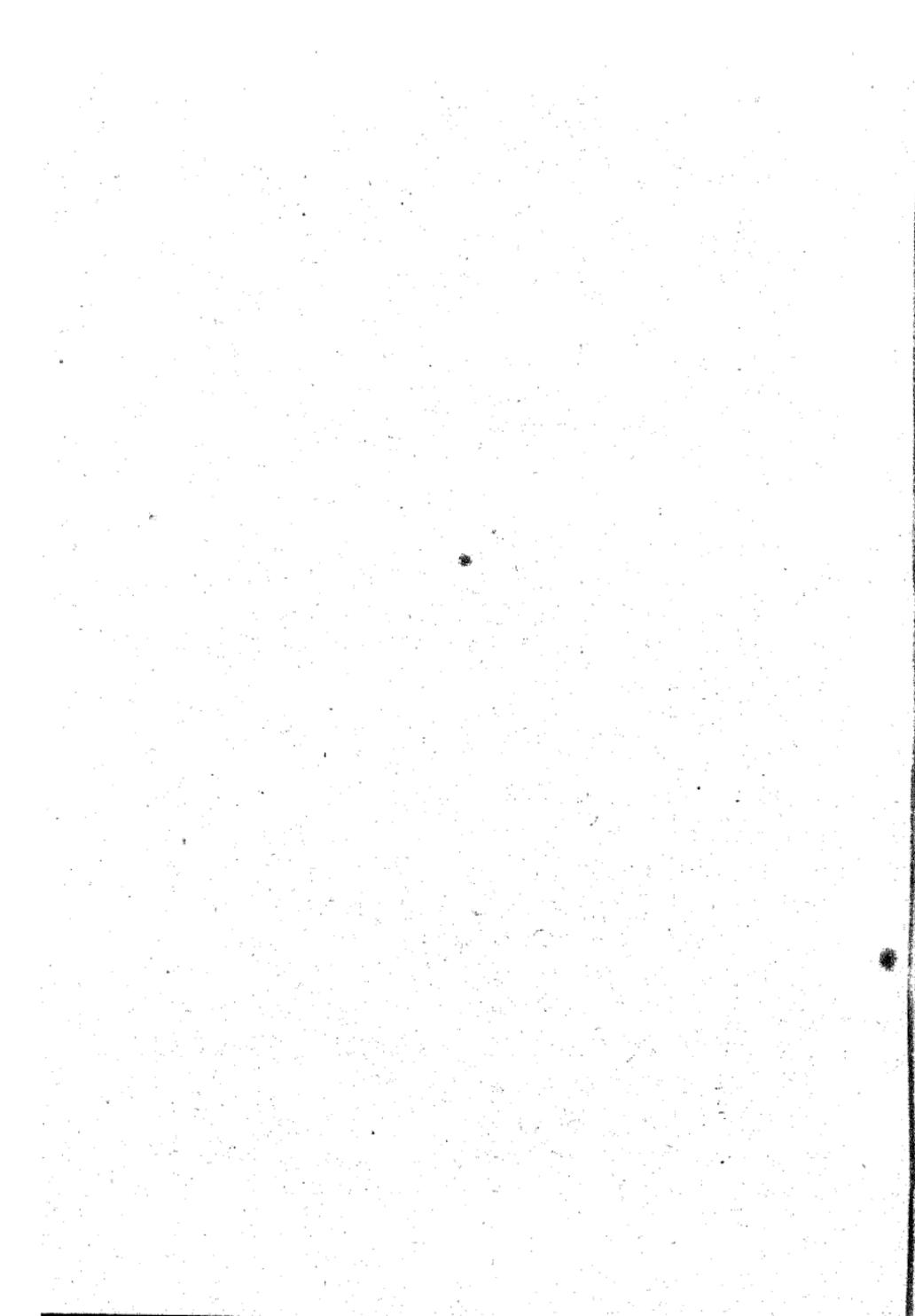
Pero Rufina callaba y no decía más que lo que debía decir.

Cuando el carruaje paó á la puerta de la casa de Emilia, acudió solícitamente el sereno, y abrió.

—Que te lleven á donde quieras,—dijo Emilia.

—A secretaria,—dijo don Luis.

Ellas entraron en la casa, y el carruaje llevó á don Luis á donde éste había indicado, retirándose despues.



CAPITULO IV

El coronel don Tadeo Pedernales.

El coronel don Tadeo Pedernales era un hombre *sui generis*.

Otro misterio.

Tenia sesenta años:

Era alto, de seis piés, moreno como un criollo, cuarteron, de facciones protuberantes, picado de viruelas, con los ojos grandes, negros, poderosos, un tanto vizcos, y la mirada dura y airada á veces, á veces dulce y trasparente, á través de la cual se vislumbra algo de sentimiento algo noble.

Ni habia salido de las clases inferiores del ejército, ni de un colegio de cadetes.

Provenia del convenio de Vergara, por el cual se le reconoció el empleo de comandante de infantería.

Habia quien se atrevía á aventurar que antes de ingresar en las tropas regulares de don Carlos, habia sido guerrillero y aún latro faccioso.

Pero esto no se probaba bien, y los que le defendian calificaban los tales asertos de calumnia.

La verdad era que un espeso misterio atraia la vida del coronel don Tadeo Pedernales, más allá de la fecha de un despacho de capitán del primer batallón navarro, que era por el año 1835.

La hoja de servicios del coronel don Tadeo Pedernales, que empezaba en un empleo de capitán, era brillante desde el punto de vista del valor.

Al cumplir los sesenta años, edad reglamentaria, se le habia dado un retiro de coronel.

Se le habia dejado á pié.

Su retiro era de todo punto insuficiente para él.

Tenia, y profundamente arraigado, ese vicio que se contrae en campaña y que empieza por entretenimiento: el juego.

Y como don Tadeo Pedernales estaba muy lejos de ser un tahir, venia á ser una constante víctima.

Su sueldo desaparecia de sobre el tapete.

Sobre el tapete se fundian las cantidades que obtenia de sus amigos.



Pero los amigos se cansan y acaban por cerrar la bolsa.

Don Tadeo llegó á verse aflijido por la miseria hasta el punto de que en rigoroso invierno se le veía con una levita abrochada hasta el cuello, unos pantalones estrechos con trabillas, un sombrero de ala muy ancha y copa muy alta acepilladísima y lustroso sin una sola abolladura, pero con algunas calvas y un ligero bambú en la mano; reloj, ni por pienso.

La camisa muy limpia, eso sí, pero muy recosida.

Todo el equipaje, todas las alhajas del coronel, incluso un rico baston de mando, una especie de baston de honor que le habia regalado la oficialidad de su último regimiento, habian ido á parar á una casa de préstamos.

Don Tadeo Pedernales habia ido descendiendo en punto á habitacion.

De un cuarto principal muy bien puesto, el producto de la venta de cuyo mueblaje se habia liquidado tambien sobre el tapete verde, habia pasado á un pupilaje de seis reales en una de las calles más céntricas de Madrid.

Pero llegó un mes en que no pagó y le echaron á la calle.

Hubo por esto una ágría reyerta.

El coronel la emprendió á bofetadas y puntapiés con el patron.

Rompíó irritado algunas sillas y un espejo. Acudieron los agentes de la autoridad.

Le llevaron al gobierno militar, de donde le enviaron á las prisiones de San Francisco y á un consejo de guerra, que le sentenció á una indemnizacion al patron ofendido, tanto por lo que le habia maltratado, como por los destrozos hechos en su mueblaje.

Se le concedió, para que se cobrase al patron, la tercerá parte del sueldo del coronel.

Pero este sueldo estaba empeñado ya por siete ú ocho partes, y el patron hubo de contentarse con la esperanza de poder empezar á cobrar de allí á quince años, época para la cual no podia ya vivir, porque era viejo y habia enfermado con la pobreza, el coronel Pedernales.

Al cumplir el coronel los dos meses de prision, que habian sido el complemento de su condena, se encontró con que tenia una casa magnífica, y de una extension enorme: el globo terráqueo.

Podia ir libremente por donde quisiera y sentarse y acostarse donde mejor se le antojase sin temor á los patrones ni á los caseros.

Esta vida al aire libre no pareció muy cómoda á nuestro coronel, y por más que se atusó y volvió á atusarse los aún hermosos bigotes canos, como si hubiera pretendido sacar de ellos una idea, no encontró ninguna que le satisfaciese.

Habia recorrido varias casas de huéspedes; pero como iba sin equipaje, le habían pedido el dinero adelantado.

De todas ellas había salido don Tadeo diciendo que volvería, pero no había vuelto otra cosa que las espaldas.

Más de una vez se le había ocurrido imponerse.

Pero estaba muy reciente el pasado castigo, y no se atrevía.

Eran las cuatro de la tarde.

Don Tadeo iba todo lo ligero que puede ir un ser humano. En veinticuatro horas, no había podido tragar ni aun humo de tabaco.

Empezaba á hacérsele sentir aquella lijereza de una manera dolorosa en la parte media de su cuerpo.

La situación era insostenible.

Se había ido á la partida por ver si sacaba alguna pesetilla, y le habían dado de lado.

Tampoco se atrevió á armar camorra.

Esto lo reservaba para un último extremo.

Una vez preso, habían de darle necesariamente de comer, de beber, un techo que le cubriese y una cama mala ó buena.

La prision es el último recurso de los desesperados.

Diráse que don Tadeo Pedernales podía contar con las dos terceras partes de su retiro.

Pero las pagas andaban por las nubes.

La penuria nacional no permitía al gobierno atender como era justo á las clases pasivas, verdaderamente pasivas, en razon de las circunstancias.

No podia tampoco acudir á esos prestamistas que dan dinero sobre el sueldo, porque tenia el suyo empeñado como ya hemos dicho, para quince años.

No podia darse una situacion más precaria.

Don Tadeo había ido á casa de algunos de sus antiguos amigos, pero se le habian negado.

¿Qué hacer?

Don Tadeo iba concibiendo malas tentaciones y decia:

—Si para la noche no he encontrado yo un agujero y una sopa, ya veremos lo que se hace.

Iba á la ventura.

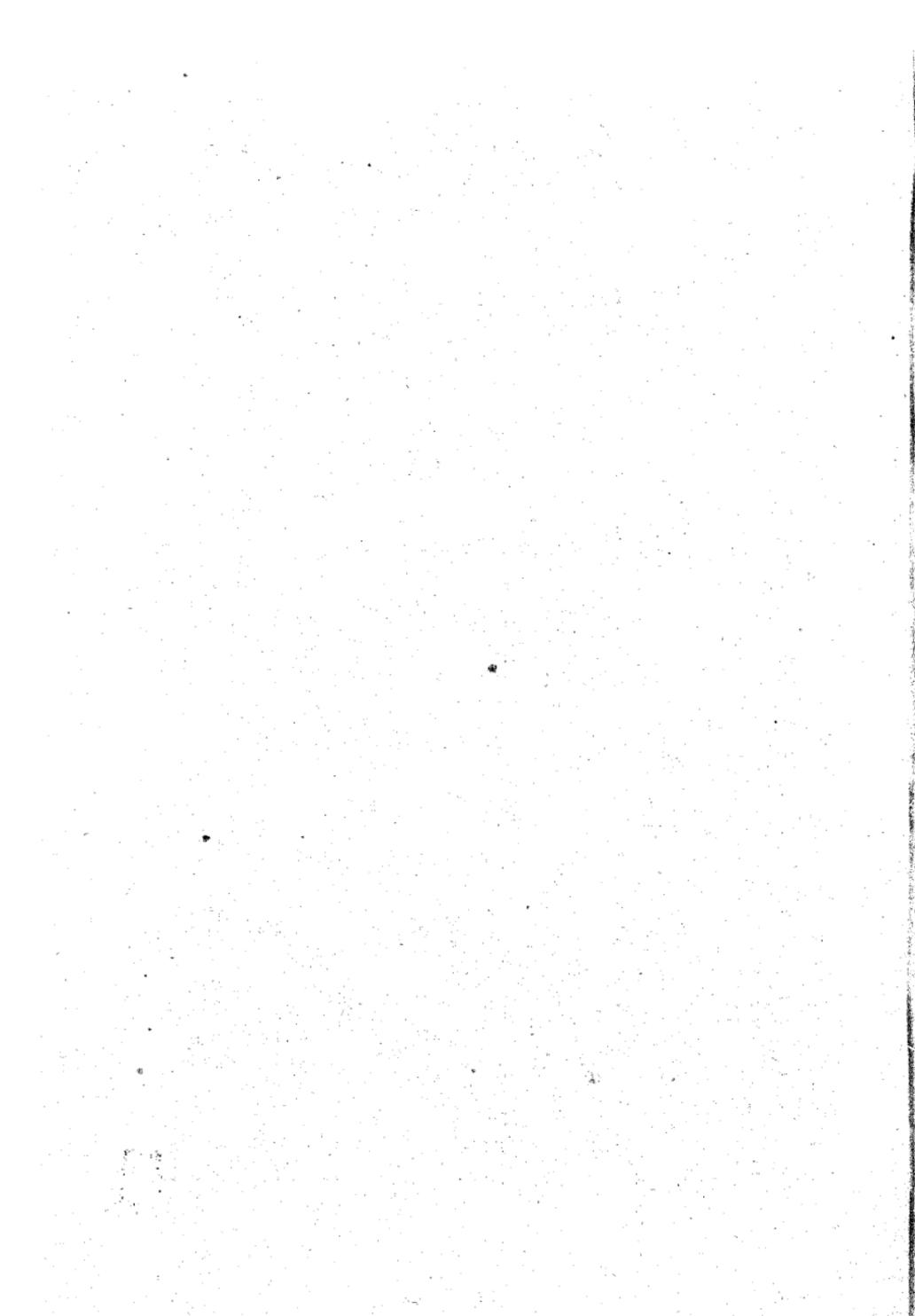
De improviso se detuvo á la estrecha puerta de una casa de pobre apariencia en la calle de Jesús y María.

Junto á aquella puerta habia una cuartilla de papel en que aparecia escrito con una preciosa letra inglesa lo siguiente:

«En la boardilla de esta casa, donde habita una señora viuda con una niña, hay una pequeña habitacion bastante cómoda que se alquila en un precio muy módico, con asistencia ó sin ella.»

—Una señora viuda con una niña,—esclamó el coronel,—veamos, veamos; puede ser que hayamos encontrado nuestro acomodo.

Y metiéndose por el estrecho portal, emprendió el ascenso por una empinada y lóbrega escalera.



CAPITULO V.

Clementina.

Después de superar no menos que ochenta escalones, encontróse don Tadeo en un descansillo á donde llegaba cansada la luz que penetraba allá al fondo de un corredor por una mezquina ventana.

En este descansillo habia una puerta, y tres en el corredor.

Llamó á la primera, á la del descansillo, don Tadeo.

Abrióse y apareció una muchacha descarada, de moño alto, que cuando don Tadeo la preguntó por la señora viuda que alquilaba una habitación, dijo:

—¡Ah! ¡la Clementina! la última puerta.

Y tras estas palabras, que habia pronuncia-

do de una manera ágría, dió con la puerta en las narices al coronel Pedernales.

Avanzó éste hasta la cuarta puerta.

Llamó y á poco abrieron.

El coronel retrocedió y miró con asombro á la persona que ante él habia aparecido.

Era una jóven como de veintiseis á veintiocho años, alta, esbelta, distinguida, blanca, blanquísima, con unos magníficos cabellos color de oro y unos grandes, rasgados, melancólicos y hermosos ojos azules.

Era extraordinariamente hermosa, pero estaba pálida y demacrada, lo que espiritualizaba sublimándola su peregrina belleza.

Vestia simplemente un traje de percal, y un manton negro de lana.

—¿Qué se le ofrece á usted, señor?—preguntó con una voz melodiosa, sonora, dulce, sentida, de todo punto cortés y delicada.

—No se, señora, si debo...—exclamó el coronel,—pero en fin, he visto un anuncio á la puerta de esta casa, ¿puedo ver la habitacion que se alquila?

Coloráronse levemente las mejillas de la jóven, que respondió:

—Tenga usted la bondad de pasar, caballero; es muy pobre, no está amueblada como yo quisiera, pero en fin, es muy barata.

—Yo señora,—contestó entrando el coronel

Pedernales,—soy fuerte, tengo carne de perro; soy militar, estoy acostumbrado á la fatiga, y tales pueden ser las circunstancias, que con un felpudo para dormir y un barreño para lavarme, tenga bastante.

—¡Ah!—dijo Clementina;—pues hay algo más que eso.

Habian entrado en un pequeño espacio abohardillado en que se veian algunos muebles, no del todo pobres.

Una sillería de guta-percha, una cómoda, una pequeña copa con un poco de carbon encendido, y sobre la cómoda un mediano espejo y algunos utensilios de tocador.

Junto á la copa, sentada en una pequeña butaca, se veia una niña como de once años, exactamente parecida á su madre, tan pobremen- te vestida como ella, como ella pálida y demacrada y cosiendo con gran ahinco en blanco.

Un gran cesto con costura se veia junto á otra pequeña butaca vacía que estaba junto á la niña.

El suelo de aquella habitacion estaba completamente desnudo de estera.

Solo en el lugar en que estaba la niña se veia un felpudo.

Habia en aquella habitacion tres puertas: una con cristales que parecia ser la de una al-

coba, otra á través de la cual se veía un fogon, lo que revelaba una cocina.

Frente á esta estaba la tercera puerta cerrada.

La de entrada correspondia frente á la ventana.

La niña levantó la vista de su labor, miró fijamente al coronel, que la contemplaba conmovido, le saludó bajando la cabeza y continuó su trabajo.

Clementina se fué á la puerta cerrada, la abrió y dijo al coronel Pedernales.

—He aquí la habitacion que por las circunstancias en que me encuentro, me veo obligada á alquilar; en ella ha dormido mi hija y nos servia de comedor; pero la niña dormirá conmigo y se sacará fuera el velador en que comemos.

El coronel entró.

Era un pequeño aposento abohardillado, con una ventana que tenia unas magníficas vistas al tejado vecino, entre cuyo rompimiento se veía un pedazo de desmonte á lo lejos.

Estaba al mediodia, y tenia por consecuencia una excelente luz.

En un ángulo habia una cama de hierro bastante cómoda y muy limpia.

Junto á ella, una mesa de noche.

Á los piés, un felpudo.

En el centro, un velador grande.

Entre la ventana una pequeña mesa antigua de caoba.

Al rededor del velador tres sillas, y en un rincón una jofaina con pié de hierro.

—Esto es demasiado lujo,—dijo el coronel,—yo no necesitaba tanto. ¿Y qué precio....

—¿Precio?—dijo Clementina, cuyas mejillas volvieron á colorarse,—usted verá... lo que á usted le parezca... cuando usted experimente... si usted se encuentra contento... yo no estoy acostumbrada á esto; solamente por necesidad. Mi hija... el trabajo de la mujer se paga muy mal. Si yo fuera sola me acomodaría de doncella.

—¡Eh, que diablos!—exclamó el coronel conmovido; lo que demostraba que tenía algo de corazón;—ya saldremos por donde podamos; yo también estoy solo en el mundo; nos ayudaremos recíprocamente y comeremos hasta donde alcance.

La manera franca y espontánea con que el coronel dijo estas palabras, alentó á Clementina, á quien el coronel se había hecho simpático.

—Pues bien, convenidos,—dijo,—cuando usted quiera, señor mío, puede traer su equipaje.

El coronel se estremeció.

Avanzaba la dificultad.

Veía la exigencia de un anticipo.

—¡Equipaje, equipaje!—exclamó el coronel;—Dios lo dé; todo mi equipaje soy yo; más de lo

que usted vé no poseo, sino dos camisas, dos calzoncillos blancos y cuatro pares de calcetines que estan en poder de la lavandera de las prisiones militares. Afortunadamente por algun tiempo podemos tener camisa limpia; y cuando se tiene camisa limpia no se está del todo mal. Si cuando me vuelva de espaldas ve usted que abulta algo en los faldones posteriores de mi levita, figúrese que con ella vienen dos cepillos: uno para la ropa otro para las botas, una caja de betun, en la que aún queda alguno, y una bolsa de aseo: he aquí toda mi maleta; mientras se va cepillado y sin manchas y sin rotos, se puede pasar.

—¿Usted es militar, caballero?

—Si señora, Tadeo Pedernales, coronel de infantería, retirado hace un año, para servir á usted.

—¡Ah! papá tambien era militar, y por eso yo tengo una pensioncilla; pero como no me pagan...

—¿Militar era su padre de usted?

—Sí señor, capitán de la sexta compañía del segundo batallón del regimiento de Saboya.

—¡Cómo! ¿el buen don Miguel de Fuentidueñas?

—¿Usted le conocia, señor?

—Pues necesariamente; yo, cuando el pobre Fuentidueñas murió, era teniente coronel de Sa-

boya, y sí, sí, yo sabia que Fuentidueñas tenia una hija, pero no la conocia, no la tenia consigo.

—Yo me educaba, señor, en Madrid, en el colegio de Loreto

—¡Ah! ¡ya! ¡pues vea usted ahí! pero resulta que somos antiguos conocidos, nada, nada hija mia, yo la adopto á usted en nombre de la buena amistad que me unió al bravo y desgraciado capitán Fuentidueñas.

—¡Oh! Muchas gracias, señor, — exclamó conmovida Clementina, como si la adopción del coronel Pedernales hubiera representado una gran fortuna.

Ella no podia figurarse el estado de nulidad completa en que se encontraba socialmente hablando, el coronel Pedernales.

Le habia tomado cuando más, por un estafalario, por un señor raro.

Pedernales conservaba un exterior serio y digno.

Tenia ese aire marcial que hace simpáticos á los veteranos.

Se habia conmovido ante la desgraciada Clementina, porque, como ya hemos dicho, conservaba algo de corazón.

Pasó la moneda falsa.

Pedernales se instaló.

Disimuló su hambre hasta las nueve de la

noche y al fin á aquella hora la aplacó un tanto, porque no podemos decir que la satisfizo.

Clementina habia servido la cena preparada para su hija y para ella; esto es, una ensalada cocida de lombarda y media libra de carne guisada con patatas.

Habia añadido en razon del huesped y para él solo, un par de huevos pasados por agua.

Con todo aquello no tenia ni aun para empezar el coronel Pedernales, que era hombre de muy buen diente y de muy buen trago.

En cuanto á esto, bebió toda cuanta agua quiso, pero el vino no apareció por allí ni aun en recuerdo.

A las diez se acostaron.

Al dia siguiente á las ocho Clementina sirvió al coronel Pedernales una onza de chocolate *de familia* y un garibaldino.

Despues de esto habia que aguantarse hasta las cuatro de la tarde.

El coronel, segun dijo, se fué á sus negocios despues de haberse lustrado las botas y de haberse cepillado cuidadosamente el traje.

Hacia mejor figura que el dia posterior, por que al fin no abultaban en la parte posterior de su levita los cepillos.

En uno de ellos con la caja de betun es-

taba en un rincon en el suelo, el otro con la bolsa de aseo, aparecia sobre la mesa.

Pedernales no fué mucho más feliz aquel día que el anterior.

Sin embargo, se habia encontrado á uno de sus últimos asistentes que se habia metido á aguador y le sacó dos pesetas.

Pero tuvo la dignidad de no entrar con él en la taberna, á donde su antiguo subordinado habia querido llevarle.

Pedernales gastó una de las pesetas en tabaco y reservó la otra para pagar á la lavandera, que no fiaba.

No se podia prescindir de llevar la camisa limpia.

Por una semana y con un grande arreglo, tenia asegurado su humo y su limpieza el coronel Pedernales.

Hacia mucho frio, un frio inícuo, si se nos permite la frase.

Sin embargo, Pedernales le afrontaba heroicamente, y cuando Clementina le decia soplándose los pobres dedos que se le negaban al trabajo, «¡qué frio hace!» Pedernales decia:

—¡Bah! no es tanto, un poco de fresco, que casi casi es agradable. Con figurarnos que estamos en Agosto, que nos hemos achicharrado de calor, y que de pronto ha sobrevenido un viente-cillo fresco, se goza. El sentimiento es hijo de

la imaginacion casi siempre. Ya ve usted como yo voy, con una sola camisa, un chaleco fino y una levita de vestir. Pues nada, hija, nada, como si tal cosa.

—Vamos, don Tadeo,—decia sonriendo Clementina;—usted es de hierro; hay que envidiarle; yo estoy helada, y á cada momento tengo que calentarme las manos al brasero: á la niña le sucede lo mismo, y esto nos atrasa el trabajo.

Verdad era que el brasero apenas si tenia seis ú ocho brasas.

En compensacion, el aire se entraba; se cruzaba, se ponía en comunicacion por las rendijas de la puerta y de la mal ajustada vidriera de la ventana.

La bohardilla parecia próxima al polo á juzgar por la temperatura.

Aquella era una verdadera miseria.

Pedernales no salia de hambre.

Comprendia como puede morirse lentamente por consuncion; de que manera la alimentacion puede ser una engañifa.

Pero ¿qué hacer?

Todas las puertas estaban cerradas.

El porvenir se presentaba oscuro como boca de lobo.

Clementina hacia sacrificios.

Habian pasado una semana, dos, tres.

Pedernales no habia dado luz.

La miseria, puesta siempre en choque con él, era un cuerpo que no se relacionaba con su pedernal.

La chispa no brotaba.

Habia perdido hasta su chispa natural.

Se habia acobardado.

No fumaba más que muy de tiempo en tiempo que se encontraba alguna colilla de coracero arrojado por inservible ó alguna vez que Clementina, haciendo un portentoso esfuerzo, conmovida por que veia sufrir al viejo veterano el hambre del cigarro, dejaba algun coracero de á cuarto sobre la mesa de noche, y allí le encontraba el coronel cuando volvia aterido de frio, transido de hambre, desesperado.

La lavandera habia retenido una camisa en rehenes.

Esta era una disminucion de fuerza, una baja sensible, como decia el coronel.

Su ropa blanca se habia reducido á dos camisas.

Y sin embargo, iba siempre limpio.

Clementina tenia cuidado de lavar aquella camisa, de plancharla.

Habia tomado cariño al coronel, aunque este no le habia dado un cuarto.

Pero las entretenia.

Las acompañaba.

Se la figuraba á Clementina que ya no es-

taban solas en el mundo y habia acabado por tener de Pedernales una grande idea.

El era fino, eso sí, de buenas maneras, cariñoso y aun apasionado.

Tenia esa agradable franqueza militar, y sabía muchas aventuras que contaba con gracia.

De la misma manera que conservaba algo de corazon, conservaba algo de delicadeza.

Estas dos cosas juntas, le atormentaban á causa de Clementina.

Se conocia que ella no podia absolutamente con la carga que se la habia caido encima.

El trabajo de la madre y de la hija, aunque no faltaba nunca, era insuficiente.

¡Se paga tan poco por una camisa!

Clementina habia empeñado algun trajecito que tenia, alguna alhajuela.

Habia cambiado su sillería de guta-percha por otra usada de Vitoria, y los prenderos, los mueblistas de viejo, son crueles.

Se habia tirado una semana con aquel sacrificio.

Clementina hubo de vender la cómoda.

La ropa se podía tener en cualquier parte.

Pedernales empezaba á atragantarse.

Le parecia infame su conducta.

Vivia ó medio vivia á costa de una miseria conmovedora.

Las dos desgraciadas le habian tomado cariño.

El, por su parte, empezaba á perder la cabeza respecto á Clementina.

Desde el momento en que la habia visto le habia enamorado.

Era una real hembra.

No la faltaba mas que reponerse.

Pedernales decia para sí:

—Es necesario que yo me ingenie; es necesario que yo saque dinero aunque sea del infierno; esta chica engordada, metida en carnes, elegante, dèbe ser una divinidad.

Pedernales se pasaba la mano por la frente como pretendiendo arrancarse la locura que de él se iba apoderando.

—¿A donde vamos á parar?—decia;—yo estoy ya hecho un carcamal, me he puesto feo, me he convertido en una caricatura, no hay que pensar en ello; y ella tiene algo en el corazón aunque no sea más que un recuerdo, tal vez unos amores de ultratumba por el difunto marido.

Y era el caso que Clementina no hablaba jamás de su marido.

Pero era de tal manera melancólica y triste la expresion de amor que aparecia en los hermosos ojos de Clementina, que habia que creer que estaba enamorada de un muerto.

Pedernales no sospechaba de ella.

Aparecian en ella una tal y tan excelente

educacion, una manera tan digna, una tal rectitud de sentimientos, que no eran posible creer que mintiese.

Viuda se llamaba.

Por viuda pasaba en la sociedad.

Viuda la creia Pedernales.

Se vendió la cómoda.

La escasa ropa que contenia pasó á las sillas.

Se tiró una semana más.

Clementina llegó al heroismo de poner dos docenas de cigarros y unos cuantos libritos de papel sobre la mesa de noche de Pedernales. y aumentó su ropa blanca con una tercera camisa, cuya tela compró y que ella y su hija hicieron.

Habia pasado un mes sin que Pedernales diese luz.

La Correspondencia habia alentado las esperanzas de las clases pasivas anunciando que se daría una paga.

El coronel juró no llevarla al juego.

Era cuanto se podia esperar de él.

Por un milagro *La Correspondencia* no mintió por aquella vez.

Lo de la paga no era una filfa.

A los cuarenta dias de permanencia casa de Clementina, el coronel recibió setecientos y pico de reales.

Fué un héroe.

Pasó por delante de tres ó cuatro casas de juego en las que habia estado el día antes buscando en vano la pesetilla, y no entró.

Se presentó á Clementina sonriente, trasfigurado, feliz:

—Aun nose ha acabado el mundo, hija mia,—la dijo;—vivamos, esperemos, somos ricos, toma, guarda eso y estíralo.

A título de antiguo compañero del padre de Clementina, á título sobre todo de sus sesenta años, Pédernales la hablaba de tú.

—Pues yo tambien he cobrado doce duros, don Tadeo,—exclamó alegremente Clementina.

—Nada, nada,—repuso el coronel;—pues á desempeñar inmediatamente tus cositas. ¡Pobrecilla! Te has quedado en cuadro.

—No, no, don Tadeo,—dijo Clementina;—primero una capa para usted. ¡Carambola! ¡Hace un frio!...

—¡Capa! ¿eh? ¡Capa! ¡Pues bonito estaria yo con una capa! no sabria que hacerme con ella. Yo no me he puesto nunca ese estorbo. ¿Á qué más capa que la piel? Yo soy una especie de indio bravo; yo me he batido siete inviernos en Navarra casi en mangas de camisa; el frio me teme. Adelante, no hablemos más de esto; ni el más leve exceso; tus vestidos. Clementina, los

de la niña; nada más hay que hacer; que esto dure.

Clementina, sin embargo, compró al coronel dos pares de camisas elásticas de lana por lo cual casi hubo un disgusto.

Se tiró mal que bien dos meses sin que viniese otra paga.

Los apuros de la nación crecían.

El gobierno no tenía quien le diera un cuarto.

Las atenciones preferentes lo absorbían todo.

Se vivía al día.

Clérigos, retirados, cesantes, huérfanos, viudas, andaban lamando, pereciendo, cada una una lengua de víbora contra el gobierno.

Pero ni por esas.

Las pagas por el cielo.

Empeoraban al mismo tiempo los negocios.

El pánico iba creciendo.

La venta de las tiendas disminuía.

Un día volvieron tristes y cabizbajas Clementina y Emilia.

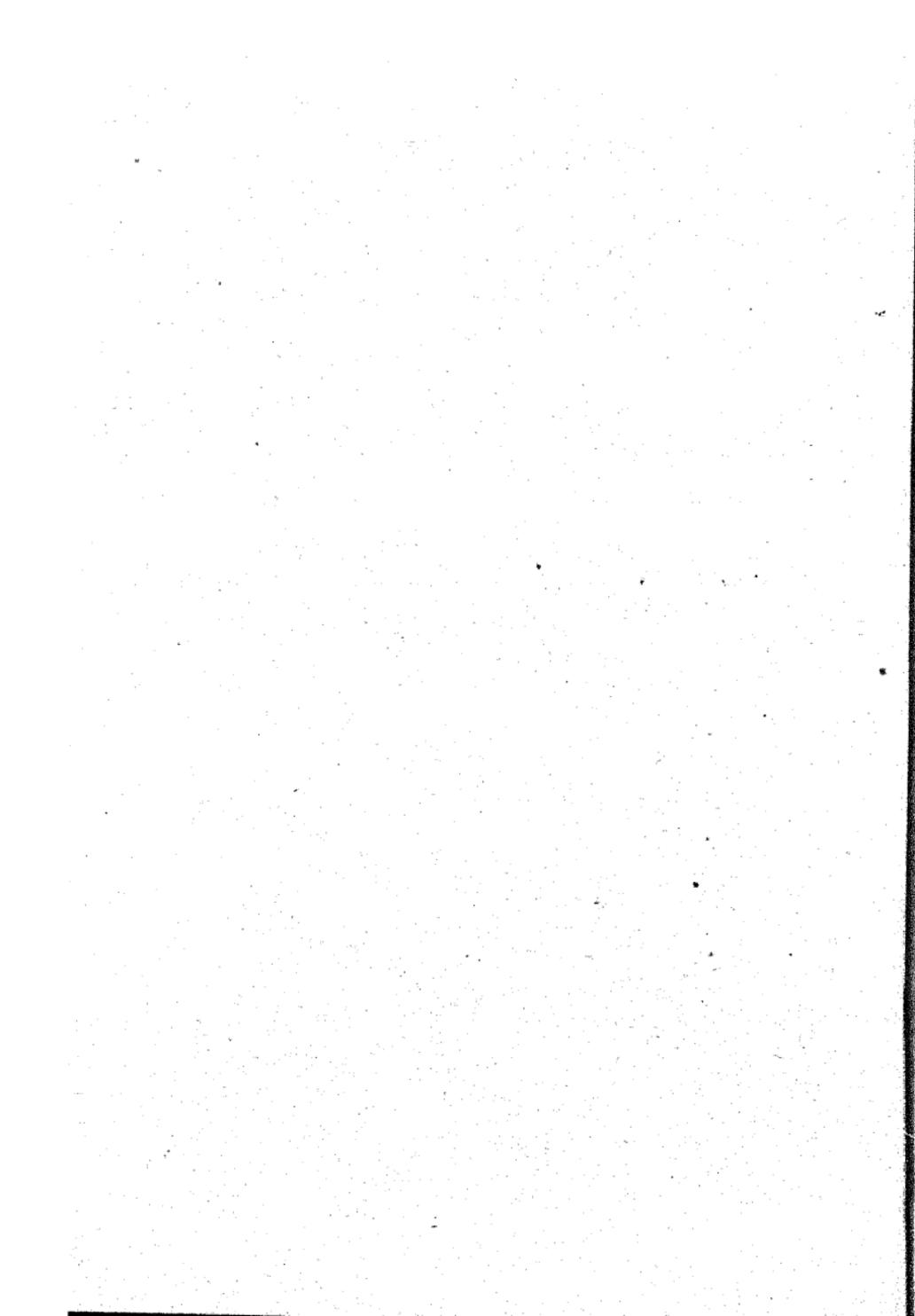
Traían en unos pobres reales el precio del trabajo que habían llevado.

Pero no se les había dado un nuevo trabajo.

Esto era ya lo horrible de la miseria, el cerrojamiento de todo.

La desolacion se pintaba en el semblante de las dos desdichadas.

—Pues señor,—dijo para sí el coronel Peder-
nales—no se puede esperar más; será necesario
que yo haga una de las mias.



CAPITULO VI

Los trabajos de don Tadeo.

Despues de comer aquel dia, Pedernales salió como de costumbre.

Se fué al café Imperial, no á tomar, sino á acechar un prójimo á quien dar un avance.

Hay en Madrid individuos y muy bien portados, muchos de los cuales que no viven sino de la caza del tonto.

Esta caza va escaseando.

No se encuentra un tonto para un remedio.

En cambio por todas partes nos codeamos con los pillos.

El coronel Pedernales iba decentemente puesto á fuerza de limpieza y de milagros.

Tenia facha de hombre sério, y sobre todo enérgico.

Sus avances eran contenidos.

No le ponian nunca en ridículo.

Tanteaba el terreno y se retiraba cuando veia que no podia dar el paso en firme.

Tenia muchos conocimientos y los recorria.

No aceptaba jamás convite, ni estaba mucho tiempo en ninguna parte para que nõ notasen que no fumaba.

Solia tomar como por distraccion algun cigarrillo que se le daba.

Donde don Tadeo perdia de todo punto la vergüenza era en las casas de juego.

Pero por más que hacia, nada obtenia.

Alguna vez caia una pesetilla ó un durejo que algun ganancioso le abandonaba.

Pero aquello se quedaba allí.

Una vez dentro de la atmósfera del juego, Pedernales no sabia, no podia contenerse.

Jugaba y tenia una suerte burlona.

Empezaba siempre ganando.

Crecia.

Algunas veces, tenia delante de sí, un monton de duros.

Pero no sabia retirarse.

Continuaba jugando, y en tres minutos se llevaba la trampa todas las ganancias.

Algunas veces don Tadeo, solía decir bajando las escaleras:

—Soy un miserable: no tengo valor; he podido llevarla pan y tranquilidad para seis meses á la pobre Clementina; otros con ménos culpa que yo han sido pasados por la armas á título de cobardía.

Don Tadeo cenaba con la boca amarga y se acostaba para revolverse toda la noche en un penoso insomnio.

Los dos ó tres mil reales que hubiera podido llevar á la pobre Clementina, eran para él un remordimiento.

La partícula de corazón que le quedaba se sublevaba, le amargaba, le mordía.

Aquel día don Tadeo se fué á la partida grande.

Era temprano.

No había nadie.

El dueño acababa de almorzar y saboreaba un café.

Don Tadeo, antiguo concurrente, tenía confianza en la casa.

Se entró hasta el comedor, y sin quitarse el sombrero se sentó frente al orondo industrial.

Este conoció que don Tadeo iba de mano armada.

Se puso serio.

Tomó una densa expresión de reserva en la que había algo de amenaza.

Porque el dueño de la casa de juego que no tiene algo de maton, no sirve.

Se lo traga todo el mundo.

—Muchas gracias, buen provecho, buenos días,—dijo al sentarse don Tadeo.

Nadie le había ofrecido nada.

Aquel introito, alarmó á don Eleuterio.

—¿No le parece á usted,—le dijo don Tadeo, que es una tontería, una *bilada*, que siendo yo quien soy y valiendo lo que valgo, me encuentre en un estado de casi nulidad, ¿qué digo de casi? de nulidad absoluta?—Haga usted el favor de un cigarro don Eleuterio.

Sacó don Eleuterio una larga petaca de piel de Rusia, y de ella un veguero, que dió al coronel.

Después sacó una fosforera de oro, encendió un fósforo, y se lo presentó.

Llenó luego una copa de coñac, y se la puso delante; todo esto con una calma glacial, con un diferentismo sublime.

Don Tadeo cortó la punta del cigarro, le encendió, lanzó algunas densas evacuaciones de humo, se bebió de un trago su copa de coñac, y dijo á don Eleuterio, que más que hombre parecía una estatua de yeso:

—Me parece que se está usted quedando con-

migo,—señor mio, y esto es una imprudencia temeraria, porque; ¡vive Dios! y tal, y tal, y tal, (póngase aquí una sarta de juramentos y adjetivos que no pueden imprimirse, y añádase un golpe dado con la palma de la mano sobre la mesa, y una mirada fosforescente y lúgubre de tigre irritado. ¡vive Dios! que estoy ya cansado de ser *primo* y de no pedir la parte que me corresponde en las picardías y en las infamias que diariamente, horariamente, *momentáneamente* se hacen en esta caverna.

—¿Y qué quiere decir todo eso? vamos á ver,—contestó con acento decidido, opaco y amenazador don Eleuterio.

—Esto quiere decir un botellazo en la cara si usted no aparece inmediatamente más comedido y mejor criado, bribon, estúpido. Sirvame usted otra copa.

Sin alterarse don Eleuterio, llenó de nuevo la copa del coronel.

—Vamos, amigo Pedernales,—dijo el sagaz propietario de la casa de juego;—usted ha almorzado hoy fuerte.

—No, señor,—contestó don Tadeo,—he almorzado magro y cabalmente porque me humilla el vacío que continuamente siento en el estómago, he dicho:—No pasarás de ahí, Eleuterio salta caballos; pícaro martin-gala, pego insolente, marcador incurable, insaciable pozo ayron, no, tu

no pasarás de ahí respecto al señor coronel de infantería don Tadeo Pedernales, tigre retirado, que hoy se propone volver á su actividad de otro tiempo.

Don Eleuterio comprendió que debia ser prudente.

Metió dos dedos en el bolsillo derecho de su chaleco, saco una onza, y la presentó á don Tadeo.

—Y bien,—dijo éste:—he aquí una guinda que se arroja á una tarasca; sin embargo, te lo agradezco, muchacho. Veremos, veremos si prosigues en la buena senda: suspendo los procedimientos. Adios y muchas gracias.

¡La mano!

—Vaya usted con Dios, don Tadeo,—dijo don Eleuterio;—ya sabe usted que se le estima; sobre todo por su buen humor.

Don Tadeo se fué.

Don Eleuterio no habia hecho otra cosa que parar el golpe.

En cuanto se fué, dió tres palmadas como si hubiera llamado en un café.

Se presentó inmediatamente un tunante agabachado, de fisonomía desagradable, de expresion feroz, vestido con un gaban deformado, con la barba crecida y los cabellos revueltos; un quitador, un perro de presa de partida, un tipo *sui generis*.

—Ya estaba yo á la mira, don Eleuterio,— dijo:—¿Le metó mano?

—No, ahora no, déjale; esta noche, cuando se vaya á su casa; es allá á lo último de la calle de Jesús y María; pero no vayas tú; no quiero comprometerte: que lo haga Eloy.

—¿Y se le dá?

—Sí; para el pelo.

—Bueno, no hay más que hablar.

Aquella especie de bandido se retiró.

Antes de salir, don Tadeo tuvo tentaciones de meterse en la sala de juego, donde ya empezaban á reunirse los ordinarios concurrentes.

Pero tuvo un momento de reflexion.

—No,—dijo,—perderé como siempre, y mi exabrupto habrá sido inútil: ¡aquella pobre Clementina!

Y se dirigió decididamente á la puerta y salió.

Tomó hácia la plazuela de Santa Ana.

Necesitaba cambiar la onza.

—Con tal que no sea falsa,—dijo al pensar en esto.

Y la sacó y la examinó.

Era magnífica.

De las de *Felix in utroque*.

Se entró en la pastelería Suiza, junto al teatro.

Pidió dos perdices, tres raciones de jamon cocido en vino, pan y pastelillos.

El comió allí mismo algunos, amen de una racion de pavo trufado, todo esto en el mostrador.

Gastó tres duros.

Se fué á su casa.

Pero se encontró con que Clementina no estaba.

Habia salido con la niña á un recado, segun le dijo una vecina que le dió la llave del cuarto, pero habia dicho que volveria á la hora de comer.

Don Tadeo entró

Puso el papelon en que llevaba aquellas apetitosas provisiones sobre la mesa, y al lado ocho duros.

Salió, cerró, dió la llave á la vecina y la dijo:

—Diga usted á doña Clementina que hoy no como en casa, que estoy convidado.

Y la dejó la llave.

Se fué á la casa de juego con los cinco duros que le restaban pensando ser prudente, proponiendose retirarse cuando hubiese llegado á cierta ganancia.

Esto no lo habia hecho jamás.

Empezó como siempre.

Ganando.

Pero aunque tuvo delante una buena cantidad, no le pareció que aun habia llegado al límite y continuó.

Perdió dos puestas relativamente considerables.

—Yo debia retirarme,—dijo;—aun quedan aquí dos mil reales.

Jugó sin embargo de nuevo.

Una fuerza superior á su resistencia le impulsaba.

Se mantuvo en equilibrio, ya pierdo, ya gano, durante tres horas.

Al fin se decidió su mala suerte.

A las diez de la noche no tenia un cuarto.

—Soy un miserable,—dijo;—será necesario que yo continúe mis operaciones contra don Eleuterio.

En aquel momento sintió que le ponian una moneda en la mano.

Se volvió y se encontró con don Eleuterio.

—¡Ah!—muchas gracias, querido,—dijo;—no se como agradecer á usted...

Don Eleuterio se sonrió y se fué.

—Otra onza,—dijo Pedernales,—me escamo; sin duda á este pícaro le parece todavia temprano para que yo me vaya. ¡Ah! pues mejor mejor. Allá lo varedes, dijo, Agrajes, juego eso, á la sota.

Y arrojó la onza sobre el tapete.

El que hablaba vió un guiño de don Eleuterio, que á alguna distancia de Pedernales dejaba ver su cabeza entre dos jugadores.

A la tercera carta, salió la sota.

Pedernales tuvo dos onzas.

A las doce de la noche, tenia diez mil reales, y ¡oh propension funesta, oh fuerza del destino! no se retiró.

A la una se habia quedado otra vez sin un cuarto.

Por aquella vez don Eleuterio no fué á su socorro.

—Te veo,—dijo Pedernales;—pues andando, hijito. Mejor mucho, mejor: pongámonos en la ocasion cuanto antes.

Y salió de la timba, descuidado en la apariencia, pero con toda el alma, toda la atencion en los oídos.

Notó muy pronto que le seguian á la larga.

—Ya tenemos el bicho en el redondel,—dijo don Tadeo, que habia adivinado la intencion de don Eleuterio.—El alicantino sin duda, el bribon de Eloy. Pues aguárdate, hijo: deja que nos hayamos internado en los barrios bajos.

Don Tadeo apretó el paso.

Recorrió la calle de la Magdalena, llegó á la plazuela del Progreso, y como si hubiera ido perfectamente tranquilo, como si nada hu-

biera recelado, se entró por la calle de Jesús y María.

Al principio habia una casa en construcción.

Don Tadeo ganó rápidamente una saliente de la valla y se embebió, se ocultó.

Poco despues pasó un hombre de prisa.

Apenas se sentian sus pisadas.

Don Tadeo cayó sobre él, le cogió por el cuello del gaban, le arrimó una rodilla en los riñones, lo zarandó, lo tiró al suelo, se montó sobre él, le deshizo el rostro á puñetazos, le puso, en fin, de tal manera, que cuando le dejó, el tuante no pudo levantarse.

Apenas si oyó estas palabras que don Tadeo le dijo:

—Preséntate al ladron de tu amo como un certificado de lo que yo voy á hacer con él mañana por la mañana. Conque buenas noches y salud.

Y se fué.

Llegó á su casa.

Asestó en la puerta siete aldabazos y un repique.

Esperó.

Pero en vano.

Nadie acudió á abrir.

Volvió, y no tuvo mejor resultado.

Empezó á inquietarse.

—¿Qué era aquello.

Clementina y Emilia tenían el sueño muy ligero.

Cuando no habían contestado, no estaban en casa.

¿A dónde habían ido, pues?

Se le heló la sangre á Pedernales.

Amaba á Clementina con un amor extraño, mezcla del amor del amante y del amor del padre.

Un vago temor le había acometido.

Llamó una tercera vez, y ya con una fuerza desesperada.

A poco se oyó en lo alto de la casa el ruido de una ventana que se abría y una voz de vieja que dijo:

—No están: salieron al oscurecer y no han vuelto.

—Pero ¿no han dejado la llave, señora Hilaria?—preguntó don Tadeo.

—No, no señor; pero yo abriré y acá le acomodaré como pueda.

—No, no;—lijo don Tadeo,—daré una vuelta; ya no pueden tardar; muchas gracias, señora Hilaria. Buenas noches.

Se oyó de nuevo la ventana que se cerraba.

Don Tadeo aturdido, distraído, asustado por aquella novedad que no podía explicarse, se volvió sobre sus pasos, es decir, por la misma calle

de Jesús y María hacía la plazuela del Progreso.

Tan abstraído iba en su pensamiento, que no reparó en que cerca de la desembocadura de la calle en la plazuela, había reunida alguna gente, y entre ella, algunos serenos.

Cuando reparó en el grupo, estaba ya encima.

Dos agentes sostenían á Eloy el Alicantino que no se podía tener de pié.

Se hallaba en un estado deplorable.

Abotagada y ensangrentada la cara, medio saltado un ojo, respirando con mucha dificultad, jadeando como un toro, y jurando y blasfemando que no había más que ver.

Por casualidad le había quedado sano el ojo derecho y con el vió á don Tadeo.

—¡Ese, ese es!—dijo señalándole;—que le prendan: veremos si se puede maltratar así á un ciudadano: veremos si son verdad los derechos individuales. Ese es un bribon borbónicoo.

Algunos del gorro colorado, que allí se hallaban porque á donde quiera que sucede algo acuden curiosos, arremetieron á don Tadeo.

Dos de ellos eran agentes de la secreta.

Los agentes públicos los auxiliaron, y ambos, estropeado y estropeador, fueron llevados á la prevencion del distrito.

Don Tadeo no negó.

Se limitó á decir que habia tenido razon sobrada para sentarle la mano á aquel pillo que era un prófugo de la justicia; Eloy el Alicantino sentenciado en rebeldía á doce años de cadena por la audiencia de Murcia, por delito de robo con fractura.

Eloy protestó.

Se le retuvo, sin embargo.

Don Tadeo exhibió su seguro militar en el que aparecia como coronel retirado.

—Esto no sirve ya,—dijo el secretario de la prevencion;—se han acabado los privilegios: la ley es igual para todos. Que lleven en calidad de preso á la casa de socorro al estropeado y á este señor coronel al gobierno civil á disposicion del gobernador.

Don Tadeo bufaba y decia que los derechos individuales y el fuero comun eran una monserga irritante que no favorecia más que á los picaros.

Esto no obstante fué conducido al gobierno civil y encerrado

Desde allí el gobernador le envió al Saladero.

Se le incomunicó.

Se habia pasado el tanto de culpa al juez.

Eloy el Alicantino estaba en un estado delicadísimo.

Ni más ni ménos que una gacela á quién ha dado una embestida un tigre.

Pero sanó antes de los treinta dias.

Se le retuvo porque se habia identificado su persona, y constaba en efecto que estaba condeñado á presidio en rebeldía por robo durante la noche, con fractura, en lugar habitado.

Los perversos antecedentes de Eloy favorecieron á don Tadeo.

Clementina además, habia visitado con insistencia al juez.

Habia rogado por su amigo.

El juez se habia conmovido, y puesto al cabo de todo libró auto de libertad por sobreseimiento en favor de don Tadeo; pero emplazándole para que se presentase en su tribunal.

A don Tadeo se le habia olvidado en la comunicacion.

No habia podido ver, pues, á Clementina, que le habia buscado.

Ni aun habia podido tener noticias de ella.

Es más: se habian comido algunos pobres víveres que Clementina habia dejado allí para él.

La probrecilla estaba allí cuando le soltaron preparada con algunos pobres reales para pagar eso que en España se llama carcelaje, y que es incomprensible.

Para esto habia tenido que vender un colchon.

La desgraciada se arrojó llorando en sus brazos.

—Vámonos , vámonos cuanto antes , de aquí,—le dijo.

Temia que volvieran á encerrarle.

La pequeña Emilia habia abrazado tambien al coronel, á cuyos ojos aquel resto de corazon que le quedaba hacia asomar las lágrimas.

Pero faltaba un trámite.

Don Tadeo hubo de ir al juzgado, acompañado de dos agentes.

Una vez en presencia del juez, este le hizo oír una dura reprimenda.

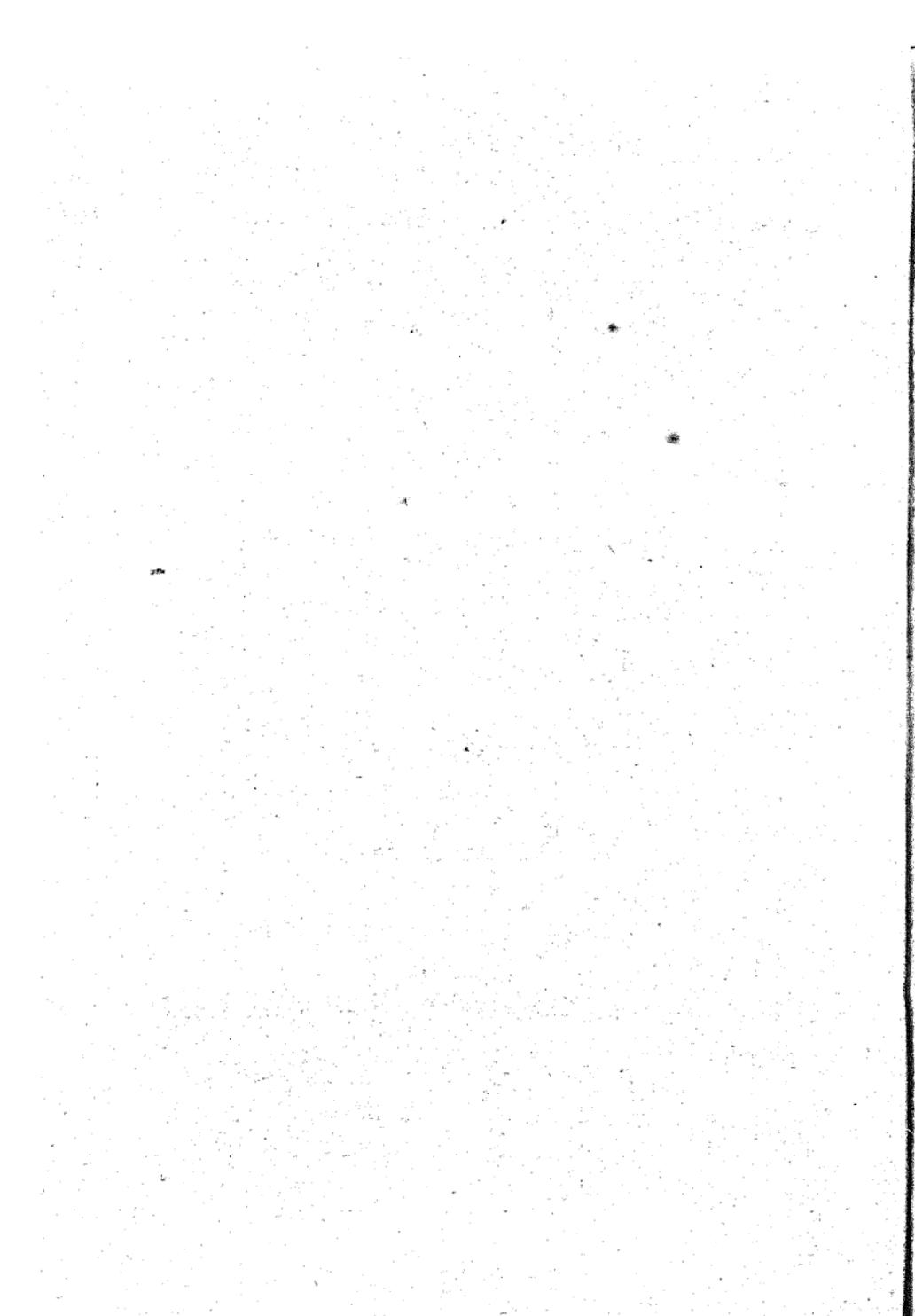
—Se ha usado con usía de clemencia le dijo,—en atencion á los malísimos antecedentes de ese hombre. Pero es verdaderamente vergonzoso que un jefe, un viejo veterano, cuya hoja de servicios es brillante, se prostituya asistiendo á garitos y sacando de ellos lances punibles y escandalosos. Me es muy violento decir esto á usía; pero así me lo prescribe mi deber. Apercibo á usía para que mejore su conducta, porque una reincidencia impediria de todo punto todo género de consideracion. Vaya usía con Dios.

Don Tadeo salió bufando y diciendo para sus adentros:

—Me parece que ese golilla y yo, hemos cor-

rido un gran peligro; él de que yo le aniquile, y yo de que me ahorquen; por consecuencia apelemos á la filosofía. Vámonos, hija mia, vámonos, que me están dando intenciones de perderme.

La madre y la hija se lo llevaron como robado.



CAPITULO VII

De miseria en miseria.

Lo primero que hizo Pedernales despues de tragarse un plato de patatas en ajo de pollo que encontró casa de su hija adoptiva, fué preguntarle si durante su prision habian dado alguna paga á las clases pasivas.

—¡Quiá!—dijo tristemente Clementina;—ni esperanza, don Tadeo. Dicen que no hay un cuarto; ¡y el trabajo que falta! ¡y yo que me siento enferma!

—Pues me echo á ladron,—exclamó con la mirada estraviada y la voz ronca don Tadeo.—Sirva usted, sirva usted á su pátria durante cuarenta años, hoy con el rey legitimo, mañana con el rey constitucional: rómpase usted el alma un dia y otro dia; aperréese usted por trechos y ve-

ricuetos para que le digan á usted á los sesenta años, cuando todavía está usted útil, porque es usted de carne de perro:

—«Señor coronel, usted es un petate, usted no e para nada, vaya usted á tomar el sol á una tapia y véngase usted, dese usted por ahí una vuelta á ver si se nos ocurre darle á usted una pagueja; estese usted mirando sus cicatrices y cómase usted los codos de hambre. Y luego si durante el ayuno se va á una timba á buscar la corteza:—«Usía es un indecente, señor coronel: usía mancha una brillante hoja de servicios »— Si esto no es para echarse á ladron, á asesino, á sacrílego, á antropófago, venga Dios y véalo.

—Por Dios don Tadeo,—exclamó Clémentina;—ya veremos; aún me quedan recursos.

—¡Recursos, si! los colchones desaparecidos, las camas vendidas, un jergon en la alcoba en el suelo; reducidas á tres las sillas, el pobre brasero apagado y todavía hace frio. ¡Poder de Dios! yo me echo el alma atrás; yo hago una barrabasada, ¡sangre y rayos! ¿á mí con esas? ¿decirme á mí aquel juez estúpido que soy un canalla? Pues bueno, lo seré, pero con provecho.

Clementina estaba aterrada.

No se tenían más recursos que los eventuales de la paga.

No queria decir esto que el gobierno estu-

viere en grandes atrasos con las clases pasivas, á lo ménos en Madrid.

Pero habia con frecuencia períodos de dos ó tres meses en que no se cobraba.

Y no hay quien viva tres meses sin comer ni pagar la casa.

Se trampea, es cierto, pero esto es duro; y sobre todo insuficiente.

El crédito se acaba muy pronto, y todas las puertas se cierran.

El coronel tenia empeñada su paga en una tercera parte, que era todo lo que podian tomarle.

No la podia empeñar más como no fuese bajo su palabra sobre lo que le quedaba, y nadie fía hoy en la buena fe de nadie, porque la buena fe, ó anda por el suelo, ó es achaque de tonto, y no se encuentra ya un tonto para un remedio.

Los pocos que se supone debe haber, no se sabe donde andan.

Pero Clementina tenia su pension desempeñada.

Se la podia empeñar por seis meses, y todo lo que podia esperarse como la tercera parte, solo montaba á ochenta reales, eran catorce ó diez y seis duros.

Lo demás hasta veinticuatro, debia quedarse en poder del usurero.

Las lágrimas son amargas, pero el pan amasado con lágrimas es muy sabroso á esta clase de cuervos.

Así se hacen los grandes capitales.

De la carne, de la sangre, de la miseria.

No importa, cada cual está obligado á mirar por sí mismo.

Toda otra idea es ridícula en nuestro tiempo, eminentemente egoísta y utilitario.

La guardia civil ha acabado hasta donde la ha sido posible con los ladrones de caminos reales; pero ¿dónde está la guardia que persiga á todos los demás ladrones que se pasean tranquilos, honrados por todo el mundo y aún llenos de honores y preeminencias?

Don Tadeo haciendo un penoso esfuerzo, (repetimos que á veces tenia corazon), propuso á Clementina el empeño de su paga.

Clementina abrió tanto ojo.

Creyó que para ella se habia abierto una puerta del cielo, que la situacion estaba resuelta, que la iban á dar el oro y el moro.

Cuando don Tadeo hizo el cálculo y salieron en limpio catorce ó diez y seis duros por el empeño de seis meses, se descorazonó.

Sin embargo, catorce duros, gastando dos pesetas por dia para comer los tres. eran un mes de vida ó semi-vida; en fin, un compás de espera doloroso.

Se convino, en fin, en empeñar la pension.

—Pero dime tú, hija mia, ya que hemos resuelto lo que desesperadamente hemos podido vender, ¿por qué estabas tú fuera de casa á la una ó una y media de la noche en que me prendieron?

Clementina se puso vivamente encendida, tartamudeó y dijo al fin:

—Fuimos la niña y yo á ver á una amiga que estaba enferma.

Don Tadeo se calló.

No podia, no debía insistir, no tenia derecho alguno sobre Clementina.

Pero se le amargó el corazon.

¿Habria reducido la miseria á vergonzosos extremos á Clementina?

Él, hombre poco delicado hasta entonces, sintió de improviso todos los afectos de la más delicada susceptibilidad.

De libertino viejo y recalcitrante, se convirtió en el hombre de la moralidad más intransigente.

Sucedíole como si hubiera encontrado á una hija suya en una falta grave, tanto más grave, cuanto que podia influir de una manera determinante, funesta, en la educacion de Emilia.

Y era que, como ya lo hemos dicho, en el enamoramiento de don Tadeo por Clementina habia mucho de un purísimo afecto paternal.

El pobre diablo de Pedernales habia adopta-

do en el fondo de un corazon á aquella desgraciada.

Calló.

Ni aún con la expresion dejó reconocer á Clementina un cuidado, un disgusto y ni aún una amargura.

Pero se propuso observar.

CAPITULO VIII

Don Tadeo en casa.

Se empeñó la pensioncilla.

Tirando y estirando y disputando y casi riñendo don Tadeo, y despues de llenar no sabemos cuantas formalidades, logró sacar quince duros.

Se habia contado demasiado pronto con que aquellos quince duros se emplearian en comer, es decir, en mal comer.

Habia una necesidad apremiante.

La pobre niña tenia las botitas rotas, y de tal manera, que andaba con los piés por el suelo, ó mejor dicho, en contacto con el suelo.

En acudir á esta necesidad se fueron dos duros.

Clementina sólo habia dejado una manta que

no podía de ninguna manera partirse entre las dos camas, y la había puesto sobre el jergon de don Tadeo.

Pero este se apercibió de que la desgraciada no tenía para abrigarse de noche.

En medio cubrir esta necesidad se fueron dos duros.

Todavía se podía contar con unos siete reales para la comida.

Pero sobrevino el casero á quien se debía de antemano.

Fué necesario teparle la boca con un mes, esto es, darle tres duros.

El diario quedó, pues, reducido á cinco reales.

Esto era imposible.

Era lo mismo que sentenciarse á un hambre progresiva, que por lo ménos debía causar una enfermedad á aquella criatura que estaba ya muy trabajada y en extremo débil.

—Pues bien,—dijo don Tadeo,—tiraremos quince dias á diez reales y así iremos pasando, entretanto yo buscaré, ¿y en quince dias no he de encontrar yo algo?

—Yo haré tambien lo posible por encontrar trabajo—dijo Clementina.

Pero don Tadeo se encontró sin recursos de ninguna especie.

No podía ir á casa de don Eleuterio ni á ninguna otra partida de juego.

El rapapeló que habia dado á Eloy el Alcantino por consecuencias del cual habia caido en poder de la justicia é identificada su persona, y revisada rápidamente su causa, le habia puesto á punto de ser rematado para presidio, habia arrojado á don Tadeo de todas las timbas, en las cuales no podia penetrar sin exponerse á un lance sério.

Hacia ya mucho tiempo que estrujados sus amigos no podia contar con ellos para nada.

Su situacion era para él un pedernal del que nada absolutamente podia sacar.

Ni aun chispas.

Don Tadeo, conmovido por la desgracia de su hija de adopcion, llegó al heroico pensamiento de meterse á peon de albañil.

—Mientras se ganan seis ó siete reales,—decia,—no se está del todo mal. ¡Y qué diablo! El trabajo no deshonra. Casi casi estoy por ponerme todas mis condecoraciones para empujar la carretilla ó para suministrar ladrillos y mezcla á los oficiales.

Pero era el caso que por efecto de las circunstancias, habia pocas obras y sobraban peones.

Don Tadeo apeló á la seccion de trabajos del ayuntamiento.

Pero en el ayuntamiento le dijeron que no podian atender á un coronel, que tenia paga,

en perjuicio de un pobre que solo cõtase con trabajo.

Don Tadeo estuvo á punto de ser preso por que armó una pelotera en la seccion de trabajos del municipio.

Si al salir no encuentra en el largo portal del *Hotel de Villa*, un coracero arrojado por rebelde, no fuma aquel dia.

Aun esto estuvo á punto de causarle un grave compromiso con un pilluelo que al mismo tiempo que él habia visto la presa y sobre ella se habia arrojado.

—¡Pues vaya el silbante!—exclamó el pillete,—¡y, con más levita que un Santo Cristo!

La idea de romper por todo y de echarse al robo vulgar, al robo de acecho por las encrucijadas, en los lugares poco concurridos, acometió á don Tadeo.

—Esta sociedad no merece ni consideracion ni respeto,—dijo;—todos los caminos se cierran; no basta querer trabajar, niegan el trabajo; ¿y qué ha de hacer un padre que tiene hijos á quienes no puede darles par?

Hasta pensó en meterse á guardia civil de simple individuo.

Pero se oponia el reglamento.

A más de esto, era un disparate, una aberracion, una de esas ideas insensatas que se ocurren á los desesperados.

Y don Tadeo se encontraba fuerte, ágil, con las fuerzas de un mozo de cordel.

Al pensar en esto se le ocurrió echarse á mozo de cuerda, y se fué á la estacion del ferrocarril del Norte.

Allí acometi6 al primer viajero que encontr6 á mano y le dijo:

—La maleta, señor; yo puedo llevarla tan bien como cualquiera de estos animales.

Y como don Tadeo iba bien portado en fuerza de lo que cuidaba su único traje, el viajero creyó que se habia vuelto loco, y le dió de lado entregando su maleta á un mozo de cordel.

—¡El mequetrefe!—exclamó irritado don Tadeo.

Su pretension le produjo una agria reyerta con el caporal ó capataz de los mozos de cordel que acudian á la estacion, ó más bien que pertenecian á ella.

Hubo casi sopapos, y fué un milagro que don Tadeo no fuese de nuevo conducido á la prevencion.

—Pues señor,—dijo don Tadeo retirándose con las manos metidas en los bolsillos;—esta batalla en busca de la corteza, es mucho más dura que la más dura de las en que me he encontrado durante mis cuarenta y cuatro años de servicio dia por dia. ¡Adelante! ¡bravo! esto tiene que acabar mal.

Y don Tadeo se fué á pasear su hambre y su ócio forzado.

Lo que más le aquejaba corporalmente era la falta de tabaco.

—Pero señor,—dijo don Tadeo dándose una palmada en la frente;—soy un insensato, yo siempre tengo un refugio: el hospital. No pueden negarme una cama en el hospital militar; yo no estoy enfermo, pero cuento con que los médicos del hospital no serán unos caribes y encontrarán que la miseria es una enfermedad bastante para dar de alta en el hospital á un bravo jefe veterano; nos queda ese recurso. ¿Y quién me quita á mí apartar de mi comida y mi almuerzo de jefe, entre dos rebanadas de pan algo con que esas dos pobres que comen ménos que un pájaro cada una, se alimenten? ¡Bah, bah! Este es un recurso; no habia yo caído en ello; soy feliz; preparémonos á la caza de colillas, porque esto de no fumar es terrible.

Pero para obtener un cigarro tuvo que hacer la caza en corto.

Esto consistía en seguir á todo el que iba fumando, porque otra cosa era insensata.

Arrojada por el suelo no se encontraba en todo Madrid una colilla.

Nuestro hombre seguía al fumador, y cuando este fumador, antes de concluir se metía en una casa, sobrevenia un momento de irritación

para Pedernales. Otras veces la colilla arrojada estaba apurada de tal manera que no había medio de aprovecharla.

—Pero señor,—decía don Tadeo en estas ocasiones,—ese hombre debé tener los lábios de hierro.

En la Puerta del Sol logró cojer dos ó tres colas de cigarros puros, pero casi siempre con competidores.

Dos de órden público le miraban con recelo y le vigilaban.

Un hombre que sin reparo alguna recoge en plena tarde una colilla en la Puerta del Sol, no puede ménos de ser sospechoso.

Con mucha más razon recogería una bolsa ó un reloj.

Una noche al retirarse entre nueve y diez, cuando ya estaban espirando los pobres cuartos, don Tadeo se encontró con que la señora Hilaria el entregó la llave.

Clementina y la niña no estaban en casa.

Esto fué tres dias despues de aquel en que el coronel Pedernales quiso echarse á mozo de cuerda.

Entró pensativo y triste en el cuarto abandonado diciendo para sí:

—¿Adonde habrán ido? ¿Si tendremos otra amiga enferma?

Y se acostó de muy mal humor, á oscuras por no gastar luz.

Dieron las diez, las once, las doce.

Pedernales estaba vivamente inquieto.

La idea de que Clementina desesperada hubiera ido á confundirse con su hija entre las cursis y las suripantas que infestan los cafés de Madrid en busca del horrible pan de la deshonra, le amargaba el alma.

—Pues bien,—se dijo;—ella me contestará cuando vuelva, ¿qué se yo lo que me contestará? yo no debo contradecirla; yo debo aparentar que creo lo que me diga; yo debo observarla, ¡cáspita! hacer que no pueda negarme nada. ¡Ah, no, no! poco á poco... la muerte antes que una posición infame y dolorosa. Vamos; está visto; yo no he perdido del todo la vergüenza; aún me queda algo de corazon. ¡Diablos! ¡pues si creo que tengo lágrimas en los ojos! ¡Poder de Dios! ¡Mi desventura! ¡y esa pobre niña! ¡Jesucristo! ¡Un ejemplo horrible! ¡Ah! no, no; esto no puede ser, yo sin duda me equivoco; la desgracia me ha hecho muy mal pensador; ella es incapaz, de todo punto incapaz; ella no puede dar lugar á que se irrite la sombra de su padre, mi buen amigo el bravo capitán Fuentidueñas. No, no nos atosiguemos; no pensemos mal de quien no lo merece; tal vez no hay motivo para asustarse;

Llamaron entonces á la puerta del mismo aposento.

Al coronel Pedernales le dió tres sletos el corazon.

Se levantó y abrió.

—Vaya, y á oscuras,—dijo entrando Clementina, en cuya voz nada de singular notó el coronel Pedernales.

—Hay que economizar el sebo, hija mia,—contestó el coronel.—¿Qué más da? á oscuras se está bien.

Crugió un fósforo, y se iluminó la bohardilla.

Emilia encendió un resto de vela de sebo pegado á una palmatoria de loza ordinaria.

Clementina dejó un gran papel en que habia envuelto algo abultado sobre la mesa, y de un bolsillo de su traje sacó una botella.

De otro bolsillo un objeto ménos voluminoso envuelto en un papel de estraza.

—Vamos,—dijo con acento lánguido y con la expresion melancólica;—cenemos algo bueno y bastante: hace mucho tiempo que lo pasamos bien mal.

—Pero ¿qué es esto, hija mia?—exclamó el coronel, que tenia la sangre helada por un vago temor.

—¡Bah!—dijo Clementina comiendo tristemente;—aún no se han acabado del todo los recursos. Aún me queda algo.

Emilia ponía entretanto la mesa.

Clementina se sentó, sacó un portamonedas,

le abrió é hizo ver al coronel un billete de banco de á quinientos reales, cuatro doblones de á cien reales y dos duros.

—¿Y qué es eso? Clementina,—dijo con la voz torpe como si hubiera estado borracho el coronel;—¿te ha tocado la lotería?

—No,—contestó Clementina;—es que hace tres dias ha venido de Francia una señora, una buena señora muy rica, madre de una compañera mia de Loreto; se ha informado de mí, ha sabido dónde vivia, me ha enviado recado; he ido; me ha socorrido; me ha entretenido hablándome de no se cuántas cosas.

El coronel estuvo por decirla:—Tu mientes, Clementina; tu palabra es insegura; estás encendida como una amapola. ¿De dónde has sacado tú ese dinero maldito?

Pero se contuvo.

—Dios se lo pague á esa buena señora,—dijo.—estamos del otro lado; hay seguridad de que se nos ponga al corriente de nuestros haberes á principios del mes próximo. Con esto dinero podemos llegar hasta allá sobradísimamente.

—He traído,—añadió desenvolviendo el papel,—perceves, que le gustan mucho á Emilia.

—Y á mí tambien me gustan,—dijo el coronel;—he perdido la memoria de la última vez que los chupé.

—Un capon asado, don Tadeo.

—Magnífico, hija mía.

—Pastelillos, aceitunas y una botella de Burdeos.

—¡Bueno! ¡bravo! ¡magnífico!—exclamó el coronel;—somos felices.

—Y además, una docena de cigarros escogidos para que se los fume usted, puros.

Se atragantó el coronel Pedernales, y le dió horror aquel tabaco, que tanto deseaba.

No sabia á que horrible precio habian comprado aquellos cigarros.

Pero disimuló.

—Yo averiguaré, yo averiguaré,—dijo para sí.

Y por la primera vez de su vida la comida fué para él agria, el tabaco insoportable.

Toda su alma se concentraba en las dos desgraciadas, y experimentaba un dolor agudo en el corazon.

Emilia estaba triste y seria.

Esta expresion de la niña aterraba á Pedernales.

¿Qué habia visto la inocente?

Clementina hacia esfuerzos para aparecer tranquila y aún contenta.

Se acostaron al fin.

Pedernales no durmió en toda la noche.

En su insomnio oia de tiempo en tiempo gemir á Clementina.

La niña tampoco dormía.

Dejaba oír de tiempo en tiempo una lijera tos de constipado.

—Ya se ve,—decía, Pedernales;—tan tarde, de noche, con el frío que hace y tan desabrigada.

Al día siguiente se almorzó lo que había quedado de la cena.

A la comida Clementina puso un buen cocido y vino.

Al día siguiente continuó el buen trato.

Clementina exigió y obtuvo que don Tadeo aceptase cien reales para dar una vuelta á su equipo que bien lo había menester.

Pero no pudo lograr tomase más para comprarse una prenda de abrigo, que bien la necesitaba.

Se compró un par de botas de las más baratas, y un baston de espino, al que se podía muy bien llamar garrote, con el cual sustituyó su ligerísimo bambú.

Don Tadeo esperaba.

Al fin algunas noches despues, cuando fué como de costumbre, entré nueve y diez á su casa, al sentirle por las escaleras la señora Hilaria, abrió su puerta y le dijo:

—Doña Clementina y la niña han salido y me han dejado la llave para usted.

—En ese caso, señora Hilaria, me voy á dar una vuelta,—dijo don Tadeo.

Y descendió y se lanzó á la calle.

—¡Ea! Pues á pasar revista á todos los cafés. Primeramente al de Madrid, al gran bazar; allí es donde más concurren ellas, las hembras de la vida airada. Sí, si, tengo la seguridad de encontrarla si no allí, en Eslava; si no en Eslava en Levante; si no en Levante en el Pasaje. Ea, aire á las piernas; en marcha forzada coronel Pederuales, preparado, y en avistando al enemigo, á la bayoneta, ó mejor dicho al garrote. No, no, que se muera primero; veamos: si aún es tiempo estoy yo aquí. ¡Fuego y sangre! si alguien ha de perderse que me pierda yo; y en grande jira de Dios! para sacarlas de la miseria; en Ceuta no se vivirá del todo mal. Pero me parece que estoy loco, que tengo celos, que la adoro.

Y el coronel estiraba las largas zancas, y de cada paso se tragaba metro y medio.

Era fuerte.

A pesar de aquella larga carrera desde lo último de la calle de Jesus y María hasta el café de Madrid, llegó en pocos minutos y sin fatigas.

Se metió por el café apoyándose con una cierta marcialidad en su garrote; mirando en torno suyo.

De improviso se lanzó hácia un ángulo, con los ojos chispeantes, hácia una mesa en que habia una jóven, una niña y delante un mequetrefe, atildado al estilo moderno.

Frente á este habia una silla vacía.

Se sentó bruscamente en ella don Tadeo haciéndola crugir, y dijo.

—Pues señor, aquí estamos todos.

Pero inmediatamente se levantó y dijo:

—Ustedes perdonen; me he equivocado: está visto; no veo bien; no son ustedes los que yo busco: queden ustedes con Dios.

Y se fué.

Nadie le habia respondido una palabra.

La madre, la niña, y el pisaverde, se quedaron pálidos.

Se habian equivocado también.

Habian creido que sobre ellos caía como una bomba un señor muy peligroso, que por acaso se parecia mucho á don Tadeo.

Los de las mesas inmediatas habian mirado primero con curiosidad y asombro.

Despues se habian echado á reir.

Estas aventuras suelen ser frecuentes y otras semejantes, y algunas más determinantes, en los cafés de cita, es decir, en todos los cafés.

Don Tadeo dió una vuelta por el de Madrid como un loco extraviado.

No estaban.

Se lanzó á la calle.

Se fué al café del Pasaje de Murga, ya más cauto para evitar una nueva equivocacion.

Tampoco estaban allí.

Lanzóse á Eslava.

No las encontró.

—¿Estarán en el teatro?—dijo:—¿y quién espera sin tener la seguridad? ¡Ah! al café de Platerías, á la parte que corresponde á la plazuela de Herradores. á aquella sala donde si se encendiera un fósforo moral sobrevendría una explosión.

Trasladóse allá don Tadeo.

Al entrar por la calle de San Felipe se detuvo y se embebió en el hueco de una puerta.

Habia oido una voz conocida, la voz de Clementina.

A poco pasaron.

Delante iba Emilia envuelta la rubia cabeza en una pobrecilla nube.

Detrás iba Clementina del brazo de un hombre de todo punto elegante como de treinta y cinco años y de aspecto presuntuoso y nécio.

Don Tadeo ahogó una exclamacion.

Al pasar aquel hombre le habia reconocido á la luz de uno de los faroles del alumbrado público inmediato.

Era aquel mismo viajero que no habia querido entregarle su maleta en la estacion del ferrocarril del Norte.

Tan distraidos iban los tres, que no le vieron.

Don Tadeo se fué detrás á larga distancia, pero sin perderlos de vista.

—No,—decía;—pues como vayan á entrar en una *tasca*, de tres saltos los alcanzo y allí mismo le aniquilo.

Siguieron despacio, lo que desesperaba á don Tadeo, por la Plaza Mayor, por la calle de Atocha, por la Concepcion Gerónima, Barrio Nuevo, plazuela del Progreso, á la calle de Jesús y María á la casa de Clementina.

El acompañante se retiró mucho antes de llegar á la casa.

Don Tadeo se fué detrás de él.

El cogió en la plazuela del Progreso, un carruaje que pasaba desalquilado.

—¡Ah! pues no te me escapabas. ¿Adónde vamos á parar? tengo yo muchos más piés que un jamelgo de simon.

Y allá se fué detrás del carruaje.

No le fué necesario correr para no quedarse atrás.

Le bastó con un paso de marcha forzada.

Era mucho hombre el coronel Pedernales.

Sosteniendo aquel paso violento, llegó al Suizo, donde el carruaje se detuvo.

Salió de él el perseguido, y se entró en el Suizo.

Tras él, se entró don Tadeo.

Conservaba una pesetilia que le habian quedado despues de comprar las botas y el garrote.

Se habia hecho muy económico.

Se sentó junto á la puerta, á la derecha, y llamó.

Acudió el insigne Pedro.

—¿Cuánto cuesta aquí una copa de rom y marrasquino?—le dijo el coronel.

—Tres reales,—contestó Pedro.

—Vaya, pues tráigame usted una copa de rom y marrasquino.

Volvió Pedro con el servicio.

—Dígame usted, amigo,—le preguntó Pedernales,—¿quién es aquel señor que tiene un aire tan importante y una sortija de esmeraldas en la corbata?

—Don Luis del Ponton,—contestó Pedro.

—¿Y viene aquí todas las noches?

—Sí, señor, á última hora,—contestó siempre con un acento indiferente Pedro.

—Guárdese usted lo que sobra,—dijo el coronel dando á Pedro su pesetilla.

—Muchas gracias,—contestó el mozo.

Y se retiró.

—Verdaderamente este licor es exquisito,—dijo el coronel Pedernales, que no quitaba ojo de don Luis;—bien merece los tres reales que cuesta. Lo bueno debe pagarse: yo no sé en cuanto estimará ese imbécil el garrotazo que á lo que veo me voy á ver obligado á arrimarle: va á ser de primer orden. Señor, señor, este debe ser

un conocimiento antiguo de Clementina: ¡si se me figura, Dios me perdone, que ese hombre se parece á Emilia! ¿y habrá aquí una historia? ¿será Emilia una moneda falsa? No, en cuanto á él, á pesar de su aire de importancia, me parece una moneda de las del perro mal dorada. ¡Por vida de mis cuarenta y cinco años de servicio! Ya se ve, con este revoltillo que ahora hay, la moneda falsa le da á uno en las narices por todas partes. ¡Poder de Dios, que no se como me contengo! paciencia, calma, esperemos; cuando esté fuera, cuando yo le entrecoja donde no haya nadie...

Y el coronel Pedernales apretaba convulsivamente su garrote.

De improviso entró en el café un lacayuelo negro con una librea de primer orden; botas á la inglesa, carrik, y sobre los hombros, un abrigo de piel de núpria.

Se acercó á don Luis.

Le llamó la atencion.

Habló con él aparte.

Se fué.

Poco despues se levantó don Luis, dió algunos pretenciosas estrecheces de manos á sus amigos y salió.

Detrás se fué don Tadeo.

Al borde de la ancha acera que se extiende delante del Suizo, habia un magnífico carruaje.

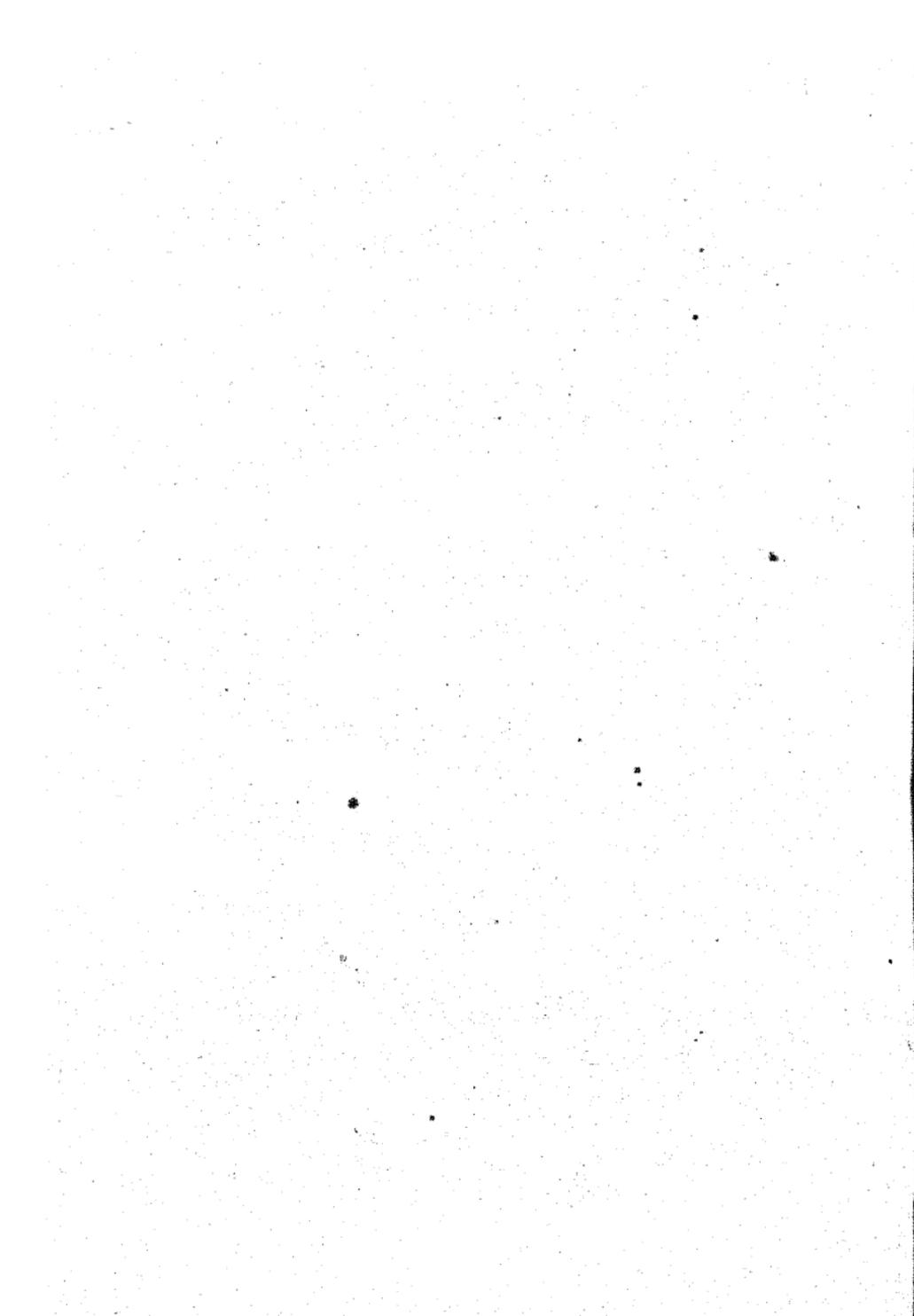
Antes de que llegase á él don Luis, la portezuela se abrió, y bajó del coche una dama esbelta, elegante, envuelta en un rico abrigo.

Se asió del brazo de don Luis, y entrambos tomaron por la calle de Sevilla, entrándose en el Colmado.

Aquel era un lugar inviolable para don Tadeo.

Ni aún tenía una prenda que dejar que fuese aceptable.

Esperó, pues, á la entrada de la calle de Gitanos.



CAPITULO IX

Pedernales y Perniches.

Estaba don Tadeo en la ochava de la casa en cuyo piso bajo está el café Europeo, es decir, junto á la puerta del café.

A poco reparó en un bulto encapado que se paseaba en la calle de Sevilla junto al café Europeo por delante del Colmado.

Este bulto miró á don Tadeo al pasar y al repasar volvió á mirarle.

Al fin á la tercera revuelta se detuvo y desembozándose, dijo:

—Mi coronel.

—¿Y quién eres tú?—exclamó de mal humor Pedernales.

Y reparando más, añadió:

—¡Calla! ¡Perniches!

—Sí señor; mi coronel; Perniches en persona para servir á usía.

—¡Hombre! ¿y qué haces tú aquí, tunante?

—Estoy acechando.

—¡Ah! ¿tu acechas?

—Sí, señor, porque tiene cuenta, porque tengo que dar unas señas á cierto pájaro que con cierta pájara se ha metido en el Colmado.

—Di tú, ¿esa pájara es una muy elegante y muy airosa?

—Sí, señor: sí, una serpiente.

—¿Y el se llama don Luis del Ponton?—dijo Pedernales.

—El mismito ¿tiene usía también cuentas con él?

—Me parece que le voy á apretar la mano, Perniches; y si hubiera estado en mejores condiciones, en el Colmado me meto.

—Pues qué, mi coronel ¿tan *atrochado* está usía que no puede meter las narices en casa de Santiago? Pues si usía no lo tiene á ménos véngase usía conmigo y nos sentaremos en la mesilla que hay al pié de las escalerillas, yo vuelto de espaldas, para que no me conozcan cuando bajen, y nos tragaremos algo con su correspondiente manzanilla, que la tiene Santiago muy fresca, como la del Puerto; ¿conque quiere usía hacerme el favor?

—Ola, pillo; ¿con qué te vengo de molde,

eh?—dijo el coronel.—Pues bueno; á donde va el mar que vayan las arenas; ¿quién repara en pelillos? ¿es decir que tu estás en fondos?

—No mucho, pero todavía se *abilla parné* y usía puede disponer de media docena de onzas, que para usía tengo yo hasta mi sangre.

—Ya hablaremos, ya hablaremos, Perniches. Me alegro de haberte encontrado; eres un ejemplo rarísimo, porque el agradecimiento es una virtud que hoy no está en uso.

—Tiene usía razón; pero vámonos adentro, que aquí hace mucho frío, y usía está muy desabrigado. Pero mire usía, yo tengo dos capas; se queda usía con esta, que es la mejor, y ya estamos aviados todos.

Y diciendo y haciendo se quitó la capa, y se la puso al coronel, quedándose de gaban.

—Pues adelante, Perniches.—dijo el coronel embozándose con delicia, ¿á qué decir que no cuando estás representando para mí, el papel de la Providencia? y esta capa abriga; pillo, te tratas bien, y hasta pareces una persona decente. Se me figura que tu eres una moneda falsa.

—Pues mire usía, mientras pasan son buenas. Pero adentro mi coronel, adentro, que tengo así un poco de apetito.

Se entraron en el Colmado.

Y como estuviera vacío por casualidad el vedorcito que hay en la trastienda al pié de las

estrechas escaleras de caracol de hierro por donde se sube al entresuelo, allí se sentaron y Perniches pidió.

Dos palabras antes de continuar.

Perniches era el uno de los últimos asistentes que Pedernales tenía cuando le retiraron.

Era un andaluz muy listo y muy bravo; la piel del diablo.

El coronel le había tomado un ex'raordinario cariño.

Perniches no estimaba ménos á su coronel.

Se separó de él y le dijo:

—Las montañas son las que no se encuentran, mi coronel. Yo voy á tomar la *paloma* dentro de dos meses, que si no con usía me iba, porque le he tomado yo mucho aquel á usía; ahora y luego y siempre, ya lo sabe usía, usía puede disponer de mí.

Como se ve, Perniches, aunque había cambiado de posición, no había cambiado de afecto para con su coronel.

Este, con la misma *sans fason* con que había aceptado la capa de su asistente y su convite, se puso á comer y á beber con él con esa especie de apetito que da la rabia.

—Y dime tú,—dijo Pedernales.—¿Quién es ese don Luis del Ponton?

—Un trasto, mi coronel,—contestó Perniches;—un canalla, un hipócrita muy conocido

en Madrid, que ha vivido siempre de viejas y ha andado siempre rodando por los cafés y estafando á todo el mundo; uno de tantos como hay en Madrid que parecen personas decentes y se dan tono y van á todas partes y son lo último de lo último.

—Vamos una moneda falsa.

—Y diga usía que sí; un quitamotas de todo el que puede servirle para algo, y con un estómago para las viejas que tiene mérito. Se arrió á un periódico para escribir de balde las gacetillas, y mal traducir el correo extranjero, y esto le sirvió para decir á todo el mundo que le daban tres mil reales de sueldo. ¡Miste tres mil reales, y con tres mil reales se puede pagar la redaccion de media docena de periódicos, porque como pagan por casualidad, y para que paguen es menester una sublevacion, allá sale la cuenta! ¡Que me lo digan á mí que mi periódico me debe ocho meses y no hay quién saque un cuarto! No le digo á usted el nombre porque no quiero deshonrarle, que al fin es un periódico de mucho empuje.

—¡Pero Perniches, tu te has civilizado, tu te has instruido! Déjame que me asombre: ¡tú periodista! Tratándose de ehar el pego lo comprendo; ¡pero periodista tú, y no te pude hacer cabo segundo porque no sabias leer ni escribir!

—Calle usía mi coronel, que yo para ser pe-

riodista no necesito escribir. Y eso que he aprendido. Eso sí, yo soy muy listo.

—Hombre ¿y cómo sin escribir eres periodista?

—Le diré á usía, yo firmo; solo que como Pepe Perniches no es un nombre decente, firmo José María Piernas; allá se va de Piernas á Perniches. ¡Y si viera usía que polvareda levantan mis artículos! Como que los escribe un señor muy gordo, que es de la situacion, un ministro, y siendo ministro, hace la oposicion á raja tabla al ministerio y promueve las crisis parciales y echa al ministerio que le da la gana; y se elogia á sí mismo que no hay más que pedir. Como que yo firmo...

—Vamos, farsa y más farsa,—dijo el coronel;—moneda falsa por arriba, y moneda falsa por abajo. Esto tiene gracia. ¿Y qué te dan por eso, Perniches?

—Mil reales mensuales, digo, debian dárme los, porque aunque el ministro en cuestion paga corriente, el director se guarda mi sueldo, y allá de siglo á siglo, me da un billetejo de á quinientos reales, y gracias que no sea falso, que ya he estado á punto de ir á la cárcel porque me creyeron expendedor de falsificaciones. Es mucho pillo mi director ¡Cá! Si esto es una filibustería, mi coronel. ¡Si aqui todo es mentira! ¡Si aqui la moneda que parece mejor es la

peor! Pues no soy yo el único; como yo, sabiendo apenas leer y escribir, mascujando y garra-pateando, hay en la prensa y en los puestos de confianza mas de seis docenas, soldado el uno, polizonte el otro... en fin, que esto es muy *célebre*; testafarro por arriba y testafarro por abajo. Y á vivir, mi coronel, y á aguantar el palo, que á cada paso se le viene á uno un compromiso encima que le quita la vista; y ya es un desafío, pero vamos esto se arregla siempre; ó ya es que le meten á uno en la cárcel por lo que dijo ó no dijo en el artículo que firmó; y entre tanto ellos desde detrás de la barricada hacen fuego sin peligro, y de chanchullo en chanchullo engor-dan y se hacen hombres importantes. Pues bueno; don Luis del Ponton escribia de balde para decir que le daban mucho sueldo y aparecer decente, porque si no, ¿cómo iba á explicarse nadie su lujo?

—¿Y qué es ahora don Luis del Ponton?

—Mire usía, don Luis del Ponton no tiene ahora carácter oficial, pero es un *tu autem*, una influencia, un agente, en fin, mucha cosa. Ahora se ha estado por allá un mes en París y en Lón-dres con una comision para el arreglo de la deuda, y ha hecho negocio. Se ha venido con muchos miles de duros, porque comision por arriba, comision por abajo, concesiones á este, arreglos con aquel, eso que aquí llaman emprés-

tito viene á ser una subasta entre los banqueros extranjeros que se adjudica al mejor postor, y el agente ó corredor que va á estas cosas, se hincha: yo no tengo todavia bastante importancia, pero trabajo para ello, y el dia que yo coja un arreglito de esto, es decir, unos cuantos miles de duros, mi coronel, *buten*; me retiro de la politica, me caso con un medio apeo que tengo ahí y que se ha empeñado en que yo soy padre de dos criaturas que ella ha echado al mundo y que se parecen á mí como yo me parezco á la mona del Retiro; en fin aquí son todas monedas falsas; y en viéndome que yo me vea con mucha panza, mucha cadena de oro, mucho chaleco blanco y mucho *loben*, hecho un jefe político, me voy al Puerto de Santa María, que es muy buena tierra, como que es la mia, y pongo allí una partida de juego á la moderna, porque hay que civilizar á la gente, y con esto, y con una casa de préstamos en Cádiz, tambien montada á la moderna y otras industrias que yo me sé, vivo en paz y en gracia de Dios llamándome el señor don Fulano, influyendo en las decisiones y siendo el gallito, y de Cádiz al Puerto, y del Puerto á Cádiz afincándome y cuidando de mi hacienda y llamándome el señor don Fulano marqués de la Manzanilla ó duque de las Bocas de la isla, que me tosan á mí. Ya me tiene usía hecho un personaje: ¡y qué personaje! senador, porque el

senado volverá, ya lo verá usted, y volverá todo, y yo no pierdo todavía la esperanza de ser todavía presidente del consejo de ministros. ¡Quiá! ¡no señor! otros que valen ménos que yo lo han sido; todo lo más que puede suceder, es que pongan por las esquinas con letras muy gordas: *¿Quién es Perniches?* pero eso cae por encima, ó sobre la pared: todo el mundo lo lee y pasa y dice:—«Buen hombre debe ser este cuando de él se ocupan de una manera tan estrepitosa.»— Nada, mi coronel; el que aquí no es todo lo que quiere ser, es, ó porque es un lila, ó porque no le da la gana.

—¡Perniches, Perniches! ¡me estás asombrando, hijo! ¿Conque es decir, que tu andas en juego, que tú mueves más de cuatro resortes, que pasas por periodista y por hombre político, cuando yo he creído siempre y creo todavía que si entraras en un certámen de rebuznos te llevarias el primer premio; que puedes, nuevo San Martín no partir tu capa con el pobre, sino entregársela entera; que puedes disponer en el momento de una docena de onzas, y que yo que tengo cuarenta y cinco años de servicios sin los abonos, no soy nada, nada más que un retirado hambriento con todos los honores de mendigo, puesto en el caso de recibir de un antiguo asistente, capa, dinero y convite?

—Pues mi coronel, yo seré todo lo que se

quiera, un pillete, un canalla, un testafarro, un sirve-para-todo, una moneda falsa como el alma de Júdas, un tahur social, pero soy bueno y agradecido. Vamos, vamos, á tragarnos otro par de docenitas de ostras, que las ostras entran, y á bebernos otro par de docenas de cañas, lo demás déjelo usía, que corre de mi cuenta; antes de seis meses es usía rico, porque sí, porque quiero yo.

—¡Perniches, Perniches, que me vas pareciendo un ser fantástico!

—Pues no, no señor, mi coronel; toque usía y verá que yo soy una persona de carne y hueso, y que estoy gordito, eso sí, como que me trato bien, y trabajo lo ménos que puedo.

—Pero Perniches, ¿de dónde has sacado tú esa manera y esa bondad que no tenias? En lo de llevar bien la ropa no me asombro; tu siempre has sido gallardo y llevabas perfectamente el uniforme; tenias un aire marcial: Perniches, el uniforme es siempre un traje de etiqueta para el que lleva bien la casaca; porque ¿qué es un frac sino una casaca?

El coronel Pedernales se iba poniendo á medios-pelos y Perniches se le iba poniendo una capa de manzanilla sobre el cerebro.

El coronel y su asistente estaban casi á punto de hablarle á Dios de tú.

A don Tadeo se le habia ido todo el mal humor á los talones.

Se había animado y Perniches, se había crecido y estaba contento, contentísimo, con haber encontrado á su coronel, como lo está un hombre cuando al cabo de largo tiempo ve á una mujer de la que ha estado apasionado.

A esto se oyeron en la escalera, que estaba inmediatamente junto al velador que ocupaba don Tadeo y Perniches el ruido de dos personas que descendían.

—¡Ella y él,—exclamó Perniches en voz baja y rápida,—yo voy á encojerme y agachar la cabeza para que no me conozcan. Siga usía comiendo ostras como si tal cosa.

Aparecieron á poco la vizcondesa y detrás de ella don Luis.

Adelantaba, erguida, airosa, con paso firme.

Don Luis la seguía preocupado.

—Vaya una hembra,—dijo el coronel que no la conocía,—un poquito vieja, así y todo..

—Un tiburón, mi coronel; pero el tiburón más bonito y más trepador y más gracioso y más comestible que usía puede figurarse; él es un pícaro sin vergüenza, pero se las entiende con ella y ella con él, y entre los dos constituyen una potencia. Yo tenía que velar esta noche porque me ha saído un compromiso para mañana y necesitaba dinero, y cuando necesito dinero á él me voy, y tira y afloja, y negativas por

una parte y amenazas por la otra, y en fin, el dinero viene, si no todo, parte; por eso cuando yo necesito tres le pido diez; me da cuatro y es capote mejor.

—Perniches, Perniches, no hay que dudarlo eres un grande hombre; pero ¿quien te ha instruido, que hace dos años eras un pedazo de alcornoque?

—Mire usía, la política es un libro que se aprende muy pronto, porque se compone de catecismos de los cuales no se sale ni á tiros; en política los principios son inconcusos, incuestionables. Vamos á ver; catecismo más antiguo: Dios pátria y rey; este es el más fácil; amen, á lo que diga el señor rey, amen á lo que diga el señor cura, amen á lo que diga el señor alcalde; muy encorvada la espalda y muy baja la cabeza para que los palos pasen por encima, y las manos muy listas para recoger lo que caiga. Muchos golpes de pecho, muchos jubileos, confesar y comulgar todos los domingos; mucha hipocresía y lo demás que lo parta un rayo. Ya ve usía que fácil de aprender es esto. Catecismo moderado histórico; paz, órden y justicia. Paz, la del cementerio, órden á palos, justicia la voluntad del que manda. Sencillo; sencillísimo mi coronel: con hablar del principio, con la teoría de los estados de sitio, con la prévia censura y la mordaza á la prensa con cuatro concesiones hipócritas al santo Padre,

con sacarle á todo el mundo hasta las telas de los bolsillos á tributo limpio y con fusilar á todo el que pestañee contra el órden establecido, gobierno hecho. Catecismo conservador constitucional, vulgo union liberal, derivacion del otro partido moderado, pero las mismas cosas con algunas supresiones y con mucha hipocresía; dejar á todo el mundo que haga lo que le de gana con tal de que pague y de que no se meta en honduras: por lo demás, estados de sitio por quítame allá esas pajas; garrotazo en firmé por cualquier cosa; fusilamientos al menor pretexto; la paz de las tumbas siempre, el imperio siempre de una oligarquía insaciable.

—Perniches que te fusilo: ¿tú dices oligarquía? ¿Quién te ha enseñado esa frase?

—Mi coronel, yo he tenido por academia los clubs desde hace dos años, y he oido la miseria de dos mil discursos, y como tengo buena memoria y no soy lerdo ni tímido, allá voy yo, y de tal manera que en el club de la Madre selva era yo uno de los oradores más formidables.

—Perniches, que te rompo una pierna.

—Usía puede romperme lo que quiera; pero eso no quiere decir que si yo no he aprendido á discurrir, no haya aprendido á charlar; déjeme usía seguir con los catecismos, me quedan tres.

—Sigue hombre, sigue.

—¿Qué le parece á usía si nós trajeran un capon asado?

—Hombre, Perniches, eres elocuente; tú con una palabra pronuncias un discurso; no se puede sintetizar más; lo del capon asado vale todo un catécismo, que podría partir de esta frase, de esta obra de misericordia: dar de comer al hambriento; he ahí el objeto de todos los catecismos políticos, dar de comer al hambriento.

—Mozo, un capon *farsi* que esté *jugoso*.

—Calla, hombre, hasta francés sabes.

—El francés culinario, mi coronel. *Vol-au-vent* á la *financière*; chuletas á la *papillote*, ilusiones á la *gruyere*, etc. etc. como que he asistido lo ménos á setenta y cinco banquetes políticos, hasta inglés se me ha pegado; ya se decir *godden*.

—Vamos, un sabio,—dijo el coronel.

—Y no he sido gobernador de primera clase porque no me ha dado la gana.

—¡Exterminio!—exclamó el coronel dando un puñetazo sobre el velador, que bailó, dejando caer dos botellas.—Esto no es país, esto es cualquier cosa jamás vista ni oída.

—A la órden, mi coronel,—dijo Perniches poniéndose en pie, cuadrándose y haciendo el saludo militar.

—Baja la mano, muchacho,—dijo Pederna-

les.—Siéntate, pillo; déjate de tratamientos; háblame de tú; en el país de las monas que vas haciendo pasar ante mis ojos en uno y otro cuadro ipsolvente, no hay para qué subordinacion y disciplina; aquí nadie vale más que nadie; aquí todo el mundo hace lo que le da la gana; el que tiene el palo pega hasta que se lo quitan y es pegado. Fuera de cumplimientos, tunante, y bebamos como dos buenos camaradas.

—Pues entonces, que traigan otras dos botellas, que esas dos han sucumbido al golpe de Estado.

Soltó una carcajada el coronel.

Hízole duo con otra el asistente.

Se substituyeron las dos botellas, y Perniches se puso á trinchar el capon que habia aparecido sobre la mesa.

Coronel y asistente estaban, no ya á medios pelos, sino á pelos tercios ó pelos cuartos.

A Pedernales se le habian olvidado sus pesares.

Perniches se dejaba llevar de su verbosidad sin reparo alguno.

—Vaya esta anca y esta media pechuga,—dijo Perniches,—y allá va el otro catecismo, el de los progresitas, vulgo radicales: en este catecismo entran todos los asnos del mundo; es lo más sencillo, lo más preciso, lo más ilegible que puede darse; soberanía nacional, derechos

individuales; cúmplase la voluntad nacional; de aquí no se sale, y esto es muy cómodo; que hay un *meeting* la soberanía nacional ha hablado; cúmplase la voluntad nacional: que hay que prevenir desórdenes, que hay que prender gente, los derechos individuales se oponen; son inalienables, ilegislables; esto es lo que se llama la democracia monárquica. Cuarto catecismo; republicanos, desorden, especie de queso de gruyer en que cabe todo el mundo, una mescolanza que Dios padre no la entiende; una serie de contradicciones; lo malo de todos los partidos sin lo bueno de ninguno; una especie de penumbra donde ningún bulto se define; forma acomodaticia en que se envuelven todos los tránsfugas, temperamento político, esto sin aquello y aquello sin esto.

—Perniches, Perniches, me asombras; tu eres un grande hombre.

—Este capon está muy bien asado, mi coronel,—vaya este filetito y allá va el sexto catecismo; república democrática-sócial; la demolición de todo; el gobierno de la anarquía, la patria llevada al individualismo, la negación saliendo al encuentro por todos los caminos, el *totum revolutum*, la tempestad, el caos, nada de terminos medicos, último medio todo, algo que se parece á una fiera, la hidra de cien cabezas, cada una de las cuales al ser cortada se multipli-

ca; el frenesí, la locura, la desesperacion de la miseria; el delirio por el hambre de sed y de justicia; el harapo cansado de ser harapo, pretendiendo ser púrpura; la consecuencia lógica de dos ó trescientos años de despotismos, de abusos de infamias; la plebe sacada de quicio por el sufrimiento y engañada por unos cuantos pícaros, el *tableau* del drama sangriento, la *Internacional* la *Comunne*, el juicio final.

—Perniches, Perniches, de seguro habrá habido muchos presidentes del Consejo de ministros que no habrán sabido tanto.

—Estas situaciones son muy buenas para los busca-vidas mi coronel; se lagartijea, se vive, observando otro catecismo algo más difícil y que no se pone en cuenta, y para practicar cuyas doctrinas se necesitan ciertas dotes; este es el catecismo de los circunstanciales; estos hombres están siempre de pié; su catecismo consiste en la aceptacion de los hechos consumados y tiene por base la conveniencia; cuando una cosa sucede es porque debe suceder y no hay mayor disparate que ponerse en lucha con la fatalidad; ¿á qué es anularse? El político de circunstancias es un político de todos colores; no hay bandera que no reconozca y que no pretenda hacer suya; si no se agarra á sus pliegues y se envuelve en ellos es porque le echan á puntapiés en ciertas circunstancias, pero él no se rinde; está hecho

á prueba de golpes; tiene siete vidas como los gatos; es un siempre tieso, un pachon de nariz partida que no deja de olfatear nunca, y en oliendo la más leve circunstancia favorable, á ella se agarra. Nada, aparece en la superficie, se agarra al costado del navío, gatea y á poco aparece en el tope con el gallardete á la moda en la mano dominándolo todo, infernándolo todo, siendo el Mefistófeles de la situacion dominante, hasta que la domina del todo ó en un balance inesperado, es hombre al agua; pero no se ahoga; es que se pierde hasta que de nuevo le ayudan las circunstancias y vuelve á aparecer en el tope.

—Acabas de describirme con sus pelos y señales un charran de playa, un sin vergüenza, un tiburón,—dijo el coronel.

—La gran moneda falsa, mi coronel,—dijo Perniches.—La onza mejicana que vale diez y siete duros. Ya ve usía que todo el tejemaneje político de nuestra tierra es muy fácil de aprender; así es que si en España hay venticuatro millones de habitantes, (los hay y largos), existen por lo ménos ochenta millones de políticos, porque el político que menos, vale por cuatro, y así se vive, y aún vamos para adelante, y siempre así, y suceda lo que Dios quiera; nos hemos acostumbrado al desórden, y si un día Dios con su divino poder, nos ordenara, habria una revolucion

horrenda contra el órden; tenemos ya la costumbre; la anarquía está en nuestro temperamento, y por esto nuestro gobierno es la anarquía; Dios lo ha hecho todo, Dios quiere la sociedad: nosotros somos admirables. Mozo, un lenguado tan grande como la mitad de la plaza del Progreso.

—Te lo comerás tú,—dijo el coronel.

—Que se lo coma el Bondocanil, que yo estoy ya satisfecho, y si he pedido ha sido por usía.

—Pues á mí ya no me cabe; estoy atiborrado, y ó sea porque no tengo costumbre de tener capa ó sea por el buen bocado y por el buen trago, estoy que me ahogo de calor. Vámonos á tomar el aire, Perniches.

—Pues tiene usía razon, mi coronel, que aquí no se puede respirar. Mozo, la cuenta.

—Doscientos setenta y cinco reales,—dijo el mozo.

—Pues no me parece mucho,—contestó Perniches, aunque creo que cuentas la borra-
chera; verdad es que nos has servido, y yo he creído siempre que eso por lo ménos era gratis.

—Mire usted, setenta de ostras...

—Mira, cállate y no me marees más: cóbrate, y que la vuelta sea en buena moneda.

Y le dió una onza.

Tomó la vuelta.

Dió dos pesetas de propina al mozo y salieron.

Daba la una en el reloj de la puerta del Sol. La calle de Sevilla, estaba, sin embargo, muy concurrida.

CAPITULO X.

De como Perniches era un tiburón negro de mar
ancha.

—Mi coronel,—dijo Perniches con la voz ya estropajosa,—permítame usía el atrevimiento de que me agarre á su brazo, porque así nos serviremos el uno al otro de puntal y podremos llegar medio sí medio no, á la parada de carruajes del Casino y nos zambulliremos en uno, que no estamos para bromas, y si nos caemos y nos cojen los amarillos, nos llevan á la casa de socorro y nos dan *monicaco*, como dice el mozo de mi redaccion.

—¿Y qué es esode *monicaco*?—contestó el coronel con la voz neutral, indeterminada, casi nula.

—Quiere decir amoniaco. Firme, mi coronel, que perdemos el equilibrio; alguna vez habia

de llevar yo la voz de mando. ¡Ay, mi coronel, y qué estado tan dichoso es el de la borrachera! Yo veo lucecitas por todas partes; no parece sino que se han salido con las tuyas los alfonsinos.

—¿Otro ensayito, eh? Bueno, nos quedaremos como nos estábamos. ¡Viva España! Aquí no manda nadie más que España, España siempre será la misma.

—A ver si no se da escándalo,—dijo una voz casi al lado de los dos borrachos.

—Usted, perdone, caballero amarillo,—contestó Pedernales;—yo creía que el grito de viva España no era subversivo. ¡Eh, párate, cochero, párate! Si te metieras por la acera nos harías un favor.

Paró el carruaje.

Arrimó á la acera.

Pedernales y Perniches, fuertemente agarrados, entre si caigo ó no caigo, llegaron al carruaje.

El cochero que vió como iban saltó del pescante y los metió á puñados el uno tras del otro.

—¿Y á donde?—dijo el cochero.

—Al Prado, á la Fuente Castellana, á los infiernos, á donde quieras,—contestó Pedernales.

—Bravo, bien,—dijo el cochero;—iré despacito, pero si se ocurre un apuro asomen ustedes la cabeza por la portezuela.

—Descuida, hombre, descuida, que estaremos al cuidado,—dijo Perniches.

El cochero subió al pescante contento, por que tenía la seguridad de ponerles una hora de más en la cuenta sin que lo conociesen.

—Baja los cristales, Perniches,—dijo el coronel,—que corra aire, yo me ahogo; me parece que se me ha metido en el cuerpo con miriñaque y todo la reina de Tetuan.

—Pues, mi coronel, á mí me parece que tengo un orangutan en el cuerpo.

—Mira, Perniches, no sería malo que fuéramos á una botica y nos dieran un poco de *moniacaco* como dice el mozo de tu redaccion.

—¡Cá! no señor, mi coronel, que una vez cuando todavía no era yo personaje, me encontraron una vez hecho un atun en la calle, me llevaron á la casa de socorro, me dieron amoniacaco y eché hasta las injundias con unas vascas que solo de acordarme me muero. Ya se nos pasará. Además, que cuando yo estoy peneque, se me abren los sentidos, y ni á los siete sábios de Grecia, se les ocurrieron las cosas que á mí se me ocurren y tienen mérito; sobre todo que son muy útiles.

—Pues anda, hijo, anda, que te escucho con la mayor atencion.

—No se me vaya usía á dormir, que hasta ahora no hemos hablado de nada que importe,

y tenemos que hablar de cosas muy importantes. Usía me ha venido como llovido del cielo; es usía una persona de circunstancias y de carácter y con la ayuda de usía me voy yo á tragar la Biblia. ¿Qué le parece á usía, si á usía lo hicieran jefe superior administrativo y económico de las islas Filipinas?

—¡Perniches, Perniches! ¿Y tú puedes hacer todo eso?

—¡Vaya si puedo, y un jamon con chorreras encima!

—¿Y todavía me das tratamiento?

—La costumbre, mi coronel.

—¡Bah! Pues si has de contrariarte, sigue con el tratamiento, hijo.

—Dígame usía ¿por qué esperaba usía cuando yo le encontré á don Luis del Ponton?

El coronel que estaba casi ébrio y verdaderamente en una situación servil porque esperaba mucho de su extraño encuentro con Perniches le puso en antecedentes.

—Pues mire usía,—dijo Perniches;—el que usía haya cogido en dos renunciados á esa jóven, y por último, en una cita con don Luis, no quiere decir que sea mala; sino que don Luis es un canalla, un bribon, un libertino sin alma, y es muy posible, puesto que usía dice que la niña se parece á don Luis, que sea su hija.

—Entonces, señor,—exclamó irritado el co-

ronel,—ella miente tambien, ella no es viuda, ella es otra moneda falsa.

—¿Y qué quiere usía que haga la pobre más que llamarse viuda? Eso quiere decir que tiene vergüenza.

—Perniches, tu eres muy inteligente, tu tienes muy buen corazon.

—Para usía y para la compañía, que lo que es para los demás, mire usía que yo me dejé un día sobre la mesa el corazon y vino un tordo y se lo comió.

—No digas eso, Perniches, que lo último que hay que perder en el mundo es el corazon, y el que pierde el corazon, se convierte en un animal despreciable.

—¿Y para qué sirve el corazon, para que todo el mundo nos lo magulle?

—Tambien es verdad, Perniches; el que no tiene corazon es un animal, pero el que tiene corazon es un tonto.

—Pues por eso, mi coronel, en el buen término está el negocio; yo tengo corazon para el que lo merece, para la persona que quiero como á usía, para mi personilla y para mis *chorrés*; para los demás, rayos y pestes. ¿Qué le parece á usía si yo casara á don Luis con esa pobre?

—Te besaba el cogote, Perniches,—exclamó el coronel;—aunque mejor quisiera yo casarme con ella, pero ¡diablos! Mis sesenta y cuatro,

mis bigotes blancos de puerco espin, mi cara de leon viejo... ¡Bah! no hay que pensar en ello.

—¿Y quién sabe, mi coronel, si ella es una mujer de corazon?

—Nada, nada; no hablemos de eso; eso seria demasiada felicidad; yo no aspiro á tanto; que se case, que se case con el hombre que la debe su honra y el nombre de su hija; yo me quedaré de papá-abuelo, á la vista, y garrote en mano para arreglar á ese pillo.

—Bueno, el tiempo dirá; nos agarramos al catecismo de las circunstancias, y como ellas vayan, así obraremos.

—¿Y qué elementos tienes tú para disponer de la influencia de ese canalla?

—Aquí se puede hablar por que el ruido de las ruedas cubre la voz. Despabilese usía, yo tengo una prenda que sujeta á don Luis como la maroma de la Plaza de toros sujeta al toro á las reses; un asesinato.

—¡Perniches, Perniches! ¿qué es eso de asesinato, muchacho? poco á poco, porque esto es ya muy fuerte.

—Fuerte ó no fuerte; es la verdad, un asesinato.

—¿Y ese asesinato compromete á don Luis?

—Pues y ya lo creo; se trata de un marido que estorbaba y al que se quitó de en medio.

—¡Perniches!

La voz de Perniches era ya lúgubre.

—Sí señor, un marido quitado de en medio porque era bravucon y *sundelaba*.

—Mira, Perniches, hablame en cristiano.

—*Sundelaba*, es decir, olfateaba; se iba oliendo á sí mismo á montés; ¿usía entiende?

—Sí, hombre sí; yo no entiendo esos olores porque soy soltero; pero supongo que para un marido deben ser unos olores del diablo.

—Pues ha de saber usía, mi coronel, que hace seis años en aquellas trabacuentas políticas que se armaron, el gobierno que se habia propuesto sobreponerse á los espadones, entrecojió conspirando á don Luis, que hacia méritos y estaba deseando que le prendieran, porque en este país para ser un gran personaje político basta con haber estado en presidio por causas políticas; asi es, que don Luis cuando estuvo fraguada una conspiracion de los conservadores constitucionales, comprometidas personas de la guarnicion y á punto de dar el grito, lo denunció todo con pelos y señales y los nombres de los personjes, entre los cuales se incluyó al gobernador civil en un anónimo.

Don Luis, que aunque es un nécio no es tonto, sabia que aquella era una intentona descabellada, y como hasta entonces solo habia sido un correveidile, un agente, un instrumento de baja estofa, quiso llegar á la coleccion de un

golpe, apareciendo persona importante; por lo mismo denunció la conspiracion, y se incluyó en primer lugar ó entre los primeros de la junta de los conspiradores.

Aquella misma noche á primera hora, el gobierno, sin encomendarse á Dios ni al diablo, prendió al excelentísimo señor capitán general tal, al excelentísimo señor capitán general cual, ó al teniente general ache, al mariscal de campo erre, al ex-diputado, al ex-senador, al ex-ministro, etc., etc., y entre toda esta plaga de conspirador, incluyó al insignificante don Luis del Ponton, al que se prendió solemnemente con protestas, con tumulto en el café Universal, vulgo de los Espejos; y héle aquí al dia siguiente elevado á la situacion de hombre importante, por las noticias dadas por los periódicos, al periodista don Luis del Ponton; pero el gobierno lo tomó por todo lo alto y el negocio olió á plomo, porque aquel gobierno de frac y corbata blanca se habia propuesto acabar de una vez con el militarismo, y á no haber mediado altas influencias, sucede algo lúgubre.

Se envió á varios puntos á los presos para deportarlos, y se envió á Cádiz á don Luis que se habia asustado porque habia conocido su imprudencia, y le entró la basca, y se le figuró que cuando el buque en que le embarcasen estuviese en alta mar, le iban á convertir en pez

contra toda su voluntad, y yo no sé como fué, que cerca de Cádiz engañó al pobre capitán de la guardia civil que le acompañaba, y se escapó dando á correr á campo atravesado como alma que lleva el diablo y sin saber que hacerse, á la ventura.

Siguió por sitios extraviados en direccion á la mar yo no sé cuanto tiempo, y á una media legua ya del Puerto de Santa María, despeado, rendido, sediento, hambriento, se echó sobre un ribazo, casi exánime.

Estaba en los linderos de un magnífico cortijo, de un opulento viñedo, cuando he aquí que aparece por un sendero una hermosa dama morena á caballo, y sola en su solo cabo.

Iba por sus propias tierras á otro cortijo inmediato tambien suyo.

Era, en una palabra, la excelentísima señora vizcondesa de los Berchules.

Entonces apenas tenia cuarenta años.

Se habia casado poco antes con un primo hermano suyo, el vizconde de los Berchules hombre raro, estúpido, del cual habia dicho ella en un momento de impaciencia á causa de una imbecilidad del vizconde:

Pero señor, este hombre tiene rotos todos los kilos de la vida (1).

(1) Esta frase no es nuestra: puede leerla quien la produjo, y no queremos nos aeuse de plágio.

—¡Perniches, Perniches!—exclamó el coronel,—no solo te me has civilizado, sino que te me has hecho filósofo.

—Yo no hago más que contar lo que sé, mi coronel. Si de ello resulta una filosofía, es porque lo que cuento es verdadero.

La frase de la vizcondesa, aunque no fuese una frase completamente hecha refiriéndose á su marido, tenía una gran verdad.

Era el vizconde una naturaleza completamente inerte.

Una materia bruta en la cual no había vida que representase algo como no fuese la vanidad jerárquica.

No podía esperarse de él un solo movimiento del corazón.

Cuando más, se podía tener de él un exabrupto de la vanidad.

La vizcondesa se había casado por cálculo.

Pero muy pronto aquel marido de plomo relleno de linfas, aquella especie de molusco, se le hizo insoportable.

Ella, por el contrario, era nerviosa hasta donde puede serlo una criatura, extraordinariamente impresionable por consecuencia, y soberbia hasta ser comparable con Satanás.

Era además romántica, y sabía ser dulce y simpática hasta lo hechicero.

Engañaba y aun engaña.

En estado de reposo, contenta, es un arcángel.

Su hermosura, sin ser extraordinaria, tiene un no sé qué de ideal.

Violenta, incapaz de mantenerse en los términos medios, se arrojó á las faltas amorosas, pero de una manera hipócrita, reservadísima.

Tenia la educación de una alta dama, y una gran costumbre del mundo.

Sabia defenderse de su capricho si aquel que le agradaba no la ofrecía garantías de secreto, y en cuanto á los que favorecía, sabía desprenderse de ellos cuando se cansaba, sin que se enemistasen con ella, sin que se ofendiesen.

Era una hermosísima moneda falsa que parecía acuñada en un troquel legítimo; una maravilla.

Hoy esa moneda falsa va gastándose, va descubriendo el cobre; vicisitudes de la fortuna, resultados de una circulación demasiado fuerte.

Cuando se tropezó con don Luis, estaba hastiada de su amante.

Le había puesto á servir y se aburría buscando remplazo.

Hay que confesar que don Luis no es mal mozo, y que tiene muy buenas maneras.

Entonces era más jóven y estaba hasta bostito.

Con la fatiga, el hambre, la ansiedad, don

Luis aparecía en los momentos en que le vió la vizcondesa, conmovedor.

—¡Perniches, Perniches!—Mira que me parece que me engañas, que no eras el mismo; hasta tienes estilo, infame.

—Es que usía no me conoció bien cuando era su asistente, que yo me hacia el *gila*.

—Para engañarme mejor, para comerme el pan, bribon.

—¿Y á qué estamos? La teoría de las circunstancias. La verdad es que usía me queria como á las niñas de sus ojos.

—Es verdad, y me he acordado mucho de tí, pillastre. Pero continúa, hijo, continúa; me estás edificando y aun me parece que se me va pasando la borrachera.

—Es que tenemos estómagos de buitre, mi coronel, y van dominando el matolotaje que les hemo echado: yo tambien me siento mejor: ¡y cuidado si hemos comido y bebido!

—Dame otro cigarro, Perniches; son muy buenos estos cigarros.

—Regalía-británica de la Vuelta de Abajo; seis duros media caja.

—¡Qué vida te mamas, bribon!

—Desengáñese usía, mi coronel, no hay como echarse el alma á la espalda y aguzar el ingenio. Con audacia, desvergüenza y pesqui, y sin miedo, se hace pan de las piedras.

—Me parece por lo que veo, que tienes razon. Pero continúa, continúa, hijo.

—La vizcondesa se sintió herida.

Encontró por la vigésima vez llene su corazon.

¿Y de qué modo?

Se entendieron de una manera patética.

El la contó su historia ornamentándola.

La manifestó el gravísimo peligro en que se encontraba, y le pidió su única proteccion, que le fué ardientemente concedida.

La vizcondesa le ocultó en el cortijo á donde iba, y allí le tuvo oculto visitándole todos los dias y aún permaneciendo á su lado dias enteros.

Don Luis se hallaba en la gloria.

Pero se aburría.

Al fin, habiendo puesto en juego la vizcondesa, que estaba ya loca por él, todas sus influencias, don Luis supo que podia volver á la corte en la seguridad de que nadie se meteria con él.

Pero en grande con algunos miles de duros.

Prudente, aunque hubiera podido, no echó acche, ni compró hotel, ni varió su vida.

Continuó viviendo decentemente, sin hacer ostentacion de sus doblones, es decir, de los doblones del vizconde, y nada más.

La vizcondesa, que no podia vivir sin su don

Luis, engañó á su estúpido marido y le hizo establecerse en Madrid.

Entonces empezó la ruina de la vizcondesa. Gran casa, gran tren, gran mesa, saraos dos veces á la semana, trajes que solo una vez se la veían puestos, blondas, pedrerías, un lujo insolente.

Esto sin contar la socaliña de don Luis, que era una sangría suelta.

Y don Luis siempre en la casa, disponiéndolo todo, mangoneándolo todo, y de tal manera, que el señor vizconde, á pesar de su naturaleza bruta, empezó como he dicho á usía á *sundelarse* y á no poderse sufrir á sí mismo.

Empezaron los bramidos, y por consecuencia, el espanto de los adúlteros.

Empezó á germinar en la imaginacion de la vizcondesa, una idea lúgubre, terrible, que no tardó en comunicar á don Luis.

Tenia su excelencia entre sus caprichos de animal, uno bastante raro.

Su ideal, su tipo eran las cocineras vizcaínas, y la vizcondesa, temiendo no se entronizase otra mujer en su casa, cuando necesitaba una cocinera, en oyéndola decir que era de Vizcaya, no la dejaba continuar.

La echaba con cajas destempladas.

Yo acababa de recibir mi licencia en Madrid, y no sabía que hacerme.

No tenia oficio ni beneficio y sirviendo á usía mi coronel, me habia acostumbrado á la holganza y al buen trato.

Yo tengo un tio cura, que se habia propuesto que yo fuere clérigo y que me enseñó latin.

En Sevilla, estudié filosofía, y luego me metieron con una beca gratis, que me proporcionó mi tio, en el seminario.

—Vamos, hombre, pues yo no sabia eso,—dijo el coronel,—ya no me extraña nada; tú eres un hombre de carrera.

—¿Y á qué habia yo de contar mi historia á usía?

—¿Y aquello que decias no saber leer ni escribir, tunante?

—Mire usía, si yo en el servicio hubiese dicho lo que era, se me hubiera hecho cabo, y yo desde que entré en el regimiento me dije: lo que hay que ser aquí, es asistente; se ahorra uno el prest, se le sisa al amo y se sirve mejor: me hice el chiquito, el bruto y el servicial; le quité las motas al sargento primero, y fui el asistente de los sargentos de la compañía.

Entonces el primero me mandaba á casa del capitán, para cosas interiores, muy interiores, porque tenia en mí mucha confianza, y el capitán era viejo y estaba casado con una gloria de Dios, muy jóven y muy bonita, y yo no era feo; la capitana me reclamó.

Y completos, porque el capitán me tenía cariño y la capitana también, y yo vestía á lo malo y gastaba *loven*, y estaba hecho un arzobispo.

—¿Es decir, que tú siempre, pillo, has sido una moneda falsa?

—Siempre, mi capitán, menos ahora. Pues como iba diciendo, hicieron á mi capitana comandanta, y la pasaron á Saboya, al regimiento de usía.

—¡Calla! ¡la Inesita! ¿Con que tú eras mi rival favorecido, bribón?

—Sin que lo sintiera la tierra. ¡Qué! ¡si era mucha mujer aquella comandanta, que á veces el comandante la reñía y me tenía lástima! otra moneda falsa, mi coronel. Sabe usía que se murió el comandante Puerro, que por lo tanto doña Inesita salió de filas y que como usía tenía confianza conmigo, porque me daba cartas para la señora...

—¡Infame, pillo, no se como no te estrangulo!

—¡Pues! ascendí á asistente de usía, y me aguanté por la buena y me hice el tonto.

—Pues hijo, tú no eres ya moneda, sino billete falso, y de cuatro mil reales.

—¿Qué quiere usía? Hay que buscárselas.

—¿De manera, que si yo hubiera sido casado?...

—Ya, pero usía tenía aquella Pascuala, la del lunarcito.

—¡Perniches!

—Pelillos á la mar, mi coronel; agua pasada no muele molino. Pues señor, cuando yo me vi con la paloma y sin oficio y en Madrid, me dije: Hay que estirar los cuatro cuartos que le hemos sacado al coronel, y hacer que en vez de acabarse se aumenten.

Pero tuve desgracia.

Abillelaban poco parné, y en vez de dar, pedían.

Por este estilo se van poniendo las cosas muy malas.

Las mujeres se estiman ya más que antes, y no se encuentra una tonta para un milagro.

Me eché á timbero, y conmigo fué la calle de los Negros.

En fin, mi coronel, el ramo de cerezas.

La vida es cara, las tentaciones acometen por todas partes, hay que buscársela, y si se repara mucho en los medios, hombre al agua.

Ya sabe usía lo que es la sociedad de la calle de los Negros.

Me tomé alguna que otra puñalada en buenas condiciones, y me acredité.

—¿Es decir, que has hecho toda la carrera de gaiopo?

—Todo, ménos tomador del dos; eso se que-

da bueno para los *pipis* y es innoble: ya que se juegue, que se juegue fuerte.

Don Luis necesitaba un buen mozo.

La vizcondesa y él se habían decidido.

El plan estaba hecho.

Se necesitaba una cocinera vizcaína de alto coturno, de veintiseis á veintiocho años, bien armada, y con unas trenzas que la llegasen al suelo.

Este era el tipo, la mamá del señor vizconde de los Berchules.

La cocinera debía ser la Circe que ayudara los proyectos de los dos amantes.

Don Luis, que es un pícaro redomado, y que tiene muchos conocimientos, se valió de una prendera de la calle de Embajadores para que buscara un buen mozo.

—¿Es decir,—exclamó el coronel,—que habían falta un buen mozo y una buena moza?

—Pues, por supuesto; el buen mozo para que sedujera á la buena moza y la metiera en el negocio.

La prendera se escamó.

No paró hasta que le sacó del cuerpo á don Luis su propósito.

—Pero ese hombre es imprudente,—exclamó el coronel.

—Ese hombre cree en lo positivo y sabe que por el dinero baila el perro, y que hay cierta

clase de gentes con las cuales se puede hablar sin cuidado de un asesinato como con el moro Muza.

La prendera pidió cuartos.

Se los dieron, porque el negocio no era para regatear.

La prendera tenía un apeo, un tunante que parecía una ave fría.

Pero más malo que arrancado.

Este apeo extrañó también lo que se le dijo, y la prendera se lo reveló todo.

—¿Cómo se llamaba la prendera?—preguntó el coronel.

—Mariquita Picorrecio.

—¿Y su adlátere?

—Chichismico.

—Bonito nombre. ¡Diablo! Ni tengo cartera ni aunque la tuviera podría escribir; estamos á oscuras.

—Cállese usía; ¿para qué más cartera que mi memoria?

Chichismico se puso al corriente, y un día me *barbeó* en un burdel de la calle de los Negros.

Me había elegido.

Me encargó buscarse una cocinera vizcaina de las condiciones que se apetecían.

Yo quise saber para que era aquello, y se me comunicó el secreto.

Me dieron de primera entrada cuatro mil reales.

—¡Perniches, Perniches! te me vas poniendo negro, inservible, inaceptable.

—¿Y qué quiere usía, mi coronel? La vida es cara; ¿quién repara en escrúpulos? La filosofía moderna lo ha primado todo; ha declarado que el hombre es una cosa explotable como otra cualquier cosa; lo positivo es la ley del mundo, y con razon; porque todo lo que está fuera de lo positivo es polvo, humo, sombra, nada.

Los obtáculos se vencen.

Los elementos se aprovechan.

Todos los medios son buenos.

Se adelanta á sangre fria hácia el objeto.

La sangre es una cosa como otra cualquiera.

Si se degüella á una gallina para comérsela, ¿por qué no se ha de degollar á un hombre para comérsele tambien?

Las leyes están tocando el violon.

Se han puestó rancias.

No sirven.

Son una ñoñería de vieja.

¿Quien que esté dotado de un espíritu superior, hace caso de las leyes, de esas leyes estúpidas que establecen el privilegio de la raza humana?

Vivir es destruir.

¿Qué importa lo que sea lo que se destruya?

El objeto es vivir.

—¡Qué principios, Perniches!

—Hoy no hay principios, no hay más que fines.

El fin era escabechar á su excelencia el estúpido vizconde de los Barchules y se habia hecho una cadena de la cual yo era el cuarto eslabon.

Me hice cargo de lo que se deseaba.

Me vestí convenientemente á lo chulo; mucha camisa bordada, corbata verde con anillito, chaleco muy descotado, una americanita del mejor gusto, pantalon estrecho para lucir la forma del muslo y de la pierna, calcetin rayado, zapato de charol de una forma preciosa, sombrerito redondo y dos lunares, el uno en la mejilla derecha junto al ojo, el otro en la izquierda junto la boca, rizado el pelo y perfumado; al reló; Mire usía como estaria yo, que cuando me miré al espejo me dieron ganas de hacerme el amor á mí mismo. Irresistible, mi coronel, irresistible.

Me compré un reló de aluminio con su correspondiente cadena de acero, que todo junto me costó diez duros.

Me eché en el bolsillo diez doblones de á cien reales, compré una docena de puros de los de á dos reales y medio, y me lancé á Capellanes hecho un Adonis, convertido en un don Juan Tenorio de nuevo cuño.

Hubo allí incendios y tempestades.

Se sintió mi presencia.

Por donde quiera que yo pasaba, sobrevenían terremotos pechales, quiero decir, no había hembra á la que no se la alborotase el corazón. ¡Ay mi coronel, que allí sorprendí yo á cierta duquesa que á pesar de la careta la reconocí y tres ó cuatro marquesas muy encapuchadas!

Yo he pasado cierta revista por los barrios aristocráticos, y conservo el olor de las mujeres á quienes me arrimo.

Yo tengo algo de perro, y las saqué por el olor.

Bien es verdad que ellas no ponían mucho cuidado en encubrirse.

¿Usía no ha estado nunca en Capellanes?

Pues una noche iremos, y usía verá.

No se sabe bien lo que Capellanes es.

Ni se le conoce fácilmente.

Hay que estudiarle.

Es un hipócrita.

Bajo unas formas humildes y vulgares oculta muchas tripas.

—Sigue hombre, sigue; no te distraigas del asunto principal.

—Pues señor, yo encontré marquesas, condesas, duquesas y hasta princesas, gente de toda especie, bichos de pelo, lana y pluma, un arca de Noé, pero no ventee á ninguna cocinera.

Parecia que el género se habia acabado, que no habia quedado una cocinera en el mundo.

A la cuenta habian olido que sus amas iban á ir, y habian huido el bulto.

Otras noches se las encontraba allí á bandadas.

Yo no sé como fué, que en algunas otras noches tampoco encontré el género.

Me iba ya aburriendo.

¿Qué se habian hecho las cocineras vecinas?

¿Se habia perdido la raza?

¿Habia necesidad de buscarlas á domicilio?

Esto era fastidioso.

Sobre todo el negocio urgía.

No sabia qué hacerme.

Estaba aburrido.

Era verano.

Iba yo muy de tiros largos siempre á lo chulo, por la calle de la Montera á puestas del sol, cuando ví una hembra ¡Jesucristo! ¡qué airosa, qué elegante! ¡Alma mia! ¡me *enternezgo* como dicen los hijos de Madrid, á su solo recuerdo!

Me puse en trepidacion, mi coronel.

¡Qué moza! ¡qué angelon! ¡qué hermosura! ¡qué colores! ¡qué ojos negros! ¡qué cabellos negros rizados! y sobre todo, ¡qué boca!

Daba mareos.

Llevaba un pañuelo que parecia casi de cro-

chet de seda blanco, ligero, vaporoso, un traje elegantísimo de esas ligeras telas de verano que son tan bellas, que caen también, un velo y una dalia muy pequeña roja en los cabellos.

Cuando atraído por su andar, que era majestuoso, la abordé, me quedé frito.

Yo, que la echo de buen olfato, dije por mí:

Aquí tenemos una coronela ó una brigadiera ó una alta empleada, en fin, una señora.

Peró no me detuve en consideracion alguna.

La solté un requiebro por todo lo alto, acompañado de dos *timos* del mejor gusto, la ofrecí el brazo, me miró, se sonrió, me llamó atrevido y sin vergüenza, con una gracia que acabó de volverme loco y se agarró á mi brazo.

Conquista hecha.

Llegamos al cafetito de san Luis y no se negó á entrar.

Nos sentamos en el rincón más oscuro y, ¡asómbrese usía mi coronel! ¡pidió ron y marrasquino!

Yo me dejé de consideraciones.

—¿Con que tú te das por lo fuerte, mujer?—la dije tuteándola sin más ni más.

Ella se echó á reir.

—A la cuenta usted se ha creído, cariño,—me contestó,—que yo soy alguna *arcimpámpana*.

Esta expresion me produjo el mismo efecto que si me hubieran dado un cogotazo.

Moneda falsa mi coronel, moneda falsa.

Mi archiduquesa se me democratizaba.

La habia yo hecho tilin.

La habia derretido el corazon.

Me miraba con los ojos desencajados, y en fin, me daban bahidos y sudores.

¡Ay que que mujer, mi coronel!

—¿Pues tú qué eres, chiquilla?—la pregunté yo.

—¿Quién yo?—me contestó,—estoy encargada de la cocina del duque de... los señores se han ido á veranear, y dispongo de mi tiempo; todas las tardes salgo á dar una vuelta, porque es necesario hacer ejercicio, hijo mio.

—¿De qué parte eres tú de Vizcaya, portento?—la pregunté.

—De Bilbao,—me respondió sobre la marcha.

¿Y tú de donde eres?

—De Galicia,—dije yo.

—¡Que si quieres!—me dijo ella,—lo ménos lo ménos, te has criado tú en la Almadraba del Atum.

—Ya, tú lo dices por el ceceo.

—Lo digo por todo, hijo mio.

—¡Ay, chiquilla, que me estás sacando las entrañas! ¡y que me sirves, gloria!

—Y tú á mi tambien.

—Oyete tú, chica, ¿es tuyo todo ese pelo, digo, ya sé que todo lo que llevas encima es tu-

yo, pero quiero decir, te ha costado el dinero esa pelambarrera?

—No, hijo mio, que son bienes raices.

—Pues oye, tú niña, cuando te hagas trenzas te llegarán al suelo.

—Y arrastran un poquito.

—Ahora me *jundó*, —exclamé yo, —me voy yo á dar siete vueltas al pescuezo con las trenzas.

—¿Y tú andas suelto, pillo?

—¡Pues no que tú, tunanta!..

—Sin embargo, ¿cómo te llamas tú?

—José María. ¿Y tú?

—Gabriela.

—¡Atiza! ¡vaya un nombre bonito! Oye, ¿Y cuántos años tienes tú, cordera?

—Veinticinco cumplo para Santiago.

Tenia mi cocineña que ni de encargo.

Era una mujer, mi coronel, que no se la podía resistir.

Sonreía cuando miraba, y se lo comía á uno con la sonrisa y se lo chupaba á uno con los ojos.

¡Y todo esto con un *aquel* tan modoso y tan fino!

¡Que tiburón, mi coronel, que tiburón, que culebra!

E la me había *sundelado* á medias.

—Ápuesto á que tú eres ayuda de cámara, —me dijo.

—No, chiquilla, no; yo no ayudo á nadie, tengo yo bastante con ayudarme á mí mismo: yo soy un señor rompe cueros y busca vidas; pero se vive bien, y en prueba de ello, allí tienes quinientos reales para que te compres un medallón para esa divina garganta que Dios te ha dado, mujer.

—¡Ay que me has herido, niño! ¡que me has comido el corazón! ¡que te adoro!—contestó Gabriela guardándose con mucha gracia los cinco doblones de á cien reales; ¡y que manos, mi coronel, que manos! ¡y que dedos tan rosados, y con que primor tomaba el dinero! y fuerte de cabeza: eche usted, seis copas se bebió y como si tal cosa.

Aquel fué un gran día.

Al otro día la regalé un reló con su cadena corta y su broche con cordoncitos y dos cadenas de oro, de *mistó*. mi coronel.

Que me condene si aquella preciosidad no costó seis mil reales.

Los aflojó don Luis.

Cuando la regalé el reló, me miró profundamente, y me dijo.

—Repito José María, tú eres algo bueno.

—¿Y te se daría algo de que yo fuera de los caballeros del tome?

—¿A mí qué?—dijo sin ponerse amarilla ni colorada;—el tomar es bueno, cuando lo que se toma no es malo.

—¿Y si yo fuera de los que dan, Gabrielilla?

—Toma, me respondió,—si por lo que das te dan, dá hasta que no puedas más: ¿á mí qué? con tal de que nades con una mano y guardes la ropa con la otra; que mira que yo te quiero que me muero, niñito, y sentiria que te pasara una desgracia; sobre todo, que no estaria yo en carácter llevándote la comida á la cárcel en una cestita.

—Cállate tú, niña, que aquí se trabaja por lo fino.

—Pues más vale así, amor mio.

—¿Quieres tú ayudarme á trabajar Gabrielilla?

—¿Quién, yo? ¿Hay tela?

—¿Que si hay tela? y telar. Mira, vamos á tomar un coche que estas cosas hay que hablarlas muy reservadamente.

La dije de lo que se trataba.

Me oyó de muy buena manera.

Se despidió de la casa de su amo y se quedó en franquía.

Avisé á don Luis.

Don Luis á la vizcondesa.

La vizcondesa armó una pelotera con su cocinera, que era una gallega, la llamó *espesa* y *bestia*, y la gallega, que tenia muchas ínfulas, la levantó la mano á la vizcondesa y aún creo que la pegó.

Se armó un tiberio, y la gallega salió echando demonios á la calle.

Al dia siguiente se presentó á vistas Gabriela elegantísima, admirable.

En otra ocasion, con solo verla la vizcondesa, la hubiera echado.

Era mucho más hermosa que ella.

La admitió, y desde el momento se quedó en la casa.

Al otro dia por la mañana sacó sus avios de matar, es decir, se peinó con dos largas trenzas gruesas cada una como uno de mis brazos.

Se puso un pañuelo á la vizcaina á manera de toca en la cabeza.

Dos largos pendientes, muy largos, que caidos tocaban al hombro á pesar de que tenia la garganta larga, cuello con corbata, sobretudoo que la pasaba de las caderas, faldas con volantes y de este modo se fué á comprar con los pinches.

El vizconde que la habia visto el dia anterior se habia levantado temprano y la habia acechado cerca de su casa.

Cuando pasó y vió las dos trenzas aquellas, el estúpido se volvió loco.

Pero su gravedad, su alcurnia, no le permitian abordar á su cocinera en la calle.

Se valió de un lacayito negro que habia en la casa.

—Yo conozco,—dijo el coronel—una especie de mono que me irrita.

—Pues mire usía, que á pesar de don Luis, á mí se me figura que á la vizcondesa no le parece mal su groom.

—¡Infame hembra!

—El groom gozaba por lo ménos de toda la soufianza de la vizcondesa, y aún goza de ella.

Panchito, que así se llama, dió algunos regalos, primero anónimos, sin decir de quien fué- sen, á Gabriela, y al fin la dijo que aquello era del amo que estaba muerto por ella.

Hubo citas. Cenas en un gabinete del Europeo.

Gabriela como todas las cocineras de alto co- turno, salia de noche despues de haber servido la comida.

El vizconde la esperaba en un carruaje y se iban de bureo.

A los quince dias empezó á dejar sentir el vizconde una tos perruna, á enlanguidecer, á cansarse, á descomponerse.

Al mes no podia estar de pié.

Al mes y medio habia entregado su espíritu, si es que lo tenia, al diablo.

La señora vizcondesa, era viuda.

Ya se vé, á mí me habia dado don Luis una cajita de carton llena de unos polvos blancos un

poco relucientes, así como sal, y yo habia dado la cajita á Gabrieta, que la habia dado poco á poco al vizconde.

—¡Perniches, Perniches! ¡que lástima!

—Vivimos de destruir,—contestó Perniches;— ¿qué se perdió con quitar de enmedio á aquel infeliz?

—No apruebo Perniches, no apruebo, ni aún puedo tolerar,—exclamó el coronel.

—¡Como si usía no hubiera vivido de matar á sueldo!

—Eso es distinto; un militar mata en pró del derecho y de la justicia, por las leyes y por la pátria, exponiendo la vida.

—Casi es uno, matar de una manera ó de otra, todo es matar. Si no hubiera hombres que consintieran en matar y en morir, la paz sería perpétua. En fin, que no solo se ha matado, si no que se mata y se matará al que estorbe; el pez grande se comerá siempre al chico.

—Pongamos punto final. Perniches, yo no apruebo, no tolero, pero aprovecho. ¿Tienes tú pruebas de todo eso?

—¡Pruebas, pruebas! De esas cosas no se tienen pruebas; nadie es tonto hasta el punto de soltar pruebas; pero tiene usía la siguiente cáfila de nombres: la prendera Mariquita Picorreccio, su amante el tomador Chichismico, Gabrieta, que con lo que la dieron por su trabajo, ha

puesto una casa de huéspedes en la calle de la Abada; y yo...

—Pero tú! ¿te vas tú á comprometer?

—¡Quiá, no señor; si no llegará el caso de obrar; si con que usía acometa por su parte á la vizcondesa, basta y sobra! usía no sabe el miedo que tienen la vizcondesa y don Luis; á causa de ese miedo, don Luis me ha hecho á mí una importante persona política; soy uno de los jefes de la policía secreta; en público un periodista muy estimado. Pero don Luis empieza á hacerse rancio, y me cuesta mucho el sacarle una breva; me obliga á buscarle y á amenazarle; están tronados la vizcondesa y él; á él se lo lleva todo el juego; ella heredó á su marido, porque como he dicho á usía, era su prima hermana. Pero ¡quía! ¡ni el juego! en dos años se fué una millonada. Parece mentira como puede deshacerse en tan poco tiempo una fortuna tan fuerte.

Pues es ahora una especie de aventurera.

Don Luis la ha ayudado á comerse su fortuna, pero no ha consentido en casarse con ella.

Ella vive malamente de los empleos que vende por medio de don Luis.

Ha dado escándalos por él y por otros, porque aunque adora á don Luis, no prescinde de sus caprichos.

La han echado de todas partes, y ella tiene enfrente á todo el mundo con su desvergüenza.

En fin, es una *liona* pobre, pero aquí no se conoce ese tipo, y está en berlina.

Agárrese usía á ella, asústela usía.

Ella asustará á don Luis, y si pescamos el empleo que yo he elejido para usía, yo me voy con usía, y nos tragamos el archipiélago Filipino. Hay que acabar de una vez. Usía es hombre á propósito. Tengo la seguridad de que asusta usía á la vizcondesa.

—¿Y cómo me pongo yo al tope de esa señora?

—Yo le indicaré á usía el medio. Pero ya amanece mi coronel; la Rupertilla madruga mucho, porque no va solamente á la compra, si no también á charlar con un flanqueador de gastadores que la trae de cabeza.

—¿Y quién es la Rupertilla?

—La cocinera y alguna otra cosa más de la vizcondesa. Va á comprar á la plazuela del Carmen; dentro de una hora ya estará allí muy re-peinada y muy compuesta: yo se la enseñaré á usía, y usía la aborda y la dice que tiene que hablar con su señorita á propósito de un asunto grave referente á su difunto marido, que puede darla un disgusto: y para que la Rupertilla dé el recado á su señora, la da á la Rupertilla un duro: puede usía estar seguro que hoy mismo tiene una cita con la vizcondesa. Conque voy á decirle al cochero que vaya hasta la Puerta

del Sol; mientras llegamos habrá llegado la Rupertilla.

Media hora despues, y á punto que salia el sol, el coronel abordaba á una muchacha morena y no mal parecida que le habia indicado desde lejos Perniches á la entrada de la plazuela del Carmen, por la parte de la calle de la Montera.

Aquella muchacha era Rupertilla.

CAPITULO XI

Principios de tempestad.

Rupertilla, á beneficio, de un par de duros que le habia dado el coronel de un dinerillo de que le habia provisto Perniches, le oyó con sumo agrado y le citó para la una en el café de San Luis, prometiéndole decirle lo que su ama hubiese contestado.

Cuando el coronel se volvió á casa de Clementina, eran las seis de la mañana.

Aunque la borrachera habia pasado, iba lacio, acansinado y con muy mal cuerpo

Las esperanzas que le habia dado Perniches eran brillantes, pero ásperas.

Para realizarlas habia que valerse de muy malos medios.

Pero todo por Clementina.

El coronel tenia esperanzas de buen éxito.

Hubiera acabado por alegrarse y atemperarse á las circunstancias sino hubiera tenido celos y rabia.

Se acordaba con un furor infinito de don Luis acompañando á Clementina de una manera ambigua.

Esto le desesperaba.

Escitaba su bilis.

Le ponía de un humor infernal.

Se habia contraído su semblante de tal manera que aparecia fosco, agresivo, punzante terrible.

Llegó y se encontró á Clementina levantada y vestida.

La niña dormía.

Clementina no se levantaba nunca tan temprano.

Era que no se habia acostado, que habia estado esperando á don Tadeo,

Cuando entró le miró con ánsia.

Cuando vió la cara que llevaba se inmutó.

—Pasa, pasa á mi cuarto,—la dijo con voz opaca Tadeo,—tenemos que hablar.

Clementina se levantó sobresaltada y siguió á su miserable habitacion al coronel.

—Este cerró la puerta.

—Tu dirás,—la dijo poniendo su garrote en un rincon y arrojando su sombrero sobre el jergon

que estaba en el suelo y sentándose de una manera agresiva en una de las sillas que en el cuarto habia, que yo soy un perdido.

—No, no,—yo no digo eso don Tadeo,—se apresuró á contestar de una manera audaz y tímida Clementina.

—Tu te has visto obligada á pasar la noche en vela para esperarme,—dijo el coronel acreciendo en acritud. ¿Qué quieres? negocios; la vida es cara y hay que buscársela. Toma.

Y arrojó en la falda de Clementina una onza y el cambio de otra.

Clementina permaneció inmóvil.

Miró con ánsia al coronel.

Se compungió y echó á llorar.

—Lágrimas, lágrimas,—exclamó el coronel á quien hacian cruel el amor que tenia á Clementina y sus celos, aquella mezcla de amor paternal y sensual, ¡lágrimas! Si los demás pudieran llorar, llorarían sangre.

Y en exabrupto, en una especie de explosion, añadió:

—¿Por qué ibas tú anoche del brazo de un hombre á la una dando mal ejemplo á tu hija? ¿Has perdido el sentimiento? ¿te ha faltado la resistencia para el martirio?

—¡Ah señor!—exclamó Clementina.

Y por un movimiento de la situacion, se arrojó de rodillas á los piés del coronel, dejó caer

sobre sus rodillas la cabeza, y rompió en un llanto desgarrador.

Las monedas habían caído por el suelo produciendo un ruido sonoro.

—Alza, alza,—la dijo seriamente el coronel;—ese maldito dinero ha hecho un ruido que debes haber despertado á tu hija; es ya grande, comprende. Sal, sal de mi cuarto, disimula; tenemos que hablar mucho ahora; mira, á las once yo habré salido ya; sal tu con cualquier pretexto, te esperaré en el café de la plazuela del Progreso. Sal, sal; disimula.

Clementina se levantó y salió ahogándose, devorando sus lágrimas.

Afortunadamente Emilia no había despertado.

El coronel recogió de una manera nerviosa y maldiciendo el dinero, y le arrojó debajo de la almohada.

Cerró la ventana.

Se desnudó, y se acostó.

A pesar de todo, estaba tan fatigado que se durmió profundamente.

Pero para sufrir un sueño negro, uno de esos sueños que más que un descanso son un tormento.

Se despertó como siempre á las nueve.

El imperio de la costumbre.

Se vistió.

Abrió la ventana.

Salió.

El almuerzo estaba preparado.

No era el eterno chocolate *de la familia* con medio garibaldino.

Era un almuerzo fuerte, compuesto de tres platos, chuletas de carnero asadas, merluza frita y una legumbre.

Algunas tajadas de melon incitaban el apetito.

Una botella figuraba en medio de esto.

El día anterior Clementina no tenía un cuarto.

Se había traído una miseria de la tienda al fiado.

Se había almorzado con chocolate.

Se habían comido sopas de ajo con un huevo por persona.

Aquel almuerzo irritó al coronel.

Clementina tenía dinero.

Se lo había dado sin duda don Luis.

Disimuló sin embargo.

Clementina estaba pálida y ojerosa.

Emilia triste.

Los manjares fueron casi inútiles.

Los tres comieron muy poco, aunque procuraron esforzarse.

El coronel tenía el estómago dado á los diablos.

El cuidado, la ansiedad, las penas, desgana-
ban á Clementina.

Su tristeza se comunicaba á la niña.

Se habló muy poco.

Había tormenta que se revelaba por más que
no estallase.

Emilia paseaba su inocente y cuidadosa mirada del coronel á su madre, de su madre al coronel, y se affigia.

Concluido aquel triste almuerzo, el coronel se metió en su cuarto.

Lustró las botas.

Cepilló la ropa.

Sacudió la capa que debia á la munificencia de Perniches; se la puso ocultando bajo ella su garrote, recogió el dinero que habia puesto debajo de la almohada y salió diciendo con voz breve y enojada:

—Hasta luego.

Se fué á dar vueltas.

Sentia una vida de todo punto indiferente á la que habia sentido hasta entonces; una vida abrasadora, amarga, terrible emponzoñada.

Comprendió que amaba á Clementina, que la amaba con la pasion de un jóven, y don Luis se parecia horrible.

Unas vascas formidables de exterminio á don Luis le acometian.

Pero ¿qué importaba exterminarle si Clementina le amaba?

Don Tadeo iba templado para cualquier cosa.

Le tardaba que llegáran las once.

Los minutos se le hacian siglos.

Miraba la hora en todas las relojerías.

Todo ruido que le parecía el ruido de una campana le crispaba.

Iba irritado, furioso, convertido en un lobo humano, que si no acometía era por temor de ser preso.

Detestaba á la humanidad.

Todo le parecía negro.

De tiempo en tiempo, veía allá en el fondo fantástico de su esperanza, la isla de Mindanao convertida para él en una California, y por delante pasaban como espectros las figuras del lúgubre relato de Perniches.

—A lo ménos ella será rica,—murmuraba;—sí, rica, muy rica; podrá ser lo que la dé la gana; no llorará, no sufrirá, porque el que hace lo que le da la gana no sufre; por ella soy capaz de tragarme el archipiélago filipino y la Tartaria, y el Indostan, y hasta el Celeste Imperio. Tienerazon Perniches; se vive de destruir; no hay dinero más que para los elegidos, para los heredados, ó para los ladrones y los infames. Yo no he sido elegido ni he heredado á nadie, yo he vivido siempre en una medio miseria; tengo hambre de ser rico. Sí, sí, á tragar, á tragar sin reparar en los medios; á tragárselo todo hasta la Biblia. Oro, sí, mucho oro; esta es la vida.

Y la gente se paraba.

Y miraban asombrados al porque iba coronel, hablando récio y manoteando.

Dieron al fin las once ménos cuarto.

El coronel estaba en la Puerta del Sol.

Allí tenia reloj gratis y paseando arriba y abajo, no cesaba de mirar á la esfera.

Tomó á buen paso hácia la plazuela del Progreso y se entró en el café á donde habia citado á Clementina.

La pobre jóven le esperaba ya.

CAPITULO XII.

De cómo una tormenta puede deshacerse en amor.

Clementina estaba pálida como una difunta, y con su palidez más hermosa.

Hasta tal punto se reflejaba en su dulce y bello semblante el padecimiento que sufría, que al coronel se le abrieron las entrañas, y se desarmó.

—Perdóname, Clementina,—la dijo sentándose frente á la jóven, que habia elegido un rincón del café;—yo soy un bárbaro, yo no puedo contenerme, y es que te quiero tanto, hija mia...

—Lo sé, lo sé, don Tadeo,—dijo Clementina;—sé cuánto usted me ama, y usted no sabe el consuelo que es para mí su amor.

Clementina tenía los ojos bajos.

Su voz gemía, y era dulce como los suspiros de un niño apenado.

—No hablemos, no hablemos más de esto,—dijo el coronel;—sobre todo yo no tengo derecho de ninguna especie: ¿qué soy yo? un pobre diablo inútil, con el cual has partido tu miseria; un gravámen para tí.

—Un consuelo,—repitió Clementina.

Y miró de una manera intensa al coronel, que bajo aquella mirada, tembló de emoción.

Habia visto algo inefable, algo embriagador, algo inmenso en la mirada de Clementina.

Nunca ella le había mirado de aquel modo.

Sintió una especie de vértigo el coronel.*

Se pasó la mano por la frente, vagó su mirada, hizo un esfuerzo para rehacerse, y dijo:

—Mozo, eh, dos cafés, una copa de ron, cigarrillos habanos.

—No los hay más que de Gibraltar, caballero,—respondió el mozo.

—Bueno, bien, de cualquier parte,—dijo el coronel.

Clementina había vuelto á bajar los ojos.

A su palidez, había sucedido un ligero sonrosado, un sonrosado febril.

Estaba hermosísima.

Su pecho se alzaba y se deprimía.

Era indudable que en su alma tenía lugar algo supremo.

El mozo trajo el servicio.

—Yo no tengo absolutamente gana de nada,—dijo Clementina.

—Ni yo tampoco, hija mia,—dijo con voz dulce y trémula de emocion el coronel;—pero no hemos de estar aquí sin gastar algo. Afortunadamente, el café está desierto y no podemos ser reparados. Estamos muy conmovidos, y es necesario reponernos.

—Perdóneme usted, don Tadeo,—dijo Clementina;—yo he debido ser completamente franca con usted.

—Nada, nada, no hablemos más, hija mia; yo no tengo sobre tí ningun género de derecho: á más de eso, yo no quiero violentarte de la manera más mínima, ni de la manera más leve; tú eres dueña de tí misma, y yo te creo buena. Acabaremos de tomar el café y nos iremos.

—Usted tiene sobre mí,—exclamó Clementina,—los derechos del corazón.

Y miró de nuevo al coronel de una manera más intensa, más embriagadora, y su semblante se encendió en un color vivísimo.

—¿Pero que significa esto?—exclamó el coronel, no pudiendo contenerse.

—Esto significa,—contestó Clementina manteniendo fija su mirada lucida en el coronel,—que ha llegado el momento de decirlo todo.

—¿Y qué hay que decir, hija mia, qué hay

que decir,—dijo el coronel respirando apenas, y absorbida el alma por la mirada de Clementina.

—Hay que decir,—respondió Clementina sonriendo de una manera amarga, casi desesperada,—que yo se que usted me ama y que yo amo á usted.

—¡Yo, yo!—exclamó balbuceando el coronel;—¡que yo te amo! ¡que tú me amas!

Y luego con la voz enronquecida, opaca, infinita, exclamó:

—Pero ¿y ese hombre, ese hombre?

—Un infame,—exclamó con un profundo desprecio, con un profundo ódio, Clementina.

Se le dilató el alma al coronel.

Le pareció que renacia.

Sus celos habian pasado como si no hubieran existido jamás.

No podia dudarse de la sinceridad, de la elocuencia, del acento de Clementina.

—Sí, sí,—dijo,—se nace para algo en el mundo; mientras se vive se puede tener la esperanza de todo. ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Pero esto es terrible! ¡yo no tengo fuerzas ya para una vida semejante! ¡tarde! ¡tarde!

—¡Oh! Escuchéme usted; no se conmueva usted, por Dios, de una manera tan terrible: yo sufro, pero ante todo, don Tadeo, yo soy inocente, yo he sido seducida, engañada.

—Eso quiere decir ¡ira de Dios! que á mí me queda aún algo que hacer,—exclamó don Tadeo.

Y su voz amenazaba de una manera espantosa.

—¡Ah! ¡no; no por Dios!—exclamó Clementina.

—Vámonos, vámonos de aquí,—exclamó el coronel;—yo no puedo contenerme. ¡Mozo!

Acudió el mozo, y don Tadeo pagó.

Salieron.

Hacia un dia hermosísimo.

Don Tadeo dió el brazo á Clementina.



CAPITULO XIII

De lobo á lobo.

Iba don Tadeo ufano, olvidado de todo, rejuvenecido.

El sol le parecia dorado, delicioso el ambiente, encantador cuanto le rodeaba.

Si hubiera podido ver á los que junto á él pasaban por la calle, todos le hubieran parecido simpáticos, hasta los polizontes.

Pero don Tadeo no tenia ojos más que para Clementina.

La riente atmósfera que por consecuencia de su bienestar le recreaba, no la veía, la sentía.

Clementina le parecia ya una cosa suya.

Clementina le amaba.

El no podia dudarlo.

El amor de Clementina le regeneraba, le prestaba una nueva vida.

Aquel era la resurreccion de don Tadeo.

¿Qué le importaba lo que por Clementina habia pasado?

Clementina era una mujer digna y pura.

Don Tadeo no podia dudar.

Ella aborrecia al hombre que la habia hecho desgraciada.

Tampoco podia dudarlo don Tadeo.

Todo consistia no en matar á aquel hombre.

Don Tadeo no necesitaba matarle.

No tenia celos de él.

Además don Tadeo tenia una manera particular de ver las cosas, un positivismo *sui generis*.

Los planes de don Tadeo eran completamente distintos de los que hubiera concebido un ser romántico.

¿Por qué no aprovecharse de aquel individuo?

El era una potencia.

El estaba gravísimamente comprometido.

Merced á este compromiso, don Tadeo podia obtener aquel alto cargo en Filipinas de que le habia hablado Perniches.

Don Tadeo calculaba que en el momento en que tuviese aquel alto puesto podia negociar sobre él, cojer algunos miles de duros, casarse con Clementina y hacer su negocio sin haber dado ni un solo paso para ir á tomar posesion de aquel cargo.

Esto era una pillada, un mal comportamiento respecto á Perniches.

Pero en fin, ¿qué importaba?

Ocho ó diez mil duros que pudiese agenciarse don Tadeo eran para él la inmensidad; el papel estaba muy bajo.

Las cosas tendian sucesivamente á mejorarse.

El empleo de diez á doce mil duros en *treses* comprados á catorce, podia ser en un no muy lejano plazo (don Tadeo tenia buen olfato político) una renta de diez y seis por ciento.

Con treinta y seis mil reales de renta contando con las modestas aspiraciones de Clementina, podian gozar de una felicidad envidiable, educando perfectamente á la niña que prometia ser mucho más hermosa que la madre, y casarla convenientemente con un hombre buscado á candil, que á candil ó á linterna de Diógenes, hay que buscar á un hombre hoy.

Don Tadeo tenia, como ya hemos dicho, una gran *vis* política.

Comprendia que lo entonces existente era de todo punto insostenible; una especie de fiebre, de descomposicion moral y social, una afeccion que no podia hacerse crónica, que debia pasar y muy rápidamente.

Don Tadeo sentia venir un órden cualquiera, sin apellido, sin color, podia ser, pero siempre órden.

Habia, pues, que apresurarse á esplotar le desórden ya en la agonía.

Don Tadeo tenia sus razones para convertirse en una moneda falsa respecto á Perniches.

Estas razones ya las hemos dicho.

Veia un cambio próximo, un cambio trascendental, una vuelta de la tortilla.

Lo veia todo el que tenia sentido comun.

—Ahora bien,—decia don Tadeo;—supongamos que yo obro de buena fé, que emprendo la marcha para mi destino, que aunque me vaya por el Istmo tardo en llegar cincuenta dias y que es muy posible que cuando llegue me encuentre con que el telégrafo ha llegado ántes que yo invalidando mi nombramiento y anunciando el de otro. Buen negocio; un paseo acuático, aguantando la atmósfera asfixiante del mar-rojo, esponiéndome á sucumbir sino á la ida á la vuelta, para dejar abandonadas á estas infelices que quiero ya como dos prendas de mi alma. ¡Qué, si se me figura que Emilia es hija mia, y dentro de poco no se me va á figurar, lo voy á creer! Y este arcángel que llevo del brazo; si flaca y traspillada y dolorida es tan hermosa, ¿qué será cuando con la tranquilidad y el amor y el buen trato engorde?

Hasta la lengua se le estremecia á don Tadeo al hacer la suposicion vivísima del estado de hermosura á que podria llegar Clementina.

Iban de prisa y en silencio, en un silencio que solo interrumpia alguna que otra palabra.

Parecia como que no querian hablar de lo que tenian necesidad de hablar mientras fuesen por las calles.

Se encaminaban al Retiro.

Por la calle de la Magdalena habian salido á la plazuela de Anton-Martin y habian seguido por la calle de San Juan á las Cuatro Fuentes.

Poco despues entraban en el Retiro y moderaban el paso.

—Este está hermosísimo,—dijo don Tadeo avanzando por la calle de las estátuas;—parece un dia de primavera; yo respiro con una facilidad estremada; me siento más ligero, más fuerte.

—Yo tambien me siento mejor,—don Tadeo—dijo Clementina.

Antes de llegar al estanque tiraron á la izquierda.

Se perdieron por entre los árboles.

Atravesaron algunas calles y pasaron á dar al estanque chinesco.

Se sentaron en uno de los poyos de piedra al pié de una de las escalerillas.

El sol les daba de lleno y los confortaba.

—Don Tadeo,—dijo Clementina mirándole de una manera tímida; pero ardiente;—yo necesito probar á usted mi inocencia.

—Tú no tienes que probarme nada, Clementina,—se apresuró á decir don Tadeo;—no te culpo de nada; tú eres para mí la virtud, la inocencia, el candor y la desgracia inmerecida, todo junto en una criatura admirable.

—¡Por Dios, don Tadeo!—exclamó Clementina.

—¡Eh, no, no!—dijo el coronel Pedernales;—yo no te lo he dicho todavía todo; tú para mí eres una diosa, un ser sobrenatural; tú has hecho el milagro de convertirme en jóven.

—¡Oh! yo nunca le he visto á usted viejo,—contestó Clementina.

—Las simpatías, hija mia, las simpatías; eso es que estaba de Dios.

—Don Tadeo,—dijo Clementina bajando los ojos y poniéndose vivamente encendida,—por doloroso que sea para mi relatar á usted mi historia y á usted el oírlo, ello es necesario de todo punto necesario.

—Sí, sí, supongo: un infame que ha abusado de tu inocencia.

—No, no señor, de mi abandono.

—Vamos, vamos, mujer, puesto que te has empeñado no quiero contrariarte. Cuenta, cuenta, yo te escucharía tranquilo si viese que tú no sufrías con ese relato que juzgas necesario.

—¿Y cómo no sufrir, don Tadeo, si mi desgracia ha sido y es inmensa?

—Vamos, no hay que afigirse; todo eso ha pasado, hija mia, y cuando los dolores han pasado, hay que olvidarse de ellos.

—Tengo una hija, don Tadeo, una hija sin padre.

—¡Eso no, vive Dios!—exclamó el coronel Pedernales,—¡sin padre! lo has dicho muy pronto; pues qué ¿no estoy yo aquí? Pues qué ¿nosotros no hemos podido conocernos hace ocho años? Cabalmente hace ocho años cuando yo era teniente coronel estaba de guarnicion en Madrid, ¿quién quita que yo reconozca á tu hija? ¡Bah! una moneda falsa más, y si todas las falsedades fueran como esta!..

—¡Oh! Dios mio, don Tadeo;—exclamó Clementina—¿y cómo no le he de amar yo á usted, cómo no he de creerle hermoso y jóven si tiene usted el alma jóven y hermosa?

—Mira que me estas matando, Clementina; mira que te cojo la palabra; mira que me voy contigo al registro civil, y á todas sus consecuencias.

—¡Ah! no, no; todavía no,—dijo Clementina;—él tiene por mí una pasion contrariada, irritada; aún no es tiempo; hay que dejar pasar esto; que caiga al lodo de todo lo alto de la influencia que hoy tiene; de otro modo se vengaria; ¿no he dicho á usted ya, que es un infame?

—Bueno, bien; esperemos, esperemos; no es-

peraremos mucho; esto se vá, esto se disuelve, esto se pulveriza; yo no sé cuando esto se acabará, pero debe ser pronto; no sé de dónde vendrá el golpe, pero vendrá; lo imposible no puede subsistir; la lógica puede estar en suspenso algun tiempo, ó por mejor decir, á veces, siempre, lo que parece ilógico no es más que una multitud de concausas, de elementos, que marchan hácia una demostracion lógica, contundente. No, no; lo ilógico no existe; existen las descomposiciones, pero las descomposiciones son lógicas dadas las causas; en fin, yo estoy seguro de que no esperaremos mucho. Pero cuéntame, cuéntame, hija, ya que te has empeñado en contarme.

Yo 'no necesito, en verdad, el cuento, porque te conozco, porque tengo en tí una absoluta confianza, pero me he propuesto no contrariarte y tú estás empeñada.

—Es necesario,—dijo ella,—que nuestra situacion respectiva sea clara y precisa. Así, pues, voy á hacer á usted la revelacion de mi vida.

Mi madre murió cuando era yo muy niña, tan niña, que tengo el dolor de no acordarme de ella.

Ni aún quedó retrato suyo.

Mi padre se habia anonadado.

Viudo, y en el ejército, yo era para él un embarazo gravísimo.

No me podia dejar abandonada en manos de un asistente.

Solicitó, pues, y obtuvo mi ingreso en el colegio de Loreto, y por gracia especial, y en atencion á los servicios de mi padre, solo pagaba por mí media pension.

Esto me produjo desde niña sufrimientos que han creado en mí una gran resignacion á la desgracia.

No se me miraba como á las otras pensionistas.

Se me tenia como á la fuerza, y se me trataba con severidad.

Yo, para defenderme, me aplicaba, y esto hizo que mi educacion terminase mucho antes que la de las demás pensionistas de mi mismo tiempo.

El único consuelo que yo tenia, era mi amistad, mi fraternidad con Clarita Nuñez de Vivero, una jóven de mi misma edad, hija de una señora viuda de un abogado que vivia en una posicion oscura, pero cómoda, con la pequeña fortuna que le habia dejado su marido.

Si no hubiera sido por esto, yo no hubiera salido ningun domingo del colegio.

Yo no hubiera tenido quien hubiera cuidado de mí.

Me hubiera encontrado mucho peor de lo que me encontraba.

La señora doña Anastasia, me sacaba del colegio siempre que sacaba á su hija.

Escribió á mi padre, y mi padre la recomendó al colegio, como encargada mia.

Desde entonces, vestí de una manera mucho más elegante.

Cierto era que mi padre soportaba los gastos, pero doña Anastasia hacia milagros con el dinero que mi padre la enviaba.

Así cumplí mis diez y seis años.

Mi padre se me quejaba en sus cartas, de que le habian perpetuado en capitan, de que se le hacian injusticias, de que á causa de su carácter sufrido, se le postergaba.

—¡Bah! ¡bah! yo he estado de capitan veinte años,—dijo el coronel;—el ejército tiene razon, cuando pide con insistencia la revision de las ojas de servicios. ¡Cuanta moneda falsa, apareceria, si á esta revision se llegase de una manera severa y justa! Pero continúa, hija mia, continúa.

—Mi padre me escribia á lo ménos una vez por semana.

De repente se pasaron dos semanas sin carta.

Habia partidas de latro-facciosos en el distrito donde mi padre estaba de guarnición.

El partido carlista encendia de nuevo la guerra civil.

Era una pequeña cosa, pero producía comba-

tes, y una sola bala disparada, puede herir el pecho de un bravo.

Me puse en gran cuidado.

Pero resignada siempre, callé.

Un día se presentó en el colegio un hombre, que se anunció como el escribano de guerra de la capitania general.

¿Qué tenia que ver conmigo aquel hombre?
Se le recibió.

Me saludó cortésmente, y despues de un vago preámbulo, haciendo un esfuerzo, me dijo que habiendo muerto mi padre abintestato, en el campo de batalla, habia necesidad de preguntarme si yo aceptaba la herencia.

El golpe fué terrible, rudo, pero lo soporté.

Acepté la herencia.

¿La herencia de qué?

De un nombre sin mancha.

Algun tiempo despues, me mandaron la espada, el uniforme de mi padre, un reló de oro con cadena del mismo metal, un escaso equipaje, y tres mil reales.

Estos eran sin duda ahorros que mi padre habia hecho en fuerza de privaciones y economías, sin duda pensando en mí.

Don Tadeo, ese sable, esas alhajuelas, ese equipaje, han sido empeñados para dar pan á mi hija, y se han perdido porque no se han podido sacar á tiempo.

—Bueno, bien, adelante,—dijo el coronel.—
¿Y hay todavía insensatos que se hagan matar
por la pátria?

—¡Ah! ¡No, no seamos injustos don Tadeo!
¡la pátria me ha acreditado ocho reales dia-
rios!

—Sí, para reventar; ¡como si la vida y el alma de un padre no valieran mas de ocho reales diarios! El mundo es injusto, egoísta, duro. Decid, decid á un hombre: arrójate sable en mano á la boca de los cañones; muere, deja á tus hijos huérfanos, yo les daré un pedazo de pan negro mojado en lágrimas. ¡Poder de Dios! ¡Mal rayo parta á quien siquiera sueña en ser militar! Y entretanto un quidam, un alma de con cántaro, un busca-vidas que se hace diputado veinticinco votos, que trapichea en las Córtes, que por escándalo de todo el mundo llega á ser ministro, lo que basta para que le queden á él treinta mil reales de cesantía y á sus hijos una pensión de diez ó doce mil. ¡Bombas y demonios encendidos, que esto no puede ser, que esto tiene que pasar! Sigue, hija mia, sigue.

—Como yo era menor, se nombró de oficio tutora mia por mí indicacion á doña Anastasia.

Clara habia concluido su educacion.

Yo hacia tiempo la habia concluido.

Doña Anastasia nos sacó del colegio.

Clara se casó al poco tiempo y murió la pobre cilla de un parto funesto.

El niño había nacido muerto.

El pequeño cadáver había matado á la madre.

—¿Es decir, que no vivió, que un cadáver hizo otro?—dijo don Tadeo.

—Doña Anastasia enfermó de una manera terrible á causa del dolor, y para consolarse, puso en mí todo el amor que tenia en su alma.

Lo que voy á contar á usted es vulgar, pero terrible.

Doña Anastasia era una mujer de muy buen sentido.

No podia engañarse acerca de su situación.

Sabia que el dolor la mataba, y queria dejarme colocada con una proteccion sobre la tierra, con la de un hombre que me amase, que fuese para mí una familia.

Impulsada por el buen deseo, me llevaba á todas partes á donde podia irse con el luto.

Abrió su casa á los vecinos.

Despues á las conocimientos de los vecinos.

Su maternal objeto era que yo encontrase un hombre honrado de una posicion mediana con quien establecerme.

Entre los conocimientos que doña Anastasia

hizo fué uno don Luis del Ponton hombre experimentado, que se enamoró de mí.

Pero comprendió á primera vista que no me habia inspirado sentimiento alguno.

Bien es verdad que yo, concentrada en mí misma, no tenia mas que tres afectos: el recuerdo de mi padre, el de Clara, y el profundo amor que sentia por doña Anastasia.

Mi alma estaba muy triste y muy poco pre-dispuesta al amor.

Lo comprendió Luis, y no se me mostró enamorado, sino amigo.

El habia contraido por mí una pasion violenta.

La disimulaba, la ocultaba, y ni aun en sus muestras de amistad hácia mí se exajeraba.

Es profundamente hipócrita y sabe serlo.

A primera vista parece simpático, hombre de honor y de corazon.

—Vamos, onza de premio,—dijo don Tadeo.

—Supo insinuarse de tal manera en el ánimo de doña Anastasia, que esta no se podia pasar sin él.

Le confiaba sus pequeños negocios, y el se desvivia por servirla.

Doña Anastasia me dijo un dia:

—¡Qué lástima que tu no te inclines hácia don Luis, ni don Luis hácia tí; que solo exista entre los dos una buena amistad!

—¡Ah!—le dije yo no puedo pasar de la estimación en que le tengo.

—Es un excelente sujeto,—me dijo doña Anastasia;—pero yo he entrevisto que tiene no se que compromiso amoroso; me lo han dicho; todo se cuenta.

—¡Oh! sí,—dijo don Tadeo,—la gente tiene que entretenerse en algo; necesita hablar de todo el mundo, y cuando no conocen la historia de uno, la inventan, tal como les parece, y siempre de una manera brutal é irritante; de modo que el mundo viene á ser una fábrica de monedas falsas, ya en pro, ya en contra. Pillo hay hipócrita á quien todos creerán santo y hombres que siendo poco ménos que un santo pasan por unos canallas; como que hay necesidad de murmurar, y sobre todo, de pasar por bien informados. Y luego los que no tienen ideas propias, los que son de todo puntos ignorantes y estúpidos, animales disfrazados de personas, ¿de qué han de hablar si no se vengan del prójimo, ó si no aprenden en el periódico que leen lo que han de decir al día? Así anda ello. ¡Peste! Pero sigue, hija, sigue.

—Murió mi pobre madre adoptiva antes de cumplir el luto por su hija.

Murió dejándome su pequeña herencia, recomendándome en sus últimos momentos á Luis y haciéndole mi tutor.

Estaba aun caliente el cadáver de mi madre cuando Luis me dijo:

—Usted no puede permanecer aquí, Clementina;—es usted demasiado impresionable, estará usted mejor en casa de mi tia, que es una respetable señora.

—¿Quién habia de creer, don Tadeo, que en aquellos supremos momentos de dolor y de congoja, aquel hombre meditaria una infamia? ¿Cómo llegar ni aun á la sospecha de corazones tan horriblemente frios para la ejecucion del mal?

Yo le creí.

Yo no podia creer otra cosa.

Le seguí.

Me llevó á una casa infame y allí no hubo para mí compasion ni respeto.

—¡Ah! ¡le mato!—exclamó el coronel;—¡esto es ya distinto! ¡pobre hija mia!

—No, don Tadeo, no; se perdería usted.

Yo tuve presencia de ánimo despues de mi desgracia.

Me equivoqué de nuevo.

Creí más que en la infamia de Luis en un delirio de la pasion, en un crimen del amor.

Le ví á mis piés llorando, pidiéndome perdon, ofreciéndome una reparacion, revelándome que sino me habia pretendido habia sido porque habia comprendido que yo no podia amarle.

Me doblegué á las circuntancias.

Le perdoné con la palabra, pero no con el alma.

Necesitaba salir de allí.

Y luego, lo repito, creí en un arrebató de la pasión más que en una infamia asquerosa.

Al amanecer habíamos vuelto á la casa mortuoria.

Yo me arrojé llorando sobre el cadáver de mi madre adoptiva y la conté mi desesperacion como si ella me hubiera oído.

—¡Y te oyó, hija, te oyó!—exclamó don Tadeo,—¡te oyó! ¡Qué! Dios ha hecho sin duda por ruegos de ella que nos conozcamos los dos, que nos amemos. ¡Ah! ¡le voy á abrir, en canal y á arrancarle las asaduras y á comérmelas crudas!

—¡Es el padre de mi hija!—exclamó Clementina;—yo no podría unirme á un hombre que hubiese matado al padre de Emilia; Emilia le conoce; Emilia sabe que es su padre; además, yo no puedo transigir con la sangre; y luego yo no puedo comprometer al hombre á quien amo, no puedo consertir que se comprometa.

—Pero Señor, ¿está escrito—exclamó el coronel,—que todos los pícaros encuentran su defensa en sus propias infamias?

—Que Dios le castigue,—exclamó Clementina. Pues qué, don Tadeo, ¿usted no cree en la providencia de Dios?

—Fuerza es creer en ella, hija mia,—contestó don Tadeo,—y yo seria muy ingrato para con Dios si en él no creyese viéndome amado por tí.

—Voy, voy á concluir muy pronto mi historia, don Tadeo, hay que pasar deprisa sobre las cosas dolorosas.

Con los ocho reales de mi pension y los cincuenta que constituian la renta que mi buena madre me habia dejado, yo me encontraba en una buena posicion, demasiado buena para mí; así no hubiera tenido dolores en el corazon.

Prevenida por la violencia que sobre mí habia ejercitado Luis, habia llegado en calidad de aya á mi casa á una buena señora de cuyo lado no me separaba jamás.

Luis se desesperaba.

Alegaba que nuestro casamiento, por ciertas circunstancias en que él se encontraban, tenia necesariamente que dilatarse. Además habia necesidad de respetar, á lo ménos por seis meses, el luto por mi madre adoptiva.

Luis se impacientaba.

Yo, que no tenia ya por qué temerle, me mantenía impasible.

Pero tarde por desdicha, don Tadeo.

Ya era madre.

Lo comprendi con terror, y esto hizo nacer en mí un ódio á muerte contra ese hombre.

Sin embargo, por amor á mi hija me hubie-
ra unido á él.

Pero él no queria esto.

El se habia propuesto completar mi sacrificio,
hacerme públicamente su querida, lucirme.

Aunque hubiera estado apasionada por él, no
hubiera podido arrastrarme á tanto.

Meditó y llevó á cabo una nueva infamia.

La renta que mi buena madre adoptiva me
habia dejado, estaba en títulos de la Deuda.

Yo tenia aquellos títulos en mi poder.

Un dia encontré abierto el *buró* donde los
guardaba.

Yo estaba segura de haberlo dejado cerrado.

Abrí incitada por no se qué temor vago.

Examiné el cajon donde guardaba los títulos.

Habian desaparecido.

Luis llevó su hipocresía hasta el punto de
indignarse, de irritarse y de acusar á doña An-
drea, que era la señora que me servia de aya,
del robo.

Se promovió un escándalo.

Doña Andrea se despidió irritada.

Yo no tenia duda de que él era el ladron.

Necesitaba reducirme á una casi indigencia
para obligarme.

Yo tuve valor, don Tadeo.

Abandoné la casa en que vivia, y cuyo alqui-
ler montaba á un doble que mi pension, y me fui

á vivir á una bohardilla que amueblé con una pequeña parte de mi mobiliario.

Vendí el resto, y me confié á la proteccion de Dios.

Luis iba á verme.

Pero yo estaba bien acompañada.

En las casas de vecindad se tiene siempre compañía.

Luis empleó cuantas acechanzas son imaginables.

Puso en práctica todos los medios posibles, y siempre en vano.

No podia ménos de llevarme todos los meses mi pobre pension.

Además, yo trabajaba y ganaba mucho más que ahora.

Los tiempos eran mejores y yo estaba más fuerte.

Trabajaba y me desvelaba por el sér que tenía en mi seno.

Cuando llegó el plazo del alumbramiento, se escusó Luis.

Cuidaba en gran manera de que en la casa de vecindad no se creyese sino que era mi tutor.

Siempre reservado, siempre hipócrita. Apuré mi vergüenza de madre soltera, me resigné como me habia resignado á tantas otras desgracias, y no sabe usted con cuanto afan, con cuan-

tos desveslos, con cuanto trabajo he criado yo á esa pobre criatura.

Ha habido temporada en que Luis ha parecido ablandarse, sentir algo como remordimiento, pensar en una reparacion.

Entonces le he debido algunos escasos socorros que yo he aceptado en nombre de mi hija, pero he permanecido siempre extraña para Luis.

Yo no puedo levantar la frente ante el mundo que solo juzga por las apariencias, pero puedo levantarla ante él, ante mi conciencia, ante Dios, y ante usted, don Tadeo.

¿Sí, porque usted no duda de mí; ¿no es verdad don Tadeo, que usted no duda de mí?

—¡Ah, no, hija mia!—exclamó el corenel Pederalles;—el mundo acepta y cambia las monedas falsas, y con mucha frecuencia rechaza admirables monedas de plata de buena ley, porque tienen la superficie negra, porque no se toman el trabajo de frotarlas y de limpiarlas. Peor para el mundo. En cuanto á mí, conozco bien la moneda, y yo te encuentro á tí legítima, magnífica, de toda ley, y limpia, porque tu hija es mi hija, y tú mi mujer, y veremos á ver si dentro de algun tiempo hay alguien que no vea una moneda brillante y legítima en la coronela Pederalles. ¡Ah, poder de Dios! Deja, deja hija mia;

yo tengo ya aquí mi plan; y mira, si te parece como ya me has contado tu historia, porque lo que falta, son detalles que se suponen, y es ya cerca de la una, y yo tengo que hacer un negocio que nos importa mucho, á esa hora, vámonos.

El coronel Pedernales habia consultado la hora en el reló que la noche anterior, le habia dado su asistente, Perniches

Se levantaron.

Clementina se asió conmovida, casi desfallecida, al brazo del coronel.

La habia costado un violento esfuerzo la revelacion que le habia hecho.

Al salir del Retiro, el coronel metió en un coche de plaza que volvia de vacío, á Clementina.

Libre ya partió á la carrera.

Se fué á casa de la vizcondesa de los Berchules y abrió una muchacha, no mal parecida que le introdujo.

La vizcondesa le miró con reserva y le trató con suma finura.

—He recibido una extraña carta,—le dijo,—y usted sin duda se equivoca; esa carta no es para mí.

—Es decir, señora, que usted no conoce ni á don Luis del Ponton, ni á don José Maria Piernas, ni á la cocinera vizcaina Gabriela. Si

es así, me he equivocado en efecto y pido á usted mil perdones.

Y se levantó como si fuera á irse.

La vizcondesa palideció.

Creyó que el coronel Pedernales tenia medios para sacar á luz su crimen.

Tembló y dijo:

—Siéntese usted, hágame usted el favor; tal vez haya algo de cierto en lo que usted sin duda busca, pero de una manera independiente de mí; la cuestion puede estar muy bien entre don Luis del Ponton y esos dos que usted ha nombrado; yo misma he llegado á sospechar, y me haria usted un inmenso favor si me procurase una prueba.

—A mí señora,—contestó don Tadeo embistiendo de frente,—me importa muy poco se castigue ó se deje de castigar un asesinato; allá se entiendan con su conciencia y con su miedo los asesinos; pero, señora mia, yo estoy en el caso de imponer condiciones y las impongo.

—Debía quejarme del tono que usted toma,—dijo la vizcondesa;—no parece sino que usted me cree en el caso de doblegarme á esas condiciones.

—Por lo ménos, señora, se veria usted envuelta en un escándalo, y en el resultado de unas actuaciones necesarias, y como la conducta de usted no es la más ejemplar, sabe Dios á donde

podrían conducirle á usted las apariencias.

Don Tadeo como se ve, no se andaba por las orillas.

Embestia de frente.

La vizcondesa se descomponia.

Se aterraba.

—Y bien,—dijo:—¿qué condiciones son las de usted?

—Don Luis es una gran persona, señora mia,—dijo don Tadeo.—Cierto es que no tiene lo que puede llamarse propiamente una posición oficial; pero su influencia es inmensa; es un *factotum* al que no se le puede negar nada: yo no tengo quince ó veinte mil duros para comprar el empleo que solicito.

—¿Y qué empleo es ese, amigo mio?—dijo la vizcondesa; para eso no necesitaba usted haber ido tan lejos.

—Yo deseo, señora, ser nombrado jefe superior administrativo y económico de Filipinas.

—¡Ah!—exclamó la vizcondesa;—¡una posición solicitada con grande empeño por personas con las que es necesario estar bien á todo trance! ¡Qué diablura! ¡Si se tratara de otra cosa!..

—Jefe superior administrativo y económico de Filipinas ó la cabeza de don Luis del Ponton y de quien más hubiere lugar para el Campo de Guardias.

Con tal aplomo, con tal seguridad hablaba el coronel Pedernales, que la vizcondesa aunque no comprendia como don Tadeo podia tener la prueba de su crimen, se creyó perdida y se doblegó.

—Bien, bien,—dijo se hará todo lo que se pueda.

—Mañana el nombramiento,—dijo don Tadeo con todo el alto estilo de un dictador;—estoy cansado de ser pobre, necesito negociar cuanto antes desde una alta posicion; tengo á usted entre el trabucó y la pared: ó ese destino ó el trabucazo. He dicho, señora; mañana vengo aquí, por mi nombramiento. A los pies de usted reconózcame usted por su servidor.

—¡Pero el nombre, señor mio!—dijo la vizcondesa.

—Es verdad: don Tadeo Pedernales, coronel de infantería retirado; muy afectísimo.

La vizcondesa sacó un pequeño *carpet* de su bolsillo y anotó el nombre del coronel.

—Las señas de su domicilio de usted, si usted gusta,—dijo la vizcondesa.

Don Tadeo se las dió.

Repitió su saludo y se fué murmurando.

—Pasado mañana tengo yo diez mil duros, quince mil, puede ser que resista; ¿quién sabe! Al otro día renunció mi destino; á los ocho dias me caso; estoy ya viejo para pasado por agua, y mis aspiraciones no son grandes; una rentecilla

que asegure el garbanzo, la casa cómoda y el traje decente, que permita educar á mi hija Emilia; algunos años de felicidad, y despues morir tranquilo; verdad es que engaño á ese pillete de Perniches, que soy para él una moneda falsa; pero las monedas falsas son las que valen, y sobre todo que el que roba á un ladron ha cien años de perdon.

Al volver la esquina hacía la Red de San Luis, el coronel sintió que le agarraba una persona.

Se volvió y vió á Perniches.

—¿Y qué hay, qué hay?—le preguntó con apresuramiento.

—¿Qué ha de haber? victoria en redondo: mañana mi nombramiento.

—Y esta tarde,—dijo Perniches,—á las cuatro y cuarentá y cinco y á disparados, una buena hembra y yo en el tren *express* y *chalandó* para Francia. Yo me habia figurado que usted tendria que usar de nuestros nombres para aterrar á la señora vizcondesa, y he recogido á Gabriela para quitarla de en medio y ahí la tiene usted esperándome ansiosa en un rincon del café de San Luis, bueno es que usted la conozca.

—Una hermosa moneda, ¿eh?—dijo Pedernales.—*Barbiana*, que deja paralítico á Dios Padre si ella le mira con los *clisos* adormecidos; vamos, tomaremos una copita y luego á escapar.

Don Tadeo entró en el café, y se encontró conque, en efecto, Gabriela era una jóven de quince á diez y seis años, de una hermosura extraordinaria, de una gracia infinita, y de una apariencia tan franca y tan bondadosa, que no se podía comprender como habia cometido un asesinato.

—Nada, mi coronel,—dijo Perniches,—despues de haberle presentado á Gabriela, que se sonrió con muy buena gracia;—usía se queda á caballo sobre el negocio que es seguro; en el momento en que usía tenga el nombramiento, un despacho telegráfico á París, al Grande Hotel de Italianos, á mi nombre: yo tomo el tren para Marsella con ésta, y allí espero á usía: las mensajerías de la India, hacen escala en Marsella. Adelante, mi coronel; redondeado nuestro negocio, y á comernos las islas Filipinas; casado yo con esta, y usía con quien le dé la gana, que nos entren moscas. Tome usía, mi coronel, para lo que á usía se le pueda ocurrir, estas veinticinco onzas.

Y dió al coronel un portamonedas.

—Tu eres un Dios, Perniches,—exclamó el coronel,—y casi casi estoy por darte un beso.

—No señor, que podría esta tener celos,—dijo Perniches;—con que, mi coronel, hasta la vista en Marsella.

—Adios, chiquillo, buen viaje: á los piés de usted señora, hasta la vista.

Se separaron á la puerta del café.

Entretanto la vizcondesa escribía la siguiente carta á don Luis del Ponton.

«Ven, Luis; ven sin perder un momento; ante todo y preventivamente, haz que sin pérdida de tiempo prendán é incomuniquen á don Tadeo Pedernales, coronel retirado de infantería, que vive calle Jesús y María, número...»

Don Luis recibió diez minutos despues esta carta.

Inmediatamente un inspector de la secreta, fué á situarse con algunos agentes en las inmediaciones de la casa de don Tadeo.

Antes de que llegara á ella fué preso, metido en un coche, conducido á las prisiones militares de San Francisco y rigurosamente incomunicado.

CAPITULO XIV.

En que se dice lo que fué de Perniches, de Gabriela y del coronel Pedernales, y en que se ve cuan mala recomendacion es la miseria.

Perniches y Gabriela partieron aquella misma tarde á las cuatro y cuarenta y cinco minutos por el *express* para Francia.

Habian tomado para ir solos una berlina, é iban perfectamente disfrazados, es decir, convertidos en dos monedas falsas.

Ya sabemos que Gabriela era muy hermosa y muy distinguida, que tenia el pelo negro como la endrina y la tez blanca y mórbida como el nácar.

Se habia dado con humo con el que parecia morena y habia encontrado el medio ó mejor dicho, se lo habia procurado Perniches de hacer parecer cobriza su negra y opulenta cabellera.

Vestia de una manera rara como una señora

muy rica de pueblo perdida en las montañas á donde no llega jamás la moda sino con quince años de retraso.

Tenia por su traje toda la facha de una original.

Llevaba en brazos uno de esos perritos falderos de lana ingleses, que tan caros cuestan; en la red de la berlina en una hermosa jaula dorada un magnífico guacamayo y sujeto por una cadena que le dejaba cierta amplitud, un mono del Congo de hocico azul que por gran favor y en atencion á que habian tomado una berlina reservada, habia permitido la empresa que en la berlina llevarsen.

Perniches, que era moreno, se habia blanqueado apareciendo pálido y enjuto por ciertos toques y tonos de sombra violácea que se habia dado en el semblante.

Cubria sus cabellos una peluca lacia, rubia, pálida á la manera del lino.

Le cubria una cachucha inglesa y vestia un largo ranglan con esclavina lo más estrambótico del mundo.

Llevaba además montadas en oro unas gafas cuyos cristales eran de color de caramelo y que acababan de desfigurarle de tal manera que no habia quien le conociese.

Parecia viejo cuando en realidad apenas si contaba treinta años.

Viajaban con nombres supuestos y pasaban por hija y padre.

Perniches sabia lo que habia acontecido, esto es, la prision de don Tadeo.

El habia contado con esto y habia dicho á Gabriela:

—Pues mejor, mucho mejor; así es como debe ser, les dejaremos un poco de respiro y luego les daremos el golpe de gracia.

En la prevision del arresto del coronel Pedernales, Perniches le habia hecho seguir por agentes sabalternos de policia y habia sabido su arresto en el momento en que este habia tenido lugar.

Luis del Ponton, apenas se entendió con la vizcondesa, apenas supo de lo que estaban amenazados, mandó buscar á Perniches.

Pero este habia parado el golpe.

Habia desaparecido de su casa, y los emisarios de don Luis no pudieron dar con él.

Entretanto él y Gabriela se disfrazaban en la casa de esta.

Todo estaba preparado, disfraces, mejunges, trajes, perro, loro y mico y hechas las maletas.

Don Luis hizo partir por el telégrafo en todas direcciones las señas de Perniches con la órden de que se le prendiese, se le incomunicase y se le enviase inmediatamente y bien asegurado á Madrid.

Es inverosímil el poder á que llegan algunos perdidos; y la completa manera con que disponen de todos los medios del Estado.

Pero los esfuerzos de don Luis fueron inútiles.

En vano en todas las vías, la guardia civil en las estaciones poco importantes, y la policia en la de las grandes localidades, aguzaron los ojos.

Perniches era un mal bicho difícilísimo de cojer, y él con Gabriela y el perro y el guacamayo y el mono, pasó tranquilamente y en gracia de Dios el puente de Beobia, y cuando el tren se detuvo majestuosamente en Hendaya, salieron, Gabriela con su perro en brazos, Perniches con el guacamayo en la mano derecha y el mono sobre el hombro izquierdo, y bajo este brazo un paraguas y un baston, todo lo cual le daba la facha más cicatera, más original y más estúpida del mundo.

Pararon en un hotel de la villa.

Revelaron al hostelero que eran dos proscritos políticos por lo cual habian tenido necesidad de disfrazarse.

Dióle un billete de cien francos Perniches para que hiciese la vista gorda á la desaparicion del disfraz y otrosí le regaló el mono y el guacamayo, con lo cual, contento el hostelero, arrojaron ellos sus pelucas, se lavaron cara, gar-

ganta y manos, pusieronse trajes de viaje á la moda y conservando únicamente Gabriela el perro que era precioso, al otro día partieron para París, á donde llegaron á las diez y seis horas, hospedándose en dos buenas piezas de un hotel *garni* (amueblado) en el aristocrático barrio de San German, en el sábio, industrial y opulento cuartel latino.

Dejémoslos allí y volvámonos á nuestros pobres personajes de Madrid.

Clementina, cuya vida por la ardiente declaración á que las circunstancias le habían naturalmente llevado, respecto á don Tadeo, había cambiado por completo, esperó en vano á aquel viejo singular en quien había encontrado de una manera extraña padre, amante y marido.

Como sabemos, don Tadeo no podía volver.

Se había ocultado su prision inquisitorialmente.

Se le había metido en las prisiones militares como se arroja una piedra á un pozo para que se pierda.

Así es que, cuando vivamente alarmada Clementina porque don Tadeo no había parecido ni á la hora de comer, ni por la noche, ni al día, ni á la noche siguiente, fué á preguntar al gobierno civil, la dijeron que acerca de aquel sugeto no se tenían absolutamente noticias.

Suplicó Clementina averiguasen, y volvió por la noche.

Nada se sabia en el gobierno, ni nada se supo al dia siguiente, ni nada durante ocho dias en que Clementina acudió ansiosa á aquella alta dependencia.

¿Qué se habia hecho, pues, de don Tadeo? Habia que temerlo todo.

No parecia ni muerto ni vivo.

Grave, muy grave debia ser lo que por él habia pasado, cuando de ninguna manera daba señales de vida.

Don Tadeo entretanto se desesperaba en su encierro, y armaba con el cabo que iba á llevarle la comida y con los soldados que entraban de su servicio para lo más necesario, peloteras terribles, pero inútiles, á no ser que como inutilidad, se tomase algun mal tratamiento que solian producirle, porque don Tadeo solia arrojarle como un tigre á la garganta de aquellos sayones militares con los que únicamente podia tratar.

En vano habia pretendido sobornarles don Tadeo.

Al meterle en su calabozo le habian quitado el dinero y el reloj que le habia dado Perniches, pero le habian dado la capa para que con ella se abrigase, lo que no le venia mal particularmente para dormir, porque la cubierta del lecho que en el calabozo habia era harto leve y fermentida y hacia mucho frio.

Don Tadeo tuvo el heroismo de ofrecer aquella

pobre capa á uno de sus carceleros si consentia en procurarle recado de escribir y llevar una carta suya á Clementina.

Pero el llavero se mantuvo inexorable, por más que no le pareciese mala la capa que era muy buena y con corchetes de oro.

Don Tadeo estaba perdido, y en su cólera acusaba á Perniches en quien creia ver un traidor infame.

Pero pasaban los dias y la incomunicacion de don Tadeo, á pesar de sus enérgicas reclamaciones, no cesaba.

Verdad era que tampoco se le habia preguntado ni una sola palabra acerca de nada, lo cual era otra ilegalidad y otro abuso.

Si habia delinquido, ¿por que no se le procesaba?

Si no se le procesaba, ¿por que se le habia preso?

Y si se le procesaba, ¿por que no se le tomaba declaracion?

Reclamaba don Tadeo.

Se irritaba.

Aporreaba á sus guardianes.

Estos le aporreaban á él, y las cosas continuaban en los mismos términos, incomunicado, sin tomarle declaracion y dándole una comideja insuficiente, mal condimentada y casi asquerosa.

Don Tadeo empezaba á sentir vahidos en la

cabeza, ruidos en los oídos, peso en el estómago, y á temer que aquello acabase por volverle loco.

Don Luis le mantenía en su escondite, y hacía esfuerzos sobre-humanos por encontrar á Perniches para aclarar el misterio de la amenaza de don Tadeo á la vizcondesa.

Pero con Perniches no se daba.

París es muy grande y en él se pierde fácilmente una persona.

Pudo haberse usado de la policía.

Pero la policía no sirve al extranjero sino á causa de reclamaciones legales hechas por un Gobierno dentro completamente del derecho internacional.

Don Luis no quería remover su masa.

Por consecuencia, ignoraba si Perniches permanecía escondido en Madrid ó si se ocultaba en el extranjero.

La ansiedad de ambos infames era horrible.

Tenían un proceso de Damocles suspendido sobre la cabeza.

Clementina entretanto había llegado á una situación de todo punto desesperada.

Había contraído por don Tadeo ese amor que los seres desgraciados y sensibles contraen por el que noblemente los protege, por el que con ella parte el dolor y el infortunio.

Era un alma solitaria, y en el alma de don Tadeo había encontrado un alma gemela tan solitaria, tan triste, tan desesperada como ella.

Don Tadeo era fuerte, robusto, conservado y á pesar de sus canas y de su piel, ya mareada por el uso de 50 años, conservaba mucho de jóven, singularmente en los ojos.

Era un tanto abrutado en la forma y tenia mucho de militarote.

Pero así y todo, se habia hecho simpático á Clementina.

De la simpatía habia nacido la amistad, y de la amistad el amor.

La adoracion contenida de don Tadeo por una parte, por otra su abnegacion, por otra las contrariedades y las desgracias, habian sublimado aquel amor en Clementina y estaba enamorada de don Tadeo como podia haberlo estado de un jóven.

La última situacion en que respecto á don Tadeo se habia encontrado, habia acabado de consagrar aquel amor.

La pérdida de don Tadeo, tan terrible ignorancia de lo que de él habia sido, afectaron gravemente la organizacion, ya demasiado trabajada, demasiado fatigada de Clementina, que al fin se postró, y no pudo dejar el lecho, si es que el lecho podia llamarse al jergon tendido por tierra en un ángulo de la sombría alcoba de la bohardilla.

La faltaban absolutamente los recursos.

La enfermedad aparecia grave.

No se habia llamado al médico.

No habia con que pagarle.

Ni aun se habia pensado en el Hospital.

El Hospital era el horror, la separacion de la hija de la madre.

La pension tardaba.

Se estaba en un momento de grave penuria para el Gobierno.

La miseria y la enfermedad en tanto caminaban muy deprisa.

Alguna vecina caritativa habia llevado una taza de caldo á la enferma y habia dado de comer á la niña.

Pero eran pobres.

La caridad del pobre es muy limitada, muy débil, y se cansa pronto, por mejor decir, es impotente.

Esta caridad hizo un último esfuerzo.

Se fué al teniente cura de la parroquia, le llevó unos pobres reales, y con ellos el teniente cura hizo poner uno de esos horriblos anuncios que se leen á cada paso en la *La Correspondencia de España* ó en *El Diario oficial de Avisos*, en que se excita la caridad pública en favor de una inmensa desgracia.

Pero el anuncio no produjo ni una sola limosna, por más que en el se decia que el teniente cura recibia los socorros, lo cual era una especie de garantía de que la desgracia era cierta.

Pero ó no hay caridad ó se desconfía de todo, y en todo se cree ver una explotación.

De los fondos de la parroquia para el alivio de sus pobres, se enviaron á Clementina una manta y dos sábanas.

Además la Junta de Beneficencia envió uno de sus médicos.

La botica del barrio suministró gratis los medicamentos.

Pero ¿y el caldo?

Peró ¿y la manutención de la pobre Emilia?

Algun pedazo de pan dado por los vecinos entretenía la vida de la desventurada criatura.

En cuanto á Clementina, la mantenía matándola lentamente su enfermedad.

Un ser sano muere por falta de alimento á los pocos días.

Un enfermo vive durante un largo período sin alimentarse.

La fiebre es un alimento terrible.

Repugnaba á Clementina apelar á Luis del Ponton.

Si ella hubiera sido sola, hubiera perecido sin llamarle, sin afrontar de nuevo su vista odiosa.

Pero existía Emilia; Emilia que enflaquecía más y más; Emilia que se debilitaba; Emilia que estaba á punto de perecer de hambre.

La madre se sobrepuso á la mujer injuriada,

escarnecida, abandonada y destrozada, escribió á don Luis una carta, de esas cuya lectura estremece y que no nos atrevemos á transcribir.

La escribió con mano débil y trémula como pudiera haberla escrito un moribundo.

La niña que conocía á su padre, y que á pesar de todo le amaba, le buscó en su casa, pero no le encontró.

Trasnochó y al fin le halló en el Suizo; ya lo hemos visto.

No pudo darle la carta.

En su perturbacion, la desgraciada la habia perdido.

Encontróla tal vez algun transeunte y tal vez la leyó de una manera indiferente.

Vivimos en una época mucho más ruda que la edad media y aún que la edad bárbara.

Entónces habia á lo ménos caridad y creencias.

Hoy, salvo excepciones, no hay ni creencias ni corazon.

La civilizacion es un contrasentido.

La civilizacion lleva al positivismo, al utilitarismo, al embrutecimiento del alma.

La civilizacion cuando llega á sus últimos límites, es la barbárie dorada, mucho más terrible que la barbárie de los hechos aparentes, de la esclavitud, de los suplicios crueles, de los hechos monstruosos.

Debajo de todo aquello habia una fé, un fanatismo, una ignorancia, que dentro de sí alentaban un gran corazon.

Ya hemos visto como don Luis recibió á la niña.

La desventurada partió llena de esperanza con un doblon de á cien reales.

Tenia hambre, mucha hambre, el estómago, como suele decirse, ido.

Desfallecía.

Al pasar por el café Europeo tuvo una tentacion.

—Si yo tomara un café con leche muy calentito,—dijo para sí,—me sentaria muy bien. Además mandaré hacer una chuleta para mamá; tomaré una botella de vino y se lo llevaré. ¡Pobre mamá mia!

Y se entró en el café, acobardada, tímida.

Se sentó en una mesa, pidió café con leche y mandó hiciesen una chuleta para llevársela con pan, y una botella de vino.

Emilia era espigadita, pero estaba muy flaca y esto empalidecia su belleza.

La hacia desaparecer casi.

Iba miserablemente vestida.

El mozo la miró con ese desprecio con que se mira á la indigencia, y la dijo:

—¿Y con qué vas tu á pagar, muchacha?

—Con esto,—dijo con la voz trémula Emilia, que se habia puesto vivamente encendida.

Y sacó su doblon de á cien reales y lo puso sobre la mesa, un doblon reluciente que parecia acabado de salir del cuño, una hermosa moneda.

Si Emilia hubiera sacado dos ó tres pesetas el mozo no hubiera desconfiado.

Pero un doblon de á cien reales en poder de una tan triste tan mezquina criatura, le hizo desconfiar.

La tomó por una pequeña ladrona.

La miseria no puede mostrar una partícula de oro, ni que se desconfie de ella.

Se separó de la mesa el mozo como si hubiera ido por lo que la niña le habia pedido.

Pero á donde fué en realidad fué á las Cuatro Callés á buscar una pareja de agentes, á la que dió parte de lo que habia observado.

Los agentes se presentaron inmediatamente en el café, y se dirigieron en derechura á Emilia, que al verlos ir decididamente hácia ella, se sobrecogió.

Estaba bien educada.

Tenia la imaginacion viva.

Lo comprendió todo, y al llegar á ella los agentes exclamó:

—No, yo no soy ladrona, yo no lo he robado; me lo acaba de dar papá.

Estas últimas palabras fueron ya un hi-
pido.

Un vértigo, una descomposicion, terrible acometió á la desventurada, que no pudo oír una palabra más.

Se la registró y se la encontró el doblon de á cien reales, del cual se incautó uno de los agentes.

—A la casa de socorro,—dijo.

Y entre los dos tomaron en peso á Emilia que se habia accidentado, y la sacaron del café sin que nadie interviniese.

¿Y para qué, si se trataba de una pequeña ladrona?

La moralidad ante todo.

Es necesario limpiar de harapos la sociedad.

No importa quede en ella por todas partes la podredumbre dorada, el crimen oculto bajo honorables apariencias, la moneda infame de *double* de oro.

Se ha perdido el sentido comun.

Por consecuencia, no se conoce la moneda falsa al tacto.

Se toma todo por lo que parece, sin que nadie sepa lo que nada es.

Así anda todo.

En la casa de socorro encontraron grave á Emilia.

No volvía en sí.

Fué necesario dejarla allí porque no era hora de llevarla al hospital.

En justicia debemos decir que en la casa de socorro se consagraron cuidadosamente á ella, y al fin, al cabo de una hora, lograron que en sí volviese, y cuando la oyeron comprendieron que se habia incurrido en un error.

Esto no obstante no creyéndosela en estado de ser trasladada, no se la llevó á su casa.

Se mandó que un ordenanza de la casa de socorro fuese á avisar á la madre de la enferma.

Pero los mozos estaban entre Pinto y Valdemoro y entre si vamos, si no vamos, se pasó otra hora.

Luego en el camino el mozo avisado encontró á un camarada que trasnochaba y que le convidó.

Se metieron en una taberna.

Taberna hay en Madrid que despacha toda la noche, especialmente en los barrios bajos.

Allí el ordenanza invertió otra hora, y gracias si pudo llegar á la casa de Clementina y ver entre la penumbra el número.

CAPITULO XI

De cómo el miedo puede hacer las veces del arrepentimiento.

Habia afectado gravemente á don Luis, á pesar de su frio positivismo y de su alma torcida y negra, la noticia de que Clementina estaba enferma, en peligro de muerte, y sin auxilio de ninguna especie.

No hay alma, por dura que sea, en la cual no clave alguna vez su diente emponzoñado, el remordimiento.

Habiale conmovido además, el ardoroso beso de la pobre niña. Acaso por la primera vez, se sentia su padre, en la acepcion en que debe considerarse esta palabra.

Ibanle mal sus negocios, y cuando el hombre sufre, se hace más sensible al sufrimiento de sus semejantes.

Hay además en el criminal la creencia de que las desgracias, que le sobrevienen, son el castigo de la Providencia, á sus maldades.

Don Luis habia perdido mucho.

Hombre siempre de mala fe, egoista y audaz, siempre pronto á usar de la traicion en su provecho, habia llegado á inspirar recelos á aquellos mismos á quienes habia servido de todos modos y maneras.

Habia desfalcado una fuerte cantidad, ó por lo ménos, ayudado á desfaltarla.

Aquel desfalco se habia cubierto por medio de ingeniosos expedientes.

Pero los expedientes y las dilaciones no aprovechaban ya.

Iba llegando el momento terrible.

Don Luis se sentia en una posicion falsa.

No podia confiar en el aprecio de sus patronos, y en todo caso estos, por salvar á don Luis y á sus cómplices, no podian eximir la responsabilidad de un negocio escandaloso, si éste pasaba al dominio de la opinion pública.

Una tremenda carta de Perniches, escrita desde Paris á la vizcondesa, en que se reclamaba con terribles amenazas la libertad del coronel Pedernales, y la provision en él del alto y lucrativo cargo de jefe superior administrativo y económico de Filipinas, habia acabado de doblegar á don Luis.

Crejó, pues, que cumpliendo alguna vez con su deber, Dios se apiadaria de él y le sacaria adelante del enorme compromiso en que por tantos conceptos se encontraba metido.

No hay un hombre, que no se vuelva á Dios en la hora de la adversidad, y no pretenda engañarle, como si Dios fuese una criatura perecedera é imbécil.

Así es, que apenas terminada su grave entrevista con la vizcondesa, entre la una y las dos de la mañana, don Luis tomó un carruaje de plaza, y se hizo llevar á casa de Clementina.

Sabia hartó bien, los golpes y los repiques que habia necesidad de dar.

En los ocho años que contaba de edad, Emilia habia habido largas temporadas en que don Luis la habia visitado, en que se habia humanizado con ella y de ella enamorado, aunque de una manera material y repugnante, habia procurado seducirla, para hacerla su querida.

Clementina, por su parte, y en nombre del interés de su hija, le habia recibido y habia procurado atraerle para que con ella se casase.

En estos períodos, que se habian repetido muchas veces durante ocho años. Emilia habia conocido á su padre, y le habia amado.

Don Luis, tratando cariñosamente á su hija, habia pretendido seducir á Clementina.

Por la firmeza de Clementina, cansado y aburrido una vez y otra vez, una vez y otra vez habia vuelto á la carga.

Por esto Emilia le conocia y le amaba.

Por esto don Luis, sabia bien los golpes y los repiques que habia que dar en la puerta de la casa de Clementina.

Oyóle ésta desde su lecho de dolor.

Estaba aterrada y más enferma que nunca, por la tardanza de Emilia.

¿La habia sucedido alguna desgracia?

¿Algun infame de tantos como por Madrid andan, que ni aún á las niñas en su infancia respetan, habia tendido algun lazo á su hija?

¿La retenia á su lado su padre?

Hacia ya cuatro horas, que Emilia habia salido.

¿Y qué hay que una madre no tema, por absurdo que sea, tratándose de su hija, y tanto más, cuando es una madre tan desgraciada como Clementina lo era?

El llamamiento á su puerta, acabadas de dar las dos de la mañana, cuyo sonido había llevado el silencio hasta ella, partiendo de la iglesia de San Cayetano, acabó de aterrarla.

El que llamaba á su casa, habia venido en coche.

No podia ser otro que él.

Con él no venia Emilia, porque si Emi-

lia con él hubiera venido, no hubieran tenido necesidad de llamar, porque Emilia tezia la llave.

Nos es imposible expresar la amargura y el espanto que de Clementina se apoderaron.

Probó á levantarse.

Se puso de pié vacilante, pero la acometió un baido y cayó de nuevo sobre el jergon.

Se repitió el llamamiento á la puerta de la casa.

Entonces Clementina, sacando fuerzas de flaqueza, golpeó con sus débiles manos el tabique y gritó:

—¡Señora Rufina, señora Rufina! ¡por el amor de Dios, baje usted á abrir, que llaman á mi cuarto, y yo no puedo!

Por fortuna, la señora Rufina tenia el sueño muy lijero, y oyó á Clementina.

La contestó diciéndola que iba á vestirse, se puso su zagalejo, se echó un vestidillo, encendió luz, tomó las llaves, bajó y abrió.

Se encontró con don Luis, á quien conocia demasiado.

—Más vale tarde que nunca,—dijo con acento de reprension y enojo;—un poquito más y hubiera usted tenido que ir á buscarla á la oyanca, ¡por vida de estos hombres!

—¡Bah, bah!—dijo don Luis;—yo no sabia nada; cuando lo he sabido, he venido.

—Pues mire usted que esto es un cargo de conciencia, señorito; mire usted, que Dios le va á castigar; mire usted, que para esa pobre bien puede ser que ya no haya remedio.

Se estremeció don Luis.

Volvió á sus temerosas cavilaciones.

Le pareció sentir la mano de Dios que se desplomaba sobre su cabeza.

—Aún puede ser, aún puede ser que haya remedio,—exclamó.

—¿Y la niña?—dijo la señora Rufina;—salió poco despues de las diez á buscar á usted; ¿por qué no ha venido con usted?

—¿Pues qué, la niña no está en casa?—exclamó don Luis.

—No, no señor; la niña no ha vuelto, y puede ser que la haya sucedido una desgracia.

El acento de la señora Rufina, era terrible.

Pasó algo frio, algo insoportable, algo sin nombre, algo supremo, á lo largo del cuerpo de aquel infame.

—Vamos,—dijo la señora Rufina,—esto no tiene perdon de Dios; esto es lo último de lo último; esto no lo hacen ni judíos, no señor.

Pero buépo, ¿qué le puedo yo remediar, que le puedo yo hacer? ¿quién soy yo? Ahí está Dios, Dios que le pedirá á usted cuenta, y usted se las entenderá con Dios. Pero tenga usted una poca de caridad, señorito; mire usted que lo que

no se paga aquí se paga allá; que á Dios no se engaña, y que Dios cobra ciento por uno.

Acabó de predisponerse don Luis.

En sus vagos temores, en su inquietud creyó que Dios le hablaba por la voz de aquella vieja.

Esta llegó con él hasta el cuarto de Emilia, cuya puerta habia abierto esta haciendo un desesperado esfuerzo.

—Tome usted mi luz,—dijo la señora Rufina;—hace mucho tiempo que ahí dentro no se enciende luz. Y lo dicho, señorito: piense usted en que hay un Dios en los cielos que castiga á los que le ofenden y que á los que se arrepienten los perdona.

Y la buena señora Rufina se metió triste y conmovida á su cuarto y se arrimó al tabique para oír lo que se hablase en el cuarto inmediato.



CAPITULO XVI

— —

Una buena madre.

Clementina, que haciendo un violento esfuerzo y agarrándose á las paredes, habia llegado hasta la puerta y la habia abierto, se habia vuelto á su cama antes de que llegase don Luis.

Entró éste, y no encontrando á Clementina en el primer espacio de la bohardilla, entró en la alcoba.

Encontró á Clementina incorporada sobre el lecho en el suelo, apoyada contra la pared, con los ojos dilatados, ansiosos, hambrientos, infinitos en su expresion.

La mirada voraz de aquellos ojos se fijó en don Luis, que temblaba.

alegría y de terror al par, Clementina; de alegría, porque no pudiendo dudar de la sinceridad de las conmovidas palabras de don Luis, veía asegurados el nombre y el porvenir de su hija; de terror, porque amando á don Tadeo, que era el único amor de amante que había probado en toda su vida, se veía obligada á renunciar á él para cumplir sus imprescindibles deberes de madre. Sí, sí,—añadió,—gracias, muchas gracias, cumples al fin con tu deber; mi hija tendrá padre, yo marido; se acabará su miseria y yo moriré, pero moriré tranquila.

—¡Morir!—exclamó don Luis.

Y se estremeció de una manera mucho más penosa.

—Sí, sí, ¿y qué importo yo?—exclamó Clementina;—la muerte será para mí el descanso, el único descanso que puedo esperar. Pero ¿qué haces que no buscas á mi hija? ¡Anda, anda, por Dios que estoy agonizando!

Don Luis se levantó de una manera nerviosa.

—Sí, sí; voy á buscarla,—dijo;—tranquíllate, no temas; dentro de una hora á lo más estaré aquí con ella.

Y tomó la luz y salió.

—Amiga mia,—dijo llegando á la puerta de la señora Rufina;—hágame usted el favor de bajar á abrir.

La señora Rufina que lo habia oido todo, y que estaba contentísima porque queria á Clementina, ¿y como no habia de quererla? abrió la puerta con la mejor voluntad del mundo, y se dirigió á las escaleras para ir á abrir la de la casa.

La pobre vieja iba llorando de alegría.

—Vamos, Dios selo pague á usted don Luis,— exclamó con la voz apagada por las lágrimas.— Usted perdone las cosas que le he dicho; al fin y al cabo es usted un hombre de bien; ha tardado usted mucho, pero al fin con tal de que no sea tarde, porque la pobrecita está muy mala, se la ha comido el hambre.

—Dios no querrá, Dios no querrá,—dijo don Luis.

—¡Quien sabe, quien sabe! Puede ser que Dios la quiera para sí y por esto la haya martirizado en este mundo.

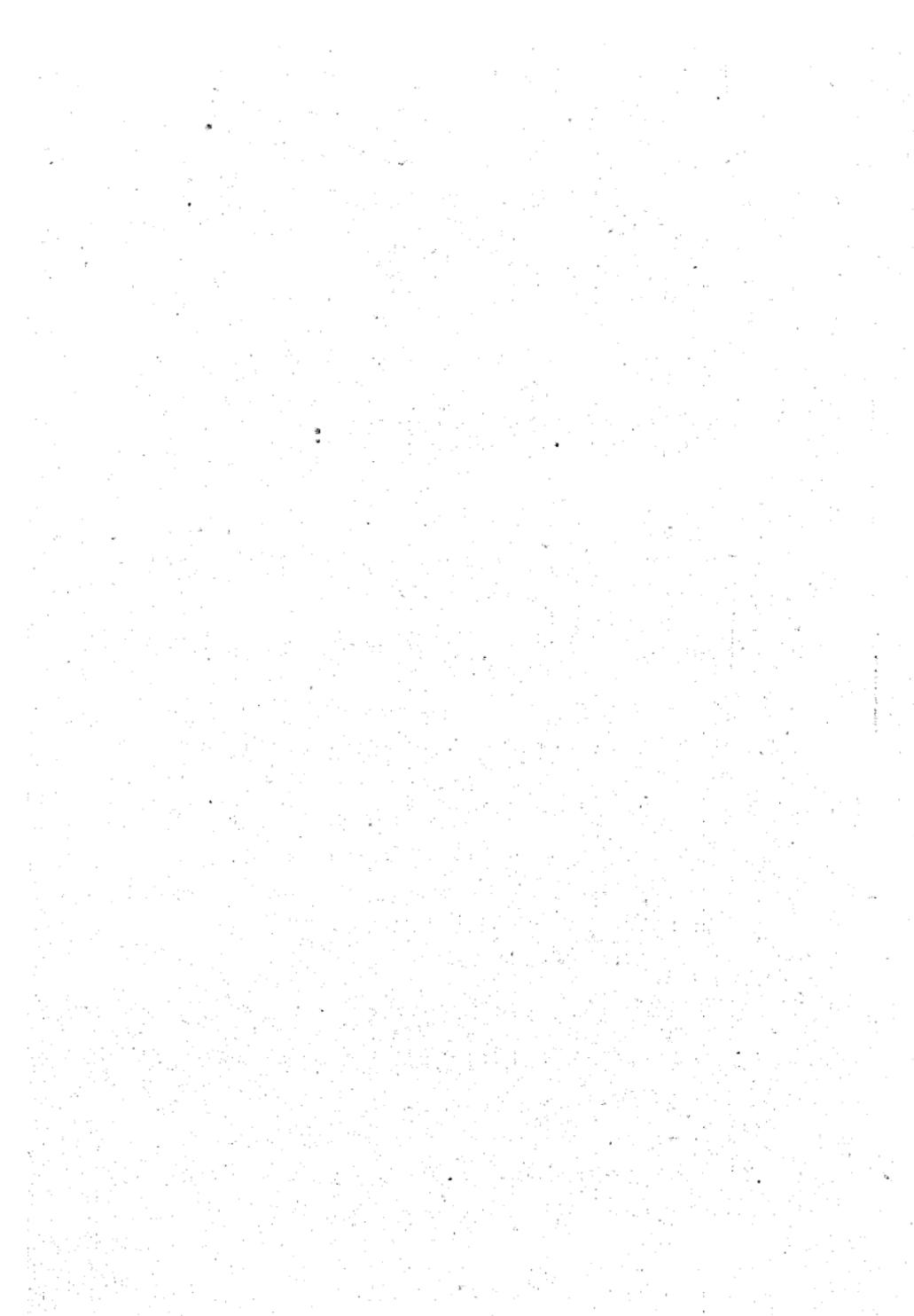
Y como hubiesen llegado á la puerta la señora Rufina la abrió.

—Vaya usted con Dios don Luis,—dijo,—y no pare usted hasta encontrar á la niña. ¡Pobrecita mia! ¡Pues no faltaba más sino que la hubiera sucedido una desgracia cuando todo se arregla!

Don Luis se dirigió al cochero y le dijo:

—Al Gobierno civil á escape.

Y entró en el carruaje.



CAPITULO XVII

Que sirve de epilogo á esta interesante novela.

Pero de tal manera está montada la policía entre nosotros, que en el Gobierno civil no sabian lo que habia sucedido respecto á Emilia.

Se envió un recado al jefe de orden público para que acudiera so pena de la excomunion del gobierno; pero al jefe de orden público no se le habia encontrado en su casa.

La mujer no sabia donde estaba.

Su echaron hurenes para averiguar el paradero del jefe de orden público, y al fin se le encontró en casa de Casacon, vulgo Andaluces de la calle de la Cruz, en grata compañía con una alegre sociedad de buenas y buenos mozos, todos de la gente del bronce de aquellos que el diablo no tiene por donde desechar, gente viva y di-

vertida, tan buena para un fregado como para un barrido, porque al fin todo el que no pasa la vida lo mejor que puede en este mundo, no sabe lo que se hace y es un tonto.

En encontrar al jefe de orden público se tardó hora y media.

Se nos dirá que el inspector de guardia, suplente en gran manera del jefe de orden público debía estar allí.

Pero todo lo que debe ser no es y el inspector de guardia no estaba.

Creó que no haría falta y se había ido con dolor de muelas.

Pero es el caso que no había ido á curarse el dolor de muelas á su casa ni se pudo averiguar á donde se había ido.

En recorrer las prevenciones se tardó otra hora y media.

En fin, allá al amanecer, y cuando ya don Luis estaba desesperado, asustando á todos los empleados de policía, jurando y votando que no había de dejar en el cuerpo de orden público titerre con cabeza, se supo que en efecto, una viña por las señas que de ella se habían dado, estaba en la casa de socorro de la plazuela del Progreso.

Respiró don Luís.

Se fué á la casa de socorro, y allí encontró, á Emilia, quebrantada, dolorida, anulada, en un estado grave, porque llovía sobre mojado.

El susto y las vejaciones que la niña había sufrido, habían caído sobre la obra terrible de su miseria.

—¡Ah, papá, papá!—exclamó la niña en cuanto le vió, asombrando á todo el mundo, es decir, á los practicantes que allí estaban,—mamá se está muriendo y yo me estoy muriendo también. ¡Todo esto lo has hecho tú!

Emilia, ya lo hemos dicho, era precoz, avanzada á su edad, inteligente, perspicaz.

Don Luis acabó de impresionarse.

Se sintió completamente dominado.

Creció su miedo, y se agarró á Emilia, la levantó en sus brazos, y la besó llorando.

Luego, habiendo sabido que podía trasladarse á la niña, la llevó en coche á su madre.

Clementina sabia ya que su hija estaba en la casa de socorro enferma y acusada de robo.

El ordenanza había llegado al fin casa de Clementina.

La noticia de la prision de su hija, del accidente que la atormentaba, de la acusacion que sobre ella pesaba, las tres mortales horas que habian pasado desde que don Luis había partido con el propósito de buscar á Emilia, tenian á Clementina en una situacion desesperada.

Cuando vió á la niña junto á su padre, fué tal la emocion que sintió, que no pudiendo más, perdió el conocimiento.

Don Luis llamó á los mejores médicos de Madrid.

A sus esfuerzos se debió volviere en sí Clementina.

Al fin, al medio día, pudo ser trasladada con su hija á casa de don Luis, que aunque soltero, la tenia alhajada de una manera ostentosa, como que era uno de los prohombres de la situación.

Don Luis entretanto sucumbia á las condiciones que desde París le imponia el terrible Perniches.

Se agarró á donde necesitaba agarrarse, se obstinó, y aunque se le oyó con frialdad y como á un hombre que está ya casi fuera de juego, obtuvo por último el nombramiento de jefe superior administrativo y económico de Filipinas para el coronel retirado don Tadeo Pedernales.

Al mismo tiempo partia del Ministerio de la Guerra por conducto de la Capitanía general, la orden al Gobernador de las prisiones militares de San Francisco, para que inmediatamente pusiese en libertad á don Tadeo.

Esta orden la llevó por si mismo don Luis.

Clementina le habia hablado con un gran encarecimiento de don Tadeo, y como le necesitaba, el hombre importante no tuvo inconveniente en rebajarse hasta el punto de ir el mismo á poner en libertad al hombre que por su influencia habia sido preso.

—Yo no conozco á usted,—le dijo bruscamen-

te don Tadeo, que salía rabioso de aquel largo mes de incomunicación;—pero en fin, parece que usted ha sido el que me ha procurado la libertad; por consecuencia, muchas gracias; pero como en este mundo no se hace nada sin causa, quiero yo saber que motivo ha tenido usted para interesarse por mí. Yo recuerdo así confusamente haberle visto á usted en alguna parte, ¿usted quien es?

—Sea yo quien fuere,—contestó don Luis,—puesto que yo por usted me he interesado, le he procurado la libertad y algo más que desesperaba á usted, creo que no tendrá usted inconveniente en acompañarme á almorzar en Fornos en un gabinete donde podremos hablar de una manera descuidada.

—Aceptó, señor mío, aceptó,—dijo don Tadeo;—en las prisiones militares dan muy mal de comer, y se ahorra en ellas apetito, hambre mejor dicho y para hablar en plata; pero en fin, en todas partes, aun en las naciones más civilizadas, se trata muy mal á los presos, como si un preso fuese un criminal reconocido, un ser despreciable é infame y no un presunto reo que puede ser muy bien declarado inocente. En fin, bueno; y si no fuera por la ansiedad que he sufrido á causa de las dos únicas personas queridas que tengo en el mundo, nada importaría lo demás; en otras ocasiones, la mala fortuna, que es una carcelera

implacable, me ha tratado peor que como me han tratado en las prisiones militares. En último resultado me consolaba yo desfogando á soppo limpio con mis guardianes. Pero sepamos, ¿usted quien es? usted me parece uno de esos pisaverdes, uno de esos nadie por su valor intrinseco que ha empingorotado eso que han dado en llamar revolucion.

Don Tadeo estaba traspasado, aburrido y ni temia ni debia.

No respetaba nada.

Don Luis aunque era soberbio, y poco sufrido, tenia paciencia.

Iban ya como puede suponerse, en un carruaje oficial del que don Luis disponia siempre que queria, que era excelente, y que avanzaba rápidamente el trote largo de sus dos enormes caballos de Tarves.

Riquisísima reps de seda blanca forraba el coche, y los asientos eran anchos, blandos, deliciosos.

—Usted no sabrá quien soy yo, —dijo don Luis, —hasta que llegue el momento oportuno; entretanto, permítame usted que le diga que es usted un señor muy simpático, y de un humor muy divertido.

—Es que á veces yo estrangulo, señor mio, —dijo don Tadeo, á quien per instinto irritaba don Luis; —y si yo continúo con usted, es porque

una hora más ó ménos cuando tantas horas tristes y tal vez funestas se han pasado, importa muy poco; yo quiero sacar la púa al trompo, yo quiero saber que lío hay aquí, porque esto de que usted haya venido á buscarme con tanto encarecimiento para ponerme en libertad, y convidarme despues á almorzar y conducirme en este tren magnífico, no se hace así de *bovillis bovillis*; hay gato encerrado y yo quiero verle á ese gato las orejas.

—Usted coma y calle, como suele decirse, señor don Tadeo,—respondió don Luis,—que todo acabará en bien, y usted se alegrará mucho.

—¿Sabe usted acaso,—exclamó violentamente don Tadeo,—lo que ha sido de una desgraciada que se llama Clementina, y que vive ó vivía en la calle de Jesús y María?

—No pase usted cuidado por ellas, señor don Tadeo; ellas están mejor de lo que usted se puede figurar.

—Pero ¿dónde, cómo? ¿quien ha podido interesarse por ellas, las desgraciadas?

—Nada, nada, señor don Tadeo; ni una palabra más; usted sabrá muy pronto todo lo que necesita saber para quedar tranquilo y contentísimo.

A esto, y como los caballos eran poderosos y de gran tranco, el carruaje había llegado ya á la calle de Alcalá, delante del café de Fornos.

Entraron por el portal de la casa, y por

las escaleras penetraron en un saloncito.

En el centro, en un gran velador ricame te cubierto, se veía servicio para dos personas.

El almuerzo fué escogido y opíparo.

Por más que hizo don Tadeo, no logró sacar ni una sola palabra precisa á don Luis.

Este hizo beber demasiado á don Tadeo.

Cuando terminó el almuerzo, don Luis le dijo:

—Vaya usted inmèdiatamente casa de la vizcondesa de los Berchules; esa señora tiene que dar á usted una buena noticia.

—¡Ah!—exclamó don Tadeo, como recibiendo un rayo de luz;—¡ya decia yo! yo he visto á este hombre en alguna parte. Sí, sí, señor: yo le ví á usted una noche, hace un mes en el Colmado, acompañando á la señora vizcondesa: usted es don Luis del Ponton.

—Servidor de usted, señor don Tadeo.

—¡Ah!—exclamó don Tadeo, dejando ver una llamarada de cólera en sus ojos, y cerrando los puños;—contengo un impulso de esterminio contra usted, porque necesito que usted me diga una sola palabra: ¿qué hay de mi destino?

—Concedido señor don Tadeo,—contestó don Luis;—se ha remitido el nombramiento á la vizcondesa, que ha sido la recomendante, y ella le espera á usted para entregárselo.

—Entendámonos,—dijo don Tadeo,—¿ese

destino es el de jefe superior administrativo y económico de Filipinas?

—Pues por supuesto, señor don Tadeo:

—¡Ah! pues entonces venga esa mano, usted es un hombre dignísimo, á la manera que hay que considerar la dignidad en nuestros dias; ahora lo más digno es aquello que más produce. Bebamos otra copa, mi queridísimo protector.

—Bebamos,—dijo don Luis,—fumemos un cigarro.

—¿Dónde vive usted, señor mio,—dijo don Tadeo,—á fin de que yo pueda ir á reiterarle mi agradecimiento?

Don Luis dió una tarjeta con señas, á don Tadeo.

—Desde ahora, hasta las seis de la tarde,—le dijo,—me encontrará usted en mi casa.

—Muchas gracias, señor don Luis,—pero voy á ponerme á los piés de esa señora. Beso á usted la mano: hasta luego.

Y don Tadeo salió disparado y casi enamorado ya de don Luis.

—Es maravilloso,—decía don Tadeo, avanzando á grandes pasos hácia la próxima casa de la vizcondesa,—la exencia entera del hombre está en armonía, en relacion con las circunstancias en que el hombre se encuentra; nuestras pasiones están en gran manera subordinadas á nuestra situacion: yo me siento feliz y jóven, y esa vizcondesa y ese don Luis me parecen dos

criaturas apreciables, dignas de toda consideración y respeto, y sin embargo, son dos asesinos, dos tahures sociales; no valen lo que costó bautizarlos; todo lo arreglamos por nuestro egoísmo; somos despreciables. En fin, adelante, yo espero hacer mi negocio sin tomar posesión de mi destino, sin embarcarme, aún sin salir de Madrid: monte á lo que montare el negocio, me caso con mi Clementina, y nos vamos á vivir á cualquiera de los pueblos de la costa de Galicia; son muy bonitos y muy baratos; á Villagarcía, en la ría de Arosa, buen lugar, sano y alegre; esquisitos pescados frescos, buena casa, buena carne, sobre todo excelente leche, ostras admirables, ¡y á mí que las ostras me gustan tanto! y que las ostras rejuvenecen; una bonita quinta á la orilla de la ría en uno de los extremos del puerto; una vida patriarcal, la juventud en la vejez, la felicidad para acabar la vida, y que aquello es tranquilo; allí no llega el hábito empozoñado de las revoluciones. ¡Ah! me siento con el vigor y la alegría y la esperanza de un jóven de treinta años.

En este punto llegaba don Tadeo, casa de la vizcondesa.

Esta le esperaba, y le recibió sonriendo.

—Señor don Tadeo,—le dijo despues de los saludos;—tengo la satisfaccion de haber podido servir á usted: aquí tiene usted su nombramien-

to de jefe superior administrativo y económico de Filipinas; un gran destino en el que puede usted hacerse rico en muy poco tiempo.

—Eso es lo que se necesita, señora, porque la vida sin dinero no es vida, y por más que haya sido ruda y extraña la manera que he tenido para interesarla á usted en mi favor, yo demostraré á usted que no soy ingrato.

—¡Oh! no se trata de esto, señor don Tadeo,—dijo la vizcondesa;—lo que se necesita es que todos vivamos en paz.

Y la vizcondesa recargó su acento al decir estas palabras.

—¡Oh! ¡por supuesto, señora!—dijo don Tadeo,—esté usted tranquila;—nadie resucitará aquello de si murió porque Dios quiso, ó porque lo quiso el demonio, el ilustre vizconde,—añadió con su siempre ruda franqueza, don Tadeo.—El medio no ha sido muy digno, que digamos; pero señora ¿qué desesperado se para en los medios?

—Nada, nada, señor don Tadeo,—dijo la vizcondesa,—estamos entendidos, y yo espero que nuestra amistad será sólida.

—¡Ah, señora!—dijo don Tadeo;—yo lo creo así tambien. Pero dispéñeme usted; tengo un millon de cosas de que ocuparme; otro dia vendré con más tiempo á ponerme á los piés de usted.

—Cuando usted guste, señor don Tadeo;—esta casa es completamente de usted.

—Muchas gracias, señora; á los piés de usted y hasta la vista.

Don Tadeo salió.

Se le habian devuelto, al ponerle en libertad, las veinticinco onzas que le habia dado Perniches, y que se le habian encontrado cuando se le registró.

Don Tadeo creyó que debia ponerse en armonía con su situacion de alto empleado.

Se metió en la puerta del Sol, en la camisería, compró dos docenas de camisas, á ochenta reales, y empezó por ponerse allí mismo una, en la trastienda, y una corbata.

De allí se fué á la sombrerería de Márquez, y se proveyó de un riquísimo sombrero, dejando abandonado el suyo antiquísimo, á la admiracion de los oficiales.

La raida levida de don Tadeo, disonaba de una manera incalculable, con la blanca y planchada camisa, y el reluciente sombrero.

Habíase olvidado, don Tadeo, de afeitarse y cortarse el pelo, lo que debia haber hecho antes de mudar de camisa.

Pero en fin, los barberos de peluquería son primorosos, no estropean los cuéllos.

Don Tadeo se lanzó en una de las peluquerías de la Puerta del Sol.

Se fué luego á la zapatería de Simon, y se adornó los piés con un par de relucientes botinas de charol.

Dió luego en una ropería de lujo de la calle de Preciados, esquina á la de Tetuan, se proveyó de un traje completo de levita y de un sobretodo á la rusa, con cuello de pieles.

A seguida en otro de los almacenes, cambió su garrote de espino, que tambien se le habia devuelto, por un roten fuerte, color de café con leche, con una gruesa empuñadura de hierro cincelado é incrustado.

Ya en esta disposicion, con sus grandes bigotes canos, con su robustez, su alta estatura, su talante erguido y su aire marcial, don Tadeo parecia un gran personaje.

A haber llevado junto á sí, por casualidad, á un comandante ó teniente coronel de uniforme, hubiera podido tenersele por uno de los ilustres capitanes generales que nos traian revueltos.

En cuanto al reloj, no habia tenido necesidad de proveerse de él.

El que le habia dado Perniches, con su cadena, era excelente, un escape de áncora inglés.

La capa de Perniches y el traje viejo, se habian quedado en la ropería.

Despues de todas estas compras, le quedaron á don Tadeo ocho onzas.

Lo demás, se lo habia llevado el equipo.

Un tal señor, no debia ir á pié ni en un carruaje matalote, á casa del señor don Luis del Ponton.

Don Tadeo dió un salto á la calle del Caballero de Gracia, y tomo un gran landó mediante el pago de tres duros por cuatro horas de servicio, que le llevó rápidamente casa de don Luis, que le esperaba.

Este le salió al encuentro de la manera más galante y respetuosa.

Y era que le habia impuesto el aspecto de personaje que mediante diez y siete onzas habia echado don Tadeo.

—Este es un dia feliz,—dijo don Luis,—usted se alegrará cuando sepa que todo se arregla admirablemente, señor don Tadeo; usted es el amigo, más que el amigo, el padre de Clementina. Pues bien, Clementina está en mi casa, con mi hija, y dentro de pocos dias ella será mi esposa y mi hija habrá sido reconocida y legitimada.

Se efectuó una variacion horrible en el alma de don Tadeo.

La riente perspectiva que él habia visto en sus pobres sueños de amor, desapareció sumergiéndose en una negra y horrenda tempestad.

¿Para qué queria él aquella fortuna que de una manera tan extraña y aun tan reprehensible se habia buscado si Clementina se casaba con otro?

Entonces, y solo entonces, comprendió cuanto amaba á Clementina, cuán profundas raíces habia echado en su corazon aquel amor.

Hubo un momento en que don Luis estuvo espuesto á ser despedazado, devorado, aniquilado.

Pero un resto de reflexion contuvo á don Tadeo.

—Y bien,—se dijo, en un pensamiento amargo y doloroso;—eso es lo que debe ser; su honra, el nombre de su hija; ella se sacrifica, sí, y yo no debo ser ménos valiente que ella. Si yo pusiera el más leve obstáculo, seria un infame, no la amaria.

Las lágrimas se agolparon á los ojos del coronel Pedernales, que tuvo que hacer un violento esfuerzo para tragárselas. Se dominó completamente y tuvo bastante fuerza de voluntad para sonreírle amistosamente á don Luis y para decirle:

—Es usted un hombre de honor, al fin y por una vez en toda su vida. Sea usted feliz con ella: quiero verla.

Don Luis llevó á don Tadeo á su dormitorio, en el cual se habia abusado de tal manera del lujo y de los relumbrones, que aquello aparecia pesadísimo y de un gusto pésimo.

Clementina desaparecia casi en un ancho, estentoso y mallido lecho.

Junto á ella, vestida con un sencillo traje de casa que se habia encontrado en el taller de una de las grandes modistas de lujo, aparecia Emilia.

La niña no reconoció en el momento, á causa de su trasformacion, á don Tadeo.

Pero cuando reparó más, saltó del sillón en

que estaba sentada como si la hubiera despedido un resorte, exclamando:

—¡Ay, mamá, don Tadeo!—Y se arrojó al cuello de este y le besó con un cariño y una locura ver laderamente infantiles.

La fuerza de vida de la niña había hecho que á pesar de las malas horas que había pasado la noche anterior, se hubiera repuesto hasta el punto de no tener necesidad de guardar cama.

Pero estaba muy débil.

Don Tadeo la devolvió sus caricias.

Se acercó al lecho.

Cogió la pequeña y flaca mano que Clementina extendía hacia él, y la besó en silencio.

Don Luis estaba á algunos pasos de distancia atento y sombrío.

Por muy fuertes que fuesen don Tadeo y doña Clementina, no habían podido disimular la situación moral en que se encontraban el uno respecto al otro.

—Lo sé todo,—dijo, necesitando abreviar la situación don Tadeo;—haces lo que debes hacer; cumples con tu deber.

Clementina estrechó con fuerza la mano del coronel Pedernales.

Este redujo su visita á algunos minutos, y se retiró anunciando volvería al día siguiente.

—¿Y por qué no se queda usted en casa hasta que emprenda su viaje?—dijo don Luis.

—Porque no debo,—contestó don Tadeo.

Y sin más, se apresuró á salir.

Estaba reventando, y le iban faltando las fuerzas para contenerse.

—Y bien,—dijo, al bajar por las escaleras con una tristeza conmovedora y con las lágrimas en los ojos;—la felicidad no se ha hecho ni para ella ni para mí. ¡Infame, infame, infame!

Y llegando á la puerta dijo al lacayo:

—¿Conoce usted alguna agencia de casas, ó más bien de habitaciones desalquiladas?

—Sí, señor, sí,—dijo el lacayo.

—Pues á la agencia,—dijo don Tadeo entrando en el carruaje.

En la agencia dieron noticia á don Tadeo de un cuarto principal amueblado de lujo en la calle del Cármen.

Fué allá.

El cuarto era pequeño, pero apropósito para un hombre solo, y perfectamente amueblado.

—Me conviene,—dijo don Tadeo.

—¿Por cuánto tiempo?—preguntó el encargado.

Don Tadeo echó rápidamente una cuenta contando con que le pidiesen un alquiler muy subido.

—Yo estoy de paso en Madrid,—dijo don Tadeo,—y solo permaneceré ocho días.

—Entonces, caballero, ocho duros diarios y por adelantados.

Don Tadeo dió cuatro onzas á aquel hombre, y tomó posesion del cuarto.

Le quedaban cuatro onzas.

Pero ¿qué le importaba?

En primer lugar, todo le era indiferente.

Además de esto, tenia un gran destino.

Don Tadeo, aburrido, desesperado, despidió el carruaje y se acostó.

Estaba fatigadísimo.

La excitacion de sus nervios le produjo un letargo profundo, del que no despertó, ò más bien volvió, hasta las diez de la noche.

Se levantó, se vistió, salió llevándose las llaves en el bolsillo, y como no sintiese apetito alguno, por entretener su aburrimiento, y resuelto á desahogar su cólera en el primero que le diese el más mínimo pretexto, se fué á la partida de don Eleuterio, de la que faltaba hacia un siglo.

Todos se maravillaron al ver su transformacion y al saber que él era el jefe superior económico y administrativo de Filipinas; el éxito fué completo.

Don Eleuterio se arrojó en sus brazos, y hasta llegó al extremo de besarle en las mejillas.

—Muy merecido, muy merecido, — dijo. — Sea en horabuena; á un hombre de los alientos de usted todo lo que se le dá es poco; y apropió -

sito; luégo más tarde tenemos que hablar señor don Tadeo. Me alegro, me alegro; ¡más propósito y más á tiempo!..

—Gracias, gracias por todo, don Eleuterio, no hay como dorarse para que las gentes cambien.

—Yo siempre he estimado á usted mucho, don Tadeo,—dijo don Eleuterio.

—Y testigo de ello,—contestó don Tadeo,—el tunante de Eloy el Alicantino.

—Yo nada tuve que ver en aquello,—se apresuró á decir don Eleuterio un tanto desconcertado.

—¿Y quien dice otra cosa?—contestó don Tadeo.—Pero permítame usted, voy á jugar dos onzas á aquella sota de espadas.

Y las jugó.

Medió un guiño de don Eleuterio al banquero.

A las tres cartas salió una sota de espadas.

Don Tadeo continuó doblando.

A la una, en billetes de banco y en oro tenía don Tadeo, diez mil duros.

—Estoy cansado,—dijo don Tadeo,—mañana volveré.

—Por cansado que esté usted, don Tadeo,—le dijo aparte don Eleuterio,—bien podrá usted hablar conmigo cinco minutos en mi cuarto.

—¿Conque vendrá ahora este?—dijo para sí don

Tadeo.—¡Pues la paliza que te vas á ganar si sales con alguna pata de gallo, va á ser menuda!
Y siguió á don Eleuterio.

—Usted comprenderá le dijo este cuando estuvieron solos,—que no es comun ganar así de una manera tan rápida y tan decidida diez mil duros.

—¿Y que me quiere usted decir con eso, don Eleuterio?—dijo con la voz cascarreña muy semejante en su sonido al regañar de un perro mastin irritado, don Tadeo.

—Nada, sino que he demostrado á usted que soy su amigo,—dijo don Eleuterio.

—Usted afirma,—contestó siempre agresivo don Tadeo,—que en su casa de usted se juega á suerte y verdad.

—¿Y quien lo duda, señor don Tadeo, quien lo duda? Pero en fin vamos al negocio. Yo acostumbro á decir las cosas de una manera clara y precisa.

—Y bien, ¿que tiene usted que decirme?—exclamó siempre con dureza don Tadeo.

—¿Puede usted probarme, señor don Tadeo, dijo don Eleuterio,—que es usted en efecto el jefe superior económico y administrativo de Filipinas? yo sé que usted no miente, y si no lo hubiese creído así, apesar de la suerte y verdad, no tendria usted en el bolsillo sacados de mi casa diez mil duros.

—¿Es decir,—contestó cambiando de tono y

de aspecto don Tadeo,—que se me quiere sobornar por cuatro cuartos para que yo ayude á algun gran negocio?

—Se le ha dado á usted una aceitunita para que haga boca, señor don Tadeo; si mañana aparece su nombramiento de usted en la *Gaceta*, vendrá al banquete.

—Pero en fin, ¿qué hay?

—Nada, que la persona que ha venido aquí á tratar el negocio del arriendo de los tabacos de Filipinas, es amigo mio y trae poderes amplios y carta blanca.

—Pues mañana aparecerá mi nombramiento en la *Gaceta*; le tengo ya, mírele usted.

Y don Tadeo exhibió su nombramiento.

—Pues negocio, negocio para los tres,—dijo don Eleuterio,—siendo yo el que ménos perciba porque habré de deducir los diez mil duros que usted ha tomado ya.—¿Treinta y tres mil y pico de duros para usted, otros tantos para el agente del negocio, y otros tantos para se mí; necesitarán algunas seguridades, algunos informes; despues de esto, recibirá usted el dinero ¿y para qué andar con miseria? cantidad recibida, se le darán á usted cuarenta mil duros, que con los diez mil recibidos, son un millon.

Don Tadeo sintió una especie de aturdimiento.

Le zumbaron los oídos y se le nublaron los ojos.

—¡Un millon! ¡cincuenta ó sesenta mil reales de renta!—Pero ¿y Clementina, y Emilia?

El hubiera preferido con ellas una vida de apuro y de miseria.

Se despidió malo de don Eleuterio.

Se fué á su casa, y pasó una noche agitadísima, una noche infernal.

Al día siguiente apareció el nombramiento de don Tadeo en la *Gaceta*.

Al mediodía se vió, casa de don Eleuterio, con el agente de arrendamiento de los tabacos de Filipinas y salvadas algunas condiciones, se cerró el trato.

Don Tadeo se fué enseguida á visitar á Clementina y á Emilia.

Encontró á don Luis preocupado, inquieto.

—Apresúrese usted,—le dijo,—á sacar algun partido del nombramiento que tiene; la fortuna me vuelve las espaldas; estoy en un gravísimo compromiso. No puedo decir á usted más; pero no se descuide usted; puede suceder que la situación se domine, yo lo espero; sin embargo hay que prevenirse; tal vez mañana necesitaré de usted.

En vano don Tadeo pidió á don Luis explicaciones.

Este no se las dió.

Pasaron quince dias.

Don Tadeo poseia ya un millon de reales y le habia invertido en acciones del Banco.

A medida que aquellos dias iban pasando, iba mostrándose más abstraído y y más sombrío don Luis.

Entretanto se preparó el casamiento.

Clementina se habia restablecido alguntanto.

Habia podido dejar el lecho, y aparecia vestida con suma elegancia.

Al fin, un domingo fueron á la iglesia los contrayentes, Emilia, don Tadeo padrino de las bodas, y una cohorte de amigos de don Luis del Ponton.

Don Tadeo antes de ir á la iglesia habia hecho testamento.

Habia legado sus acciones del banco á Clementina.

Se habia resuelto á morir.

Su pasion se habia desbordado.

—Se casarán,—dijo;—asistiré á la boda; despues no volverán á verme más; yo no puedo vivir viéndola de otro.

Esta resolucion terrible prestó una gran calma á don Tadeo, que asistió de muy buena manera á los desposorios.

Volvieron á la casa donde estaba preparado el desayuno de boda.

Antes de que los convidados fuesen á la mesa, don Tadeo recibió de manos de un criado una carta de don Luis, que poco antes habia salido del salon.

En el momento en que tomaba la carta don Tadeo, retumbó en la casa la detonacion de un pistoletazo.

Despues del primer momento de estupor, todos acudieron al lugar de donde la detonacion habia partido, y encontraron á don Luis por tierra, sobre un mar de sangre, levantada la tapa de los sesos.

Don Tadeo experimentó un momento de salvaje alegría.

Clementina era viuda.

Pero aquella alegría se nubló.

El terrible suceso podia influir gravemente en Clementina, cuya organizacion estaba ya demasiado trabajada.

En efecto, á la vista del sangriento cadáver de don Luis, Clementina se desmayó.

Fué necesario llevarla á su cuarto.

Despues que pasó el primer aturdimiento producido por una situacion tan grave, don Tadeo abrió la carta de don Luis.

—Me encuentro envuelto,—decia,—en un grave negocio de defalco; la situacion ha cambiado, mis enemigos se arrojarán sobre mí, y puedo contar seguramente con un presidio. Yo no

afrento esta situación y la salvo quitándome la vida. Nada tengo que dejar ni á Clementina ni á Emilia, más que deudas. El dinero que se adquiere por la infamia se lo llevan la vanidad y el vicio; es el oro de Satanás. Pero yo lo sé todo; aunque no se me ha dicho lo he comprendido; yo he restaurado el honor de Clementina; he dado un nombre á mi hija; Clementina no podía ser feliz conmigo, pero puede serlo con usted; que lo sea; yo espero que usted será un buen padre para mi hija. No quiero decir á usted la amargura que experimento al escribir esta carta; estoy desesperado y mi cabeza es un infierno. Adios.

LUIS DEL PONTON.

P. D. Queme usted esta carta: que no la vea nadie, ni aún ella.»

—Y bien,—dijo don Tadeo,—más vale que haya sido él que yo.

Y como poco despues, los médicos le aseguraron, que Clementina no corria peligro, don Tadeo se sintió completamente feliz.

Salvada la situación, conducido el cadáver, sacadas Clementina y Emilia de aquella casa, donde no debian permanecer, y trasladadas á la de don Tadeo, éste escribió la renuncia de su cargo.

Un año despues, completamente restaurada

Clementina, jóven, mórvida, dotada de una extraordinaria belleza, se casó con don Tadeo.

Don Tadeo habia tenido la necesidad de atender á don Eleuterio, y de dar dos ó tres palizas á agentes suyos.

Don Eleuterio le llamaba ladron, infame, pasador de monedas falsas.

En fin, don Tadeo se fué á Villagarcia con su mujer y con su hija, que tal la consideraba, á comerse el valor de sus rentas, sin acordarse que era el valor del cambio de una enorme moneda falsa.

Perniches, que habiendo cambiado la situacion, no podia volver á España, buscándoselas en Paris, dió motivo para que el jurado le enviase á trabajos perpétuos, á Cayenna.

Gabriela, acabada por una vida de desórdenes, sucumbió en el hospital de la Caridad de Paris.

En cuanto á la vizcondesa de los Berchules, la encontrareis rodando por los cafés, hoy con uno, mañana con otro, entregada sin descanso á la tempestad, viviendo Dios sabe cómo, y amenazada de un fin trágico.

FIN.



INDICE

	<u>Págs.</u>
CAP. I..... En que por incidencia se dan algunas reglas para hacer que una moneda de plomo se convierta en moneda de oro.....	5
— II..... En que se habla algo acerca de lo que fué y de lo que es el café Suizo y otro poco de un tal don Luis y de una interesante criatura.....	21
— III.... Una conversacion vulgar, en cuyo fondo se envuelve algo monstruoso	33
— IV.... El coronel don Tadeo Pedernales..	49
— V..... Clementina.....	57
— VI.... Los trabajos de don Tadeo.....	75
— VII.. De miseria en miseria.....	93
— VIII.. Don Tadeo en casa.....	99
— IX.... Pedernales y Perniches.	119
— X..... De cómo Perniches era un tiburón negro de mar ancha.....	139

		<u>Págs.</u>
CAP. XI....	Principios de tempestad.....	173
— XII....	De cómo una tormenta puede des- hacerse en amor.....	181
— XIII...	De lobo á lobo.....	187
— XIV...	En que se dice lo que fué de Per- niches, de Gabriela y del coronel Pedernales, y en que se ve cuan mala recomendacion es la miseria.	215
— XV....	De cómo el miedo puede hacer las veces del arrepentimiento.....	235
— XVI..	Una buena madre.....	239
— XVII..	Que sirve de epilogo á esta intere- sante novela.....	245

